

P. 3

LA
VIRGEN
MARIA

4853

12-C

AL SANTÍSIMO É INMACULADO CORAZON

DE LA

BIENAVENTURADA VÍRGEN MARÍA.

S LOS SIETE SABIOS S
Canuda, 45
BARCELONA - 2

AL SANTISSIMO E IMACULADO CORAZON

DE LA

BIENVENTURADA VIRGEN MARIA



FA-656

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

LA
VIRGEN MARIA

CONSIDERADA

- I. EN SUS FIGURAS Y EN SUS SÍMBOLOS;
- II. EN SUS GRANDEZAS Y BONDADES;
- III. EN LOS MISTERIOS DE SU SACRATÍSIMO CORAZON;
- IV. EN LAS VIRTUDES PRÁCTICAS DE SU VIDA,

POR P. B.

Y TRADUCIDA

Por un Doctor en Teología.

Jamás será María bastante alabada.

(S. BERN.)

Dichoso el hombre que no se canse
nunca de alabar á María.

(S. ILDEF.)

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1863.



Ra. 24970

CONSIDERANDO DE LA HISTORIA DE LA

LA

VIRGEN MARIA

CONSIDERANDO

I. EN SU FIGURA Y EN SU ESPIRITUALIDAD
II. EN SU GRAN VIRTUD Y BONDAD
III. EN LOS MISTERIOS DE SU SACRAMENTO CONJUGAL
IV. EN LAS VIRTUDES PRACTICAS DE SU VIDA

POR P. B.

Y

Por un Doctor en Teología

Impreso en esta imprenta

(2. 1882)

Impreso en esta imprenta

(2. 1882)

MADRID

IMPRESA DE V. MARTINEZ GARCIA

Calle del Oso, número 21

1882



DICTÁMEN

DEL SEÑOR CENSOR ECLESIAÍSTICO.

« He leído con todo detenimiento el precioso libro traducido del francés titulado *MARÍA*, y léjos de hallar en él cosa contraria al dogma católico y buenas costumbres, me ha parecido una de las producciones más bellas que han visto la luz pública de muchos años á esta parte. Creo ver en ella cuanto relativo á la Santísima Virgen han tomado de las divinas Escrituras sus apasionados devotos los Ildefonsos, los Pedros Damianos, los Anselmos, los Bernardos, los Bernardinos y Ligorios; opino con el venerable Prelado de Dijon, que aprobó el original, que tal vez sea la obra más completa que se ha escrito hasta el día en honor de la Santísima Virgen, y que difícilmente se hallará otra que ponga más en relieve las grandes prerogativas de la Madre de Dios, y no dudo que, leída con el mismo espíritu con que está escrita, ha de ser de suma utilidad para el pueblo cristiano, contribuyendo á aumentar la devoción, hoy más que nunca necesaria, á la Reina de los Ángeles. Así, soy de parecer que debe darse al editor la licencia que solicita y además las gracias por haber emprendido un trabajo tan importante.

» Dios guarde á V. S. I. muchos años.

MIGUEL MARTINEZ Y SANZ.

Madrid, 19 de Marzo de 1863.»

DICTAMEN

DEL SEÑOR CENSOR ECLESIASTICO.

« He leído con todo detenimiento el precioso libro traducido del francés titulado MARIA, y lejos de hallar en él cosa contraria al dogma católico y buenas costumbres, me ha parecido una de las producciones mas bellas que han visto la luz pública de muchos años a esta parte. Curo ver en ella cuanto relativo a la Santísima Virgen tan tomado de las divinas Escrituras sus apasionados devotos los libertinos, los Pederes Damaños, los Anselmos, las Bernabdes, las Bernabdes y Ligeros; oprimos con el venerable Tratado de Nijon, que aprueba el original, que tal vez sea la obra mas completa que se ha escrito hasta el día en honor de la Santísima Virgen; y que diligentemente se halla en esta que pocas mas en relieve las grandes prerogativas de la Madre de Dios, y no dado que, leida con el mismo espíritu con que esta escrita, ha de ser de suma utilidad para el pueblo cristiano, contribuyendo a aumentar la devoción, hay mas que nunca necesaria, a la Reina de los Angeles. Así, soy de parecer que debe darse al editor la licencia que solicita y ademas las gracias por haber emprendido un trabajo tan importante.

« Dios guarde a V. S. I. muchos años.

Miguel MARTINEZ Y SANZ.

Madrid, en 10 de Mayo de 1803.

PREFACIO.

Lo que ha sugerido la primera idea de esta obrita ha sido la lectura enteramente casual de dos oraciones, probablemente muy ignoradas, compuestas en honor de la Santísima Virgen por un célebre autor del siglo xvi, cuyas dos oraciones se reproducen en gran parte en este opúsculo, y particularmente en la segunda parte.

El que ha escrito estas páginas, inspirado por dichas oraciones, las que le han parecido llenas de sentimientos piadosos, y por otra parte sintiendo él mismo la necesidad de desahogar su corazón en el Corazón de su Madre que está en los cielos, no ha tenido otro objeto que el de satisfacer su propia devoción, alabando á la augusta Madre de Dios, celebrando sus grandezas y sus bondades, meditando sus virtudes, y estudiando, para inspirarse él mismo, todos los movimientos de su santísimo é inmaculado Corazón.

Aun cuando este escrito sea bastante lacónico, con todo, se cree no haber olvidado en él nin-

guno de los diversos puntos de vista bajo los cuales se nos muestra la Santísima Virgen.

María, mencionada en cada página del Antiguo Testamento, bien por una figura, bien por una profecía, bien por una de las maravillas de la naturaleza; María, grande y gloriosa en la tierra y en los cielos, omnipotente para con su divino Hijo, toda misericordia para con los hombres, y llenando el mundo con los milagros de su intercesion siempre eficaz; María, cuyo corazon fué un santuario misterioso de las emociones más puras y más suaves, más sublimes y más santas, y al mismo tiempo más dolorosas y lastimeras; María, sobre la tierra, modelo acabado de todas las virtudes: tales son, cuando ménos, las diversas materias que se han tocado en estas páginas.

Todas estas consideraciones sobre María, se clasifican segun su objeto en cuatro grupos ó secciones perfectamente distintas, así por el fondo como por la forma, que dividen de este modo en cuatro partes el todo de la obra.

En la primera parte se considera á María como simbolizada de mil maneras en nuestros libros santos, como anunciada por los Profetas, representada por la mayor parte de las mujeres célebres del Antiguo Testamento, y figurada por cuanto hay de más gracioso en la creacion.

Cada uno de estos símbolos, cada una de estas profecías, cada una de estas figuras es presentada bajo la forma de una aspiración á que da fin la tierna invocación de Mardoqueo á Esther.

Se hallará en esta primera parte todo lo que la lengua mística de la Sagrada Escritura tiene de más puro y de más poético.

En la segunda parte, bajo la forma de himnos y de cánticos á la gloria de María, se ha hecho un esfuerzo para exaltar las grandezas, el poder, las bondades y los maravillosos efectos de la intervención de esta Vírgen incomparable.

Aquí, lo confesamos humildemente, conocemos que, á pesar de nuestros esfuerzos, hemos quedado infinitamente más bajos que la materia de suyo tan grande, tan vasta y tan hermosa. Sin embargo, abrigamos la esperanza de que la lectura de esta segunda parte no será del todo inútil, á lo ménos para algunas personas que todavía no conocen bien cuán gloriosa y poderosa, cuán dulce y misericordiosa es María, nuestra Madre.

En la tercera parte, que puede considerarse como la historia del Corazon de María, se sigue paso á paso á esta Vírgen admirable, desde su Inmaculada Concepción hasta su coronación en los cielos. Se la sigue en todas sus edades, en

todas sus situaciones, en todas sus alegrías, en todos sus dolores, en todas sus angustias; y al mismo tiempo se estudian, como va dicho, todos los movimientos de su corazón, se escuchan todas sus vibraciones, se examinan todos sus sentimientos, y se trata de comprender todas sus emociones; y por cada una de estas impresiones de su divino Corazón, se le pide nos sea propicia y nos socorra.

Por último, en la cuarta parte, que es la parte práctica, después que el devoto servidor de María se ha escitado á la confianza en su santa Madre por las vivas y patéticas exhortaciones de los santos, pasa sucesivamente revista á las principales virtudes de que tan acabado modelo ha ofrecido al mundo su Reina y Señora, y pide, bajo la forma de fervorosas oraciones, que Ella alcance la gracia de practicarlas en la conducta de su vida.

Con el objeto de que esta obra sea propia para servir de *Mes de María* á las personas que tienen la santa costumbre de consagrar el mes de Mayo, honrando de un modo especial á la Santísima Virgen, se ha dividido cada una de las cuatro partes de que se compone, en otros tantos capítulos como dias tiene el mes, comprendiendo la vigilia del primero. De modo que el piadoso hijo de María hallará abundantemente

en este pequeño libro para cada uno de los días de este mes, con que alimentar y vivificar su devoción para con su gloriosa y tierna Madre por medio de santas *Alabanzas*, de dulces *Aspiraciones*, de humildes *Plegarias*, y de ardientes *Deseos* de imitarla. El entendimiento, el corazón, la voluntad á su vez tomarán aquí los más deliciosos y al mismo tiempo los más saludables alimentos.

Así, por la mañana, en la oración, la tercera parte en que se halla trazada la vida íntima de la Santísima Virgen, y la segunda que describe sus grandezas y sus misericordias, suministrarán fácilmente al entendimiento graves y fecundas consideraciones espirituales; las aspiraciones de la primera parte favorecerán el vuelo de las afecciones del alma; y la voluntad hallará en los deseos y súplicas de la cuarta parte medios prácticos muy capaces de ayudarle á dirigir hácia el bien sus determinaciones, sus movimientos y sus actos.

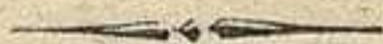
Para el ejercicio de la tarde no habrá dificultad más que en elegir. Podrá comenzarse este ejercicio con la exposición de las figuras y de los símbolos de María, contenida en la primera parte. Después de un cántico se leerá un párrafo de las alabanzas de la segunda parte. Luégo otro cántico; después del cual se leerá en la tercera

parte algunas particularidades de la historia del Corazon de María. Por último, después de una de las Antífonas ó Himnos latinos consagrados á la Santísima Vírgen, se dará fin con la súplica de una de las virtudes prácticas de este perfectísimo espejo de todas las virtudes.

¡ Ojalá el uso que haga de este opúsculo el benévolo lector, le inspire algunos nuevos sentimientos de veneracion, de amor, de cofianza y de reconocimiento para con la Santísima Vírgen!

¡ Amen !

MARÍA.



PRIMERA PARTE

FIGURAS Y SIMBOLOS DE MARIA.

Vos sois , oh María , la perla preciosa
del universo.

(S. CIRIL. DE ALEJ.)

MARÍA.

PRIMERA PARTE

FIGURAS Y SÍMBOLOS DE MARÍA

Por don Juan de los Rios,
Catedrático de Teología,
y don Juan de los Rios,
Catedrático de Filosofía.

PRÓLOGO.

Todo lo que inclina mi corazón á María me place y halaga; porque hallo agradable y encantador todo lo que me recuerda á María; delicioso todo lo que conduce mi alma al amor de María; verdaderamente deleitable todo lo que me repite el nombre de María. ¡María!... ¡Oh, nombre para mí más agradable que el aroma, más suave que el olor del bálsamo derramado!

¡Todo me habla de María!

Si registro nuestros Libros Santos, encuentro en cada página palabras proféticas que anuncian á María, ó hechos misteriosos y personajes simbólicos que la figuran á lo léjos.

Si alzo la vista al cielo, el sol, á quien María excede en resplandor, la luna que está á sus piés, y las estrellas que ornan su frente como de una brillante corona, me representan bajo diversos aspectos la hermosura de la Reina de los cielos.

Si fijo mis miradas sobre la tierra, la variedad, el aroma, la gracia de las flores, las virtudes de las plantas, la utilidad, la elevacion misma de los árboles, y cuanto hay de más hermoso en la creacion, todo me recuerda las cualidades ó los privilegios de María, y á veces los profundos misterios que se han cumplido en tan augusta y gloriosa Vírgen.

Si examino las obras de los piadosos siervos de María, encuentro en ellas: aquí enumeradas las virtudes y misericordias de nuestra augusta y venerable Madre; allí celebrado con magnificencia su poder, su bondad, sus grandezas y su gloria.

¡ Sí! El universo entero, postrado á los piés de María, la tributa aquí bajo sus homenajes y sus votos, mientras que en el cielo todas las jerarquías de espíritus bienaventurados la contemplan amorosos y la bendicen sin cesar.

Contínuamente recordaré á María y hablaré de Ella; le rendiré mis homenajes al pié de sus altares, y le ofreceré mis súplicas. Como los ángeles del cielo, si es posible, le bendeciré sin término. Como ellos y con ellos cantaré eternamente sus alabanzas.

Pero para fomentar este amor y animarme á bendecir cada dia más de corazon á María, me complazco examinando en mi mente los títulos que tiene á nuestro amor, á nuestros homenajes y á nuestras alabanzas, y considerando sucesivamente su grandeza, su virtud y su inefable belleza, jamás me cansaré de repetir:

I.

¡Salve, oh María! Noble y gloriosa *Virgen*, cuyas alabanzas cantan á porfía en admirable y armonioso concierto, el cielo, la tierra y todo el curso de los siglos. ¡Yo os felicito!

¡Salve, oh María! á quien Dios poseyó en el principio de sus caminos, y cuyo sublime destino preparó desde la eternidad... Aun no existían los abismos, las fuentes no habían brotado de la tierra, ni las montañas se habían asentado en sus sólidos cimientos, cuando Vos ya habíais sido engendrada... Precedísteis á las colinas y á los ríos, y ántes que criatura alguna recibiera la existencia, habíais salido la primera de la boca del Altísimo. Viva estábais en los secretos designios del Príncipe soberano de todas las cosas, hasta que por fin, tras una larga revolución de siglos, al tiempo y hora señalados por el Árbitro Supremo, os hizo aparecer en este mundo corrompido para darle un nuevo Criador.

¡Salve, oh María! que colmásteis de alegría á los ángeles, cuando en el instante de ser creados, ántes del tiempo, os descubrieron ya brillante con el maravilloso esplendor que brotaba de vuestra alma. ¡Yo os saludo!

¡Oh María! Verdadera mujer; mujer por excelencia, rogad por nosotros!

¡ María ! oculta desde la eternidad en los tesoros de la sabiduría y de la misericordia de Dios, rogad por nosotros.

¡ María ! gozo de los ángeles , rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro , ¡ oh poderosa Reina de los cielos , é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo , Rey inmortal de los siglos !

II.

¡ Salve, María ! á quien el Antiguo y Nuevo Testamento , como dos querubines unidos , cubren reverentemente con sus alas y cantan en santa alegría con melodiosos acentos. ¡ Yo os saludo !

¡ Salve, María ! á quien contemplan y saludan de lejos todos los santos Patriarcas y Profetas desde Adán, y cuyas sublimes prerogativas admiran anticipadamente á través de los esplendores de una celestial vision. ¡ Yo os saludo !

¡ Salve, María ! diseñada de antemano á grandes rasgos y bajo misteriosas imágenes por la antigua Sinagoga, y más adelante revestida por ella de vivísimos colores ; cuyas virtudes refieren los hijos de la nueva Jerusalem en sus piadosas obras , cuyas alabanzas cantan en sus sagrados himnos , y cuyas huellas siguen con fiel imitacion. Los Profetas os dieron anticipadamente los nombres más significativos , ¡ oh María ! Los

Patriarcas os han designado con figuras muy exactas, con símbolos muy patentes, ¡oh María! Los Evangelistas os han mostrado al mundo con toda claridad, ¡oh María! Los ángeles os han saludado con la más obsequiosa veneracion, ¡oh María!

¡ Oh María ! ante la que se inclinan ambos Testamentos , rogad por nosotros.

¡ María ! Objeto de los votos y suspiros de todos los venerables personajes de la Antigua Ley , rogad por nosotros.

¡ María ! Diseñada de léjos por la Sinagoga , pero felizmente vista , poseida y venerada por la Iglesia , rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro , ¡ oh poderosa Reina de los cielos , é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo , Rey inmortal de los siglos.

III.

¡ Salve , María ! á quien celebran á competencia con piadosa y noble emulacion , por una parte los Profetas con sublimes promesas ; por otra los Doctores de la Iglesia con elocuentes palabras , y todos poseidos al hablar de Vos del mismo espíritu. Los primeros os anuncian mucho tiempo ántes de vuestro nacimiento en consoladores oráculos , y los segundos al contemplaros os colman de magníficos elogios. Los Profetas , cuando con sus promesas , que nunca engañan , reani-

man la esperanza del mundo decaído ; los Doctores, cuando convidan á las almas religiosas á que admiren en Vos la mayor maravilla del Altísimo. ¡ Yo os saludo !

¡ Salve, María ! cuyas incomparables virtudes apenas son ligeramente indicadas por la poderosa voz de tan ilustres heraldos, siquiera estén inspirados por la divina gracia. Sí, toda la divina perspicacia de los Profetas en sus visiones y toda la riqueza del ingenio de los Doctores queda muy atrás en comparacion con vuestros méritos verdaderamente celestiales, ¡ oh María ! y no obstante el impetuoso poder de su elocuencia, se han visto obligados á confesar su debilidad cuando han querido celebrar vuestra gloria...

¡ Oh María ! cuyas alabanzas han sido celebradas con magnificencia, así por los antiguos Profetas como por nuestros más esclarecidos Doctores, rogad por nosotros.

¡ María, cuya grandeza sobrepuja á todas las alabanzas, rogad por nosotros !

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡ oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos !

IV.

¡ Salve, María ! Bienaventurado y risueño *Paraiso*, que sin necesidad de cultivo produce para nuestras al-

mas remedios eficaces, frutos deliciosos. Vos sois quien nos ha dado ese árbol de vida cuyo fruto benéfico y saludable sirve de antídoto al funesto fruto que dió la muerte á nuestros padres.

¡Salve, María! única que como *Nueva Arca* habeis sido preservada del diluvio del pecado original, en cuyas furiosas ondas se sumergieron todas las generaciones. Vos sola, ¡oh María! habeis sido exenta de esta ley á la cual todos los demás, ¡ay! están sujetos. —Arca santa formada por el verdadero Noé, y en la que quiso reposar ese gérmen divino de donde debia salir la familia de los predestinados, en quien habian de ser benditas todas las familias de la tierra.

¡Oh María! verdadero Paraiso terrenal, rogad por nosotros.

¡María! Arca viva preservada del diluvio, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

V.

¡Salve, María! *Paloma celestial* que nos anunciáis haber cesado ese diluvio espiritual que ha sumergido tantas almas en los profundos abismos del infierno y nos haceis entrever al mismo tiempo una nueva gloria,

una nueva tierra y una dichosa transformacion de todas las cosas. Tras largo tiempo de esperar nos traeis á Jesus, ramo de olivo cuyo hermoso verdor es símbolo de la gracia y de la paz.

¡Salve, María! *Arco Iris* colocado en las nubes como signo de alianza entre el cielo y la tierra. Al veros brillar en el cielo, recuerda Dios el eternal pacto hecho entre Él y toda ánima viviente que vivifica un cuerpo sobre la tierra.

¡Oh María! Paloma celestial, que nos traeis el ramo de olivo símbolo de la paz, rogad por nosotros.

¡María! *Arco Iris* despues del diluvio, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

VI.

¡Salve, María! *Zarza ardiente é incombusta*, desde donde Jehová hizo oír su voz á los hombres, Zarza siempre verde y florida, aun en medio de las llamas. Sí, admirable Virgen, Vos sois esa zarza; Vos, cuyo corazon ha permanecido abrasado en el más inefable amor de Dios, en medio del triste desierto del mundo.

¡Salve, María! cuya fecundidad virginal fué tan bien representada por la *Vara de Aaron*, pues como

ella , sin el concurso humano , sin demandar á la tierra su savia , y únicamente fecundada por el cielo , habeis florecido , y vuestra flor nacida felizmente ha producido el fruto que debia darnos la vida.

¡Salve , María ! de quien el limpio *vellocino de Gedeon* fué expresiva imágen. Por tres veces fuiste inundada del rocío del cielo y preservada de la corrupcion de la carne , y luégo por un segundo prodigio fuísteis favorecida de una afortunada sequedad miéntras que en rededor vuestro toda la tierra estaba empapada de la triste humedad del vicio. Vos , en efecto , sin dejar de ser vírgen concebísteis el adorable fruto de vuestras entrañas ; Vos le llevásteis en ellas permaneciendo vírgen ; Vos , en fin , le dísteis al mundo sin menoscabo de vuestra virginidad.

¡Oh María ! verdadera zarza que arde sin consumirse , rogad por nosotros !

¡María ! verdadero vellon impregnado de rocío celeste , rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro , ¡ oh poderosa Reina de los cielos , é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo , Rey inmortal de los siglos !

VII.

¡Salve , María ! *Casa Santa* edificada por el Hijo de Dios , sabiduría del Eterno Padre y arquitecto di-

vino, casa sostenida por siete grandiosas columnas. Edificándola quiso prepararse habitación donde pudiera morar apartado de todo lo que á la tierra se inclina, Él que reside eternamente en lo más alto de los cielos. Casa de oro, llena toda de las riquezas del cielo, y tesoro de toda gracia, de donde nos proveemos en abundancia de los bienes que necesitamos. Santuario augusto donde el Señor recibe nuestras plegarias y se muestra favorable á nuestras peticiones. ¡Yo os saludo!

¡Salve, María! *Templo sagrado* que para sí levantó el Rey pacífico enriqueciéndolo con todo lo que de más prodigioso tiene el arte, de lo que halló de más precio y más extraordinario en sus tesoros. Templo tan augusto que pudiera ofrecer digna morada en su misterioso recinto al que recibe adoraciones, al Santo de los Santos; Templo tan magnífico que pudiese contener el trono del Rey del cielo. Templo tan santo que nunca llegara á profanarse. ¡Yo os saludo!

¡Salve, María! verdadera *Puerta del Santuario*; puerta exterior que mira, no al aquilon, de donde viene todo mal, sino al Oriente donde aparece el nuevo Sol que ha de regenerar todas las cosas. Puerta inviolable, cerrada para todos; Puerta augusta santificada por haber dado paso al Príncipe de la Paz, transformándola en Templo al entrar por ella en el mundo que venia á rescatar. Así lo habia dicho un ilustre Profeta, anunciando que esta Puerta permanecería cerrada sin que nadie la abriera, sin que nadie la atravesara, por cuanto el Señor Dios de Israel habia pasado por allí.

¡Oh María! verdadera Casa de Dios, rogad por nosotros.

¡María! verdadero templo del Rey de la Paz, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos.

VIII.

¡Salve, María! *Arca de la nueva alianza*, Arca que encierra el pacto hecho por el Señor con los hijos de Israel; Arca de santidad de Dios que señala el camino que hemos de seguir yendo delante de nosotros cuando atravesamos el Jordan, y mandando á las aguas que abran paso á los hijos de Israel. Arca fuerte y poderosa de la que los filisteos no pueden apoderarse; que derriba y destroza á Dagon; que nos libra de las manos de nuestros enemigos destruyendo sus fortalezas. ¡Yo os saludo!

¡Salve, María! *Tabernáculo del testimonio*, que afianzais las promesas hechas por Dios á los hombres. En Vos descansó el mismo que os había criado, y por un increíble prodigio halló en Vos la vida el mismo que os la diera, y fué formado en vuestro seno, y de vuestra propia substancia por aquel que hace en Dios Padre una misma cosa con el divino fruto de vuestras

entrañas. Misterio el más incomprensible de todos, en virtud del cual sois á la vez Hija, Esposa y Madre, respecto de las tres divinas personas de la Santísima Trinidad.

¡Oh María! verdadera Arca de la nueva alianza, rogad por nosotros.

¡María! Arca verdaderamente llena de los tesoros más preciosos, rogad por nosotros.

¡María! verdadero Tabernáculo del testimonio, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

IX.

¡Salve, María! *Santa Ciudad de Sion*, cuyos muros jamás pudo batir ningun ariete babilonio. El Altísimo que os edificó y que eligió en Vos una morada para Sí, os cercó de inexpugnables muros, ó mejor dicho, Él mismo se constituyó en muralla y baluarte vuestro.

¡Salve, oh María! verdadera *Torre de David*, sólidamente fundada sobre rocas. El Invencible Guerrero os protegió contra los asaltos de vuestro irreconciliable enemigo, coronándoos de almenas y rodeándoos de broqueles, y abasteciándoos de armas espiri-

tuales en términos que ni vuestro cuerpo ni vuestra alma han tenido nunca que sostener los asaltos de las pasiones, y ni siquiera han sentido su influencia; — potente fortaleza, puesta frente al enemigo, levantada hasta las nubes en medio de la ciudad; alcázar donde se refugian juntos los guerreros, las mujeres, los niños y los magnates de la ciudad, para quienes sois el principio de salvación y fuente copiosa de paz. ¡Yo os saludo!

¡Salve, María! *Trono de marfil* del verdadero Salomón; trono cubierto de oro el más puro y de piedras preciosas de la mayor estimación; trono desde el cual el Rey de los Reyes, revestido de forma mortal, dictó su ley al mundo, abrió los tesoros de su sabiduría y enseñó á su pueblo la ciencia de la santidad y de la vida eterna. ¡Yo os saludo!

¡Oh María! Santa ciudad de Sion, rogad por nosotros.

¡María! verdadera Torre de David, rogad por nosotros.

¡María! Trono del verdadero Salomón, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

X.

¡Salve, María! ¡*Verdadera Jerusalem!* Vos sola sois la escogida por el Dios de Sion para su morada; en Vos ha edificado su palacio y templo: ¡su templo, obra grande y maravillosa, destinado á servir de habitacion, no á un mortal, sino á un Dios!

¡Salve, María! *Nueva Madre de todos los vivientes* y Hermana de la Iglesia: todo lo que los libros sagrados nos dicen de la Santa Iglesia os conviene maravillosamente, ¡oh María! La Iglesia, animada por el Espíritu Santo, nos reengendra en Jesucristo; y Vos, María, llena sobreabundantemente de este divino espíritu, nos dais Aquel mismo en quien nosotros recibimos una nueva vida.

¡Salve, María! *Castillo misterioso de Bethania:* en vuestro interior es donde el Redentor, al entrar, ha sido recibido por dos amables hermanas, la Virginitad y la Humildad.

¡Oh María! Jerusalem verdadera, habitacion santa del Señor, rogad por nosotros.

¡María! Madre de todos los vivientes, rogad por nosotros.

¡María! Castillo místico de Bethania, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa

Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XI.

¡Salve, María! ¡*Carroza del Esposo celestial!* carroza hecha de madera del Líbano, enriquecida con el oro, con la plata, con la brillante púrpura admirablemente combinados; carroza digna, en una palabra, del divino Niño que debía de ser llevado en ella nueve meses. ¡Salve!

¡Salve, María! Corazon virginal, figurada en aquel *lecho adornado de flores* en cuyo alrededor el Hijo de Dios, el amigo de las almas puras, ha puesto de centinelas los guardas de la milicia celestial, y al cual ha rodeado además de una muralla de todas las virtudes de tal modo que este sagrado lecho jamás pueda ser franqueado sino para lo piadoso y casto, cerrándolo para cuanto pueda lastimar de cualquier modo al divino Esposo, y turbar su dulce reposo.

¡Oh María! Carroza verdadera del Esposo, rogad por nosotros.

¡María! Lecho agradable del Hijo de Dios, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XII.

¡Salve, María! *Oveja sin mancilla*, que habeis dado á luz al Cordero immaculado, al Cordero lleno de dulzura que ha querido dejarse llevar á la muerte por nosotros y borrar con su sangre nuestras iniquidades; Cordero que pasando de la piedra del desierto á la montaña de la hija de Sion, se ha hecho por su inmolacion el dominador soberano de la tierra, y el principio de la eterna salvacion para todos los que se le sometieren.

¡Salve, María! *Estrella resplandeciente de la mañana*, que hicisteis rebosar de admiracion y de asombro á los santos centinelas de la ciudad de los cielos, disipando repentinamente el horror de una sombría noche con el dulce resplandor de vuestra luz.

Nueva Aurora, que nos habias traído felizmente la verdad al seno de la muerte en donde estábamos de asiento. Vos habeis precedido, despues habeis hecho brillar á los ojos de los mortales aquel Sol de Justicia que estaban esperando hacia ya tantos siglos, y por último nos habeis abierto las puertas de la luz eterna, en donde nos espera una nueva vida.

¡Oh María! Oveja verdaderamente immaculada, rogad por nosotros.

¡María! verdadera Estrella de la mañana, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XIII.

¡Salve, María! *¡Reparadora gloriosa de la prevaricación!* Vos sois de quien desde el principio del mundo y cuando apenas estaban formados los elementos, el mismo Criador publicó aquel primer oráculo: que un día una Mujer quebrantaria con sus piés la cabeza de la serpiente homicida. En efecto, léjos de haber podido gloriarse y gozarse de haber conseguido sobre Vos alguna victoria este enemigo infernal, esta muy pérfida serpiente, habeis derramado Vos sobre su cabeza todo el veneno que ella os tenia preparado.

¡Salve, María! Nueva Eva, retoño del nuevo Adan. Vos no sois aquella madrastra que inoculó el gérmen de la muerte en el seno de sus hijos aun antes de darlos á luz; ¡Vos sois una Madre!... ¡Una Madre cuyos hijos no están ya destinados á la muerte, y sí á una eterna vida!... No, no sois Vos aquella Eva infiel que se dejó seducir por el ángel destronado, y que se separó de Dios, cuyo precepto traspasó. Vos sois aquella Eva fiel, que recibió con un corazon dócil la buena

nueva del Arcángel, y mereció llevar á Dios en su seno, despues de haber obedecido á su voz.

¡ Oh María! verdadera Reparadora de la prevaricacion, rogad por nosotros.

¡ María! verdadera Nueva Eva, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡ oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XIV.

¡ Salve, María! *Virgen incomparable*, bienaventurada entre todas las vírgenes. Vos sois en verdad Aquella que Dios reveló en otro tiempo por Isaías á Achar, cuando hizo decir al Profeta: Hé aquí que una Vírgen concebirá y parirá un Hijo, y este niño será llamado Manuel. — Y hé aquí que, en efecto, al tiempo señalado nos ha nacido: era niño; mas llevaba sobre sus hombros el signo de su dominacion, y ha recibido los nombres de Admirable, de Consejero, de Dios, de Fuerte, de Padre del siglo venidero, de Príncipe de la Paz.

¡ Salve, María! Vos sois *aquella Mujer extraordinaria*, que segun los oráculos de los Profetas, debia de encerrar en su seno, por un prodigio nunca oido, y sin perder un solo rayo de su gloria virginal, al Hijo del hombre, y dar al mundo á Jesucristo, Sol de jus-

ticia, luz eterna, aquella verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. ¡Salve!...

¡Oh María! Virgen verdaderamente única, rogad por nosotros.

¡María! objeto de los oráculos proféticos, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XV.

¡Salve, María! *Venerable Sara*, que á la voz de Dios habeis dejado vuestro país, vuestra familia y la casa de vuestro padre para ser la Madre de muchas naciones, y cuya posteridad Dios ha multiplicado efectivamente como la arena del mar. — ¡Triste y desgraciada Sara, oh María! que siguiendo el camino que en otro tiempo habia pisado la esposa de Abraham, habeis descendido como ella, pobre caminante, á la tierra estraña, á este Egipto, donde tambien como ella habeis pasado largos dias de destierro hasta que cual á ella háos llamado la voz del cielo á vuestro país. — ¡Sara castísima, oh María! Vos, cuya fecundidad fué mil veces más maravillosa que la de la antigua Sara; porque sois la Madre del Isaac verdadero á quien habeis tambien concebido y dado á luz en el

tiempo señalado por el Señor. Sois la Madre de este Isaac, en el cual solo debian de ser benditas y rescatadas todas las naciones de la tierra.

¡Salve, María! Vos la jóven *Rebeca*, cuya virginal blancura y perfecta pureza nos ha representado con su pudor, su gracia y su belleza admirable. Vos sois la destinada por el Señor para su propio Hijo: Vos sois la que habeis dado nacimiento al verdadero Jacob, el deseado de los collados eternos, el heredero de todas las cosas, y por lo tanto tambien el Hombre de los dolores, cuyos dias todos han sido visitados por crueles amarguras.

¡Oh María! Nueva Sara, digna de la veneracion más profunda, rogad por nosotros.

¡María! Nueva Rebeca, toda brillante de puro bella, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XVI.

¡Salve, María! *Raquel verdadera*, Madre de aquel Justo por escelencia á quien Dios, su Padre, ha amado más que á todos sus otros hijos, y en el cual ha puesto todas sus complacencias! ¡Ay de mí! Por esto mismo sus hermanos (entre ellos habia uno que se

llamaba Judas), sus hermanos le han perseguido con un odio implacable: ellos jamás le han dirigido una palabra de paz, y á este querido Hijo, pobre Raquel, ellos, los malos hermanos, le han vendido, le han vendido por treinta monedas de plata, y ha sido tratado como un esclavo y le han puesto en el número de los malhechores. — Pero consoláos, Madre afligida, vuestro Joseph ha sido luégo colmado de honores de tal manera, que ningun otro sino Dios, su Padre, ha podido encumbrarle tanto, le ha sido dado un nombre que está sobre todos los nombres, ha sido hecho Rey hasta de aquellos mismos que le habian entregado; de suerte que los haces de sus hermanos, rodeando el suyo, se han inclinado humildemente delante de Él, y el sol, la luna, las estrellas y todas las criaturas han venido á rendir á este Hombre-Dios los divinos honores. ¡ Ah! Estos homenages son el premio de sus oprobios; porque Él se habia humillado, se habia anonadado, se habia hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz, y si ha llegado á ser el Redentor y la esperanza de salvacion para todos los hombres, no ha sido sino despues de haber derramado por ellos hasta la última gota de su sangre.

¡Salve, María! Vos sois en el nombre y en la realidad *la verdadera María*; no María, hermana de aquel Moisés que no sacó de la servidumbre del Egipto más que al pueblo de los hebreos; sino María, la augusta Madre de Aquel que ha sacado á todo el género humano de la servidumbre del demonio; no María que, á la cabeza de las mujeres israelitas, cantaba con ellos al

son de los tambores y toda suerte de instrumentos las alabanzas del Señor ; sino María, la Reina de los moradores de los cielos ; María, que preside los amables coros de las vírgenes y los ejércitos angélicos con aquellos cánticos de una inefable armonía que se repiten incesantemente : Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios Todopoderoso, que era, que es y que será para siempre ; y tambien : ¡ Gloria, honor y bendicion á Aquel que está sentado sobre el Trono y que vive por los siglos de los siglos !

¡ Oh María ! verdadera Raquel, rogad por nosotros.

¡ María ! muy verdaderamente María en el nombre y en la realidad, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡ oh poderosa Reina de los cielos, é interced por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos !

XVII.

¡ Salve, María ! Madre en Israel, *Nueva Débora*, que estás sentada á la diestra del Supremo Juez, y que juzgas con equidad á los pueblos. Sois el oráculo que van á consultar los hijos de Israel ; porque Vos los dirigís en sus empresas y proyectos. Sois el Jefe que ellos se escogen, que debe de llevarlos á Sisara, el General de los ejércitos de Jabin, rey de los infierros, y hacerle caer en sus manos. Vos sois por quien

el Señor destruye á los fuertes y por quien aniquila el poder de los enemigos.

¡Salve, María! Virgen intrépida, *Valerosa Jahel*, que llena de un valor sublime é inspirado destrozásteis al jefe de los filisteos, á aquella antigua serpiente. Vos herísteis; y este Sisara, rey de los infiernos, rodó á vuestros piés, luchando con la muerte, y le quebrantásteis la cabeza, así como se le habia anunciado á él mismo desde el principio de los tiempos, despues que él hizo caer en sus lazos á la primera mujer.

¡Oh María! Nueva Débora, rogad por nosotros.

¡María! Intrépida Jahel, que habeis hollado á Satanás con vuestros piés, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XVIII.

¡Salve, María! *Nueva Anna*, Madre del verdadero Samuel. Samuel, el hijo de Anna, fué concedido por el Señor á las fervientes oraciones de su madre, y su nacimiento fué un gran prodigio; mas el verdadero Samuel, vuestro Hijo, ¡oh nueva Anna, oh María! ha sido dado al mundo cuando todo estaba perdido sin remedio, por un efecto todo especial de la misericordia

de Dios Padre , y de una manera verdaderamente infame y soberanamente incomprensible. — Anna , madre de Samuel , trajo su hijo , todavia muy niño , á la casa del Señor á Silo ; allí , inmoló por él tres novillos , ofreció tres medidas de harina y un cántaro de vino ; despues confió este querido tesoro al gran Sacerdote Heli , para que estuviese consagrado al Señor por todos los dias de su vida. — Por lo que á Vos hace , ¡ oh nueva Anna , oh María ! llevásteis del mismo modo á Jerusalem , al templo , á Jesús vuestro Hijo , el Samuel verdadero , para ofrecerle al Señor ; y dísteis para ofrenda dos tórtolas ó dos pichones para redimir al mismo que debia de ser el Redentor de todo Israel. — Anna , la madre de Samuel , hacia con sus manos cada año una pequeña túnica que llevaba á su querido hijo en el dia señalado ; — en cuanto á Vos , ¡ oh María ! hicísteis del mismo modo una con vuestras propias manos , túnica sin costura , con la cual revestísteis á Jesús , el verdadero Samuel ; túnica , ¡ ay de mí ! que fué empapada con la sangre de este Cordero sin manilla , y echada á la suerte por una soldadesca impía ; túnica , ¡ oh felicidad ! que la Iglesia posee todavía , y que veneramos nosotros con justo título cual uno de los más preciosos instrumentos de nuestra redencion.

¡ Oh María ! verdadera Anna , madre del verdadero Samuel , rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro , ¡ oh poderosa Reina de los cielos , é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo , Rey inmortal de los siglos !

XIX.

¡Salve, María! *amable y piadosa Ruth*, que os incorporásteis con la triste Noemi, para consolarla. Sí, como Ruth, oh María, os empeñais en socorrer á toda alma que sabeis se halla atribulada; os unís íntimamente con ella, y os esforzais para aumentar su fortaleza con estas dulces palabras: «Dejadme, dejadme acompañaros, pobrecita alma á quien agobia el dolor: me guardaré bien de abandonaros; no, no os abandonaré jamás. Yo iré á todas partes á donde vayais; donde os detengais allí me detendré con vos». — Humilde Ruth, que has llegado á ser la Esposa del rico Booz, del Espíritu Santo, no sabeis cómo manifestar vuestra admiracion: «¿De dónde me viene, decís, de dónde me viene este favor, que yo haya hallado gracia delante de Vos y que os hayais dignado interesaros por mí; por mí, pobre extranjera? Yo no soy sino una esclava, y la última de las mujeres que están á vuestro servicio vale más que yo». — Modesta Ruth, de quien se puede decir con toda verdad: todo el pueblo sabe que sois una Mujer virtuosa y de muy elevada santidad. — Ruth, colmada repentinamente de felicidad y bendiciones, llegando á ser, por vuestra union con el casto Booz, la venerable abuela de David, ó para hablar sin figuras, recibiendo de lo alto, por la

operacion del Espíritu Santo , la dicha de ser la muy verdadera Madre del muy verdadero David. De Vos es de quien el pueblo cristiano , todo en masa , y los antiguos , es decir, los Santos Pontífices y todas las categorías del Real Sacerdocio han repetido siempre estas dulces y bellas alabanzas : «Haga el Señor que esta Mujer sea como Raquel y Lia, que han fundado la casa de Israel : el modelo de las virtudes en Ephrata, y que su nombre llegue á ser glorioso en toda la tierra de Betleen» .

¡ Salve, María ! *Nueva Sara* , figurada en la hija de Raquel , jóven vírgen de una virtud tan resplandeciente que mereció ser unida con Tobías por el ministerio del mismo Angel Rafael: Tambien Vos , oh María , Nueva Sara , fuísteis dada á un Esposo temeroso de Dios, el casto Joseph , único digno de Vos. — Piadosísima Sara, empleásteis todas vuestras horas en santas comunicaciones con Dios ; siempre vuestras miradas se dirigian hácia el Señor , cuya indignacion templábais con vuestras lágrimas ; jamás la concupiscencia ha empañado vuestra alma ; jamás han manchado vuestra pureza deseos criminales de ninguna especie ; jamás os ha visto el mundo tomar parte en sus locas diversiones ; nunca os habeis mezclado con los que proceden sin prudencia y circunspeccion ; mas siempre y en todo os habeis mostrado irrepreensible y sin tacha.

¡ Oh María ! Nueva Ruth , llena de bondad y de amabilidad , rogad por nosotros.

¡ María ! Otra Sara que merecísteis ser visitada por el Angel Gabriel , rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XX.

¡Salve, María! digna hija de los hebreos, Mujer santa y temerosa de Dios, *Invencible Judith*, á quien ha dotado el Señor de tan admirable belleza, que aparecísteis á los ojos de todo el mundo con incomparable hermosura, y con quien ninguna mujer era comparable en el mirar, en la belleza y en la sabiduría de las palabras. — Esclava del Señor, por Vos es por quien Dios ha hecho brillar aquellos prodigios de misericordia que habia prometido á la casa de Israel. Ha puesto en vuestra alma un santo atrevimiento para arrostrar al enemigo, y ha dado á vuestro brazo una santa fuerza para derribarlo. Por medio de vuestras manos ha abatido al enemigo de su pueblo, al tirano de los infiernos que devastaba la tierra; por vuestra mediacion ha reducido á la nada á nuestros soberbios vencedores, y en el momento en que no nos restaba la menor esperanza nos ha dado el triunfo y la vida. — ¡Oh! Vos sois verdaderamente la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel; Vos sois el honor del mundo entero. Vos sois bendita entre todas las mujeres sobre la tierra, por el Señor, el Dios altísimo. Él ha glorificado vuestro nombre de

tal modo , que jamás, mientras dure la memoria de los maravillosos efectos de su poder, la boca de los hombres no cesará de publicar las alabanzas de Aquella que ha sido su glorioso instrumento.

¡Salve , María ! vírgen escogida , *Nueva Esther* , que sin echar mano de vanos adornos , aparecísteis á los ojos de todos con una belleza y gracia inesplicables, una bondad y una amabilidad verdaderamente encantadoras , Salve ! El Rey de los reyes os há hallado mucho más bella que todas las otras vírgenes y habeis conquistado su corazón , os ha amado sobre todas las otras y ha colocado sobre vuestra cabeza la diadema del imperio. — Poderosa Esther , Vos no habeis sido llamada al Trono sino para interceder en favor de vuestro pueblo y salvarle en los dias aciagos. La sentencia de muerte estaba dada ; la espada se hallaba ya levantada sobre nuestras cabezas ; pero habeis vuelto contra nuestro enemigo el arma homicida , cuyos golpes debíamos de recibir nosotros , y habeis convertido nuestra tristeza y nuestro luto en felicidad y alegría.

¡Oh María ! Nueva Judith , verdaderamente invencible , rogad por nosotros.

¡ María ! Nueva Esther , Vírgen verdaderamente escogida y privilegiada , rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro , ¡ oh poderosa Reina de los cielos , é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo , Rey inmortal de los siglos !

XXI.

¡ Salve , María ! *Reina gloriosa* , sentada á la derecha del Rey de los reyes , revestida de un vivo manto que realzan el oro de Ofir y mil dibujos de brocado con franjas de oro. El Rey está siempre prendado de vuestra belleza , oh gran Reina ; cerca de Vos acuden sin cesar los hijos de Tyro , y hasta los mismos grandes de la tierra , todos vienen á ofreceros presentes é implorar algunas de vuestras miradas , y las vírgenes que merecen aproximarse más á Vos tienen el honor de ser presentadas por Vos al Gran Rey. Por vuestros padres que ya no existen , oh poderosa Reina , ha hecho os nazcan gran multitud de hijos que estableceis príncipes sobre la tierra. Tambien los pueblos reconocidos , bendiciendo vuestro nombre cuya memoria se perpetuará de generacion en generacion , cantarán vuestra gloria de siglo en siglo hasta la eternidad.

¡ Salve , María ! ¡ *Madre del verdadero Salomon!* Cuando uno de vuestros siervos , oh Reina dulce y clemente , aunque sea el más pequeño , el último , viene á hablaros y os dice : « Madre del Gran Rey , tengo que haceros una peticion: decid al Rey vuestro Hijo , (yo sé que nada puede negaros) , que me conceda esta gracia , este favor que necesito » , al instante le respondeis con una tierna bondad : « Yo hablaré al Rey

mi Hijo en vuestro favor». Y en efecto, al instante vais á hallar al Rey y le habláis por vuestro pobre siervo y le decís: «Hijo mio, tengo que pedir un pequeño favor, no me lleneis de confusion con una negativa». A lo cual el Rey se apresura á responder: «Pedidme, oh Madre mia, porque no es posible y no sucederá jamás que yo aparte de Vos mi mirada».

¡Oh María! grande Reina, sentada á la derecha del Rey de los reyes, rogad por nosotros.

¡María! Madre del verdadero Salomon, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XXII.

¡Salve, María! *Mujer incomparable* á quien vió con sus ojos de águila Aquel que debía de llegar á ser un dia vuestro Hijo en lugar de Jesús. Juan os vió combatiendo por vuestros hijos contra el grande dragon, y describió así vuestro combate: «Una mujer llevaba un niño en su seno; y el grande dragon estaba de pié delante de la mujer, esperando á que ella hubiese parido para devorar el fruto de sus entrañas. Y la mujer parió un hijo que debía de gobernar todas las naciones de la tierra... Pero este niño fué llevado cerca de Dios

y colocado sobre un trono á la diestra del Todopoderoso. Lleno de rabia el dragon se enfureció contra la mujer y fué á hacer la guerra á sus otros hijos. Mas el Señor omnipotente le hirió y entregó en manos de la mujer; y este formidable dragon, esta vieja serpiente, que habia seducido á todo el universo, ha sido hecho pedazos; y por la mano de una mujer le ha herido el Señor nuestro Dios».

¡Salve, María! ¡Oh Mujer que aventajais en brillo á la luz más esplendorosa! Vuestra frente blanca como la nieve, espejo fiel en donde vienen á reflejarse todas las virtudes, está orlada de una corona de estrellas muy resplandecientes; Vos nadais en las olas de la claridad del divino Sol; la Luna os sirve de tarima para los piés, y la tierra, en donde haceis sentir vuestra presencia por la munificencia de vuestros beneficios y los dones de vuestra misericordia, os mira como su Señora y os honra como á su Reina.

¡Oh María! noble Mujer que habeis combatido contra el dragon, rogad por nosotros.

¡María! cuya frente ciñe una corona de doce estrellas, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XXIII.

¡Salve, María! *Criatura más que angélica*, cuya alma infinitamente pura se eleva por la contemplación hasta las alturas más inaccesibles de las cosas celestiales, con una rapidez de la cual apenas pueden darnos una ligera idea la gamuza, el ciervo y la gacela en sus correrías por las cimas de las rocas de Bethés, y sobre las montañas de los Aromas. Digo poco: vuestra alma en todo tiempo se ve arrebatada hasta el tercer cielo, hasta lo más alto de los cielos, en donde oís, mucho mejor todavía que Pablo, palabras misteriosas que ninguna lengua humana es capaz de expresar; éxtasis sublimes que jamás fueron turbados, como los del Apóstol, por la acerada punta del aguijón de la carne y por las vejaciones del ángel de Satanás.

¡Salve, María! *Esposa querida*, toda hermosa, toda inmaculada, que subísteis del desierto armada de delicias y apoyada sobre vuestro Querido; en Vos sola ha puesto sus complacencias y su alegría Aquel que aventaja en belleza á los más hermosos entre los hijos de los hombres. ¡Salve!

¡Oh María! Mujer Angélica arrebatada hasta el tercer cielo, rogad por nosotros.

¡María! Esposa única y querida, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XXIV.

¡Salve, María! *hermosa y encantadora Sulamites*, hija del Rey.—Al venir á este mundo, el Verbo de Dios os ha elegido, os ha amado más que á todos; atraído por la belleza angelical de vuestra alma, no ha temido descender del seno de su Padre al vuestro.—Sulamites tan digna de veneracion, que un ángel os ha sido diputado por el cielo para anunciaros el prodigio adorable que debia obrarse en Vos.—Sulamites tan gloriosa, que á Vos sola ha podido dirigirse esta admirable palabra: Yo os saludo, llena de gracias.—Sulamites tan pura, que habeis concebido al Hombre Dios sin el menor quebranto de vuestra virginidad.—Sulamites tan perfectamente intacta, que habeis dado á luz al Divino Fruto concebido en vuestras entrañas, sin dejar de ser Vírgen.—Sulamites tan dichosa, que habeis llevado en vuestras castas entrañas al Verbo, á este misterioso tetágrama, que no era permitido á otros tomar en sus labios.—En fin, Sulamites tan privilegiada, que nos habeis dado al mismo Salvador del mundo. ¡Oh, Salve!

¡Salve, María! *ilustre Vástago de los Reyes*, honor

del Sacerdocio , gloria de los Patriarcas , triunfo de los espíritus celestiales , terror del infierno , esperanza y consuelo de los cristianos. ¡ Salve !

¡ Oh María ! hermosa Sulamites , rogad por nosotros.

¡ María ! ilustre Hija de los Reyes , rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro , ¡ oh poderosa Reina de los cielos , é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo , Rey inmortal de los siglos !

XXV.

¡ Salve , María ! *Tierra Nueva* , tantas veces prometida por el Señor ; Tierra que encerrando en su seno una semilla divina , no ha producido espinas y abrojos , como la tierra antigua , Tierra maldita ; sino el pan de vida ; sino el mismo alimento de los ángeles ; — Tierra vírgen , de la cual ha sido formado , por una operacion toda inefable , el nuevo Adan. ¡ Salve !

¡ Salve , María ! *Montaña de Dios* , elevada sobre todas las montañas ; — Montaña á quien el Señor ha amado , que Él se ha adquirido , y sobre la que le plugo fijar su morada ; — Montaña bendita , hácia la cual nosotros levantamos los ojos , cuando esperamos el socorro y la salud ; — Montaña de diamante , de donde ha sido sacada esta piedra angular destinada á unir el Antiguo y Nuevo Testamento ; — Montaña sobre la cual debe apoyarse todo edificio que quiera desafiar

á los huracanes de este mundo; — Montaña contra la cual todo el que tropezare se hará pedazos. ¡Salve!

¡Oh María! Tierra Nueva, rogad por nosotros.

¡María! Montaña sobre la cual Dios ha querido habitar, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XXVI.

¡Salve María! *Montaña feliz* de donde debía ser desprendida, sin el auxilio de ninguna mano mortal, la Piedrecita que ha herido, ha destruido, ha reducido á polvo aquella estatua tan grande, tan elevada, tan prodigiosa y de aspecto tan formidable: el ángel caído de los cielos, el autor de todos nuestros males, y que despues ha llegado á ser una grande montaña. — Vos tambien, Madre augusta de esta Piedrecita, Vos tambien habeis venido á ser para nosotros una gran Montaña sobre la tierra; porque vuestra Piedrecita, el Dios del cielo, os ha dado en herencia el reino y la fuerza, el imperio y la gloria, y toda la tierra ha sido colmada de vuestros numerosos beneficios y de vuestros preciosos dones, y en adelante reinareis eternamente.

¡Salve, María! *Pequeña nube* que ascendeis del seno de los mares, es decir, de lo más profundo, del

misterio divino más impenetrable y del océano inmenso y sin riberas de sus misericordias ; Vos subíais , Vos subíais y habeis vuelto á caer sobre nosotros en una benéfica lluvia de gracias , lluvia tan copiosa , que toda la superficie de la tierra ha sido inundada con ella , y las pobres almas de los hombres que languidecian sedientas , ávidas , desecadas por los vicios y el ardor de la concupiscencia , han sido refrescadas y fortificadas con ella.

¡ Salve , María ! *pequeña Planta* de la raiz de Jessé , Vástago feliz al cual no ha llegado la savia del mal que circulaba en el manantial comun. — De Vos , *pequeña Planta* , es de quien habia de nacer el Dominador de Israel. — De Vos , Vástago humilde , debia de salir , no el fruto que da la muerte , sino aquella flor agradable , cuyo vivificante aroma debia hacerse sentir en todas partes. — A vuestra vista , amable Tallo , el cielo y la tierra han dado saltos de alegría , y vuestro perfume es tan suave que nos arrastra poderosamente hácia el amor de los bienes eternos.

¡ Oh María ! Montaña de donde se ha desprendido la Piedrecita , rogad por nosotros.

¡ María ! Nubecita que os elevásteis de la mar , rogad por nosotros.

¡ María ! *pequeña Planta* nacida de la raiz de Jessé , rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro , ¡ oh poderosa Reina de los cielos , é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo , Rey inmortal de los siglos !

XXVII.

¡Salve, María! Vos cuyo corazón, *Fuente sellada*, no ha visto jamás la perfecta pureza de sus aguas turbada por alguna conmoción terrestre, ni agitada por el más ligero soplo de las pasiones. — Fuente viva, en donde como en un brillante espejo, viene á reflejarse la más fiel imágen de la divinidad. — Fuente bendita, que derramó las aguas saludables de vuestras maternales bendiciones hasta los ángulos de todos los caminos, para que rieguen el campo de nuestras almas que cubren las espinas. — Fuente maravillosa, cuyas aguas tienen la virtud de hacer inmortales á los que vienen á apagar su sed con ellas. ¡Salve!

¡Salve, María! *Jardin cerrado*, encomendado á la custodia del mismo Dios; Jardin cercado tambien de hayas impenetrables, en donde aun el más ligero pensamiento no ha podido penetrar. En Él es en donde el Divino Jardinero ha dispuesto con un arte infinito las variadas plantas de sus mil aromas: en Él es donde se pasea en medio de los lirios y descansa durante los ardores del mediodía. ¡Ah, Salve!

¡Oh María! Fuente sellada, rogad por nosotros.

¡María! Jardin cerrado, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XXVIII.

¡Salve, María! *Columna de Humo odorífero*, que no tiene más pábulo que los aromas de la mirra, del incienso, de todas las especies de perfumes. — Vos ardeis con el fuego de la divina Caridad de tal modo, ¡oh María! sois hasta tal punto extraña á todas las afecciones mundanas, suspirais tan ardiente y continuamente por los bienes del cielo, que el interior de vuestra alma es una maravilla que admira hasta á los mismos que nadan en el seno de las maravillas, á las celestes inteligencias.

¡Salve, María! *Madre del Lirio de los Valles*. Vos sois, Vos misma, despues de aquel Lirio divino, el más bello de todos los lirios; ¡oh Vos! que os habeis elevado pura é intacta de en medio de los espinos; Vos que á la más brillante blancura de la virginidad habeis unido la modestia más perfecta del alma; Vos que, sola, sola entre todos los mortales, habeis podido merecer el título de Madre, conservando al mismo tiempo el título glorioso de Virgen. ¡Salve!

¡Oh María! Columna odorífera, rogad por nosotros.

¡María! Madre del Lirio del Valle, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XXIX.

¡ Salve , María ! Flor amable de los Campos , *Rosa de Jericó* ; no es seguramente sobre las rocas del orgullo donde se os vió nacer , y sí en las llanuras de la sencillez , y en el humilde valle de la modestia en donde habeis sido colocada ; allí es en donde la divina Caridad ha depositado sobre la corola de vuestra alma aquella púrpura preciosa que la colora. — Aunque nacida de la tierra , como todas las demás , no habeis aspirado aquel ambiente corrompido que mancha , ¡ ay de mí ! la hermosura de todas nuestras almas.

¡ Salve , María ! ¡ *Depósito de Perfumes* ! Vos sois , Vos misma el más suave aroma que se exhala del jardín del Esposo ; Bálsamo de Galaad , Bálsamo sin mezcla , Bálsamo aromático , con el que , piadosa Samaritana , cubrís nuestras llagas para curarlas. — Vuestras manos destilan mirra , con la que embalsamais nuestros cuerpos para hacernos castos ; — vuestros dedos están llenos de la mirra más preciosa con que perfumais nuestras almas ; — vuestros labios son como lirios de donde se desprende una mirra pura por excelencia , que derramais sobre nuestros espíritus para preservarlos de la corrupcion. — Vos sois , ¡ oh María ! el incienso del más grato olor que arde sin cesar delante del Señor ; Vos sois aquel altar de oro sobre el cual humeará eternamente el incienso del divino Amor.

¡ Oh María ! Rosa de Jericó , rogad por nosotros.

¡ María ! precioso Depósito de perfumes los más esquisitos , rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro , ¡ oh poderosa Reina de los cielos , é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo , Rey inmortal de los siglos !

XXX.

¡ Salve , María ! *Olivo campestre* de preciosas y numerosas ramas. Sobre vuestro tallo intacto es donde Aquel que se complace en dejarse ver de los mortales, como una paloma , ha cogido para nosotros aquel ramo siempre verde , que se guarda en el Arca de la Iglesia cual una prenda cierta del fin del diluvio espiritual; cual el símbolo consolador de la renovacion de la tierra. El saludable amargor de vuestros frutos es para nosotros un antídoto efficacísimo contra el veneno , — veneno muy dulce , ¡ ay de mí ! del fruto pérfido que nos ha dado la muerte. — Vuestro aceite , dulce y vivificador , bendito olivo , despues de haber purificado todas las antiguas inmundicias del viejo Adan , ha dado á nuestras almas una nueva juventud. — Alimentada la lámpara de nuestra fe por los arroyos de este aceite inextinguible , brilla con vivo resplandor , que á nadie incumbe más que á nosotros el conservar siempre vivo.

¡Salve, María! *Viña de Engaddi* que el Señor ha plantado con su propia mano, que fué cuidadosamente cercada de hayas que el jabalí del bosque no ha podido destruir, y que jamás ha sufrido la mordedura maléfica de las bestias salvajes. — ¡Viña del Dios de Sabaoth! Jamás retoños inútiles han venido á consumir vuestras ramas fértiles; jamás habeis sido víctima del pillaje, ni hollada con los piés; jamás los abrojos ni las espinas han podido crecer en vuestro bendito suelo; y siempre las nubes del cielo os han enviado sus benéficas lluvias. — ¡Viña de Baal-Ammon ó del Pacífico! Bajo de vuestro follaje descansan con seguridad los hijos de Israel, y vuestra apacible sombra devuelve su primitivo vigor á los miembros fatigados. — ¡Viña de Sabama! Los dueños de las naciones no han podido destruirlos. ¿Qué mano habria bastante osada y poderosa para arrancar vuestras cepas, coger vuestros racimos, cortar y dispersar vuestros sarmientos? El viento abrasador no os tocará y vuestras plantas no se secarán en sus surcos. — ¡Viña de Nehelescol! Vos sois la que habeis producido aquel noble racimo de uvas que los dos Testamentos se encargaron de custodiar; — racimo tan pesado, que en la balanza ha superado al peso de nuestros crímenes; — racimo cuyo licor es hasta tal punto grato al paladar y confortante para el corazón, que millones de hombres, despues de haberlo probado, han sido embriagados tan repentina y santamente, que la muerte no ha sido para ellos sino un juego que han aceptado con sonrisa.

¡Oh María! Olivo de los Campos, rogad por nosotros.

¡ Oh María ! Viña del Señor, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡ oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos !

XXXI.

¡ Salve, María ! *Cedro brillante* que ha plantado el Señor sobre la cima más alta de Israel. Sois el más hermoso entre los más hermosos cedros del Líbano, cuyo tronco se lanza á las nubes, cuyas ramas son vigorosas, cuyo ramaje es frondoso ; todos los cedros de la comarca, todas las encinas de Basan se inclinan con respeto delante de vuestra copa majestuosa, y ningun árbol del Edén puede compararse con Vos... Cedro elevado gloriosamente desde el fondo de los abismos, y que sin embargo no se enorgullece por su elevacion ; Cedro á quien han alimentado las aguas, y alrededor del cual serpentean grandes rios. — Vuestra sombra, venerable Cedro, se extiende á lo léjos ; el buen aroma que exhala vuestro ramaje, perfuma todos los alrededores, y bajo de vuestras ramas habitan pueblos numerosos. — Cedro inalterable, Cedro incorruptible, inaccesible á los tiros del vicio, penetrais en nuestras almas para preservarlas de la corrupcion ; y con vuestro ejemplo moveis una multitud de corazones jóvenes á abrazar con amor la vida de la inocencia y de la pureza. ¡ Salve, hermoso Cedro !

¡ Salve, María! *Miel de la Roca*, Miel de incomparable dulzura, Miel verdaderamente deliciosa, con la que ha sido alimentado ese pequeño Niño que ha nacido para nosotros. — ¡ Oh María! en vuestra boca está la miel; vuestros labios son el panal que la destila; vuestras palabras corren más suaves que la miel más pura; vuestra alma encierra una dulzura á la cual no iguala la de la miel más esquisita; y vuestra memoria es mil veces más agradable al corazón que la miel al paladar, que los cantares armoniosos en medio de un festin. ¡ Salve, salve!

¡ Oh María! elevada como un cedro sobre el Líbano, rogad por nosotros.

¡ María! dulce Miel de la Roca, rogad por nosotros.

Invocad al Señor en favor nuestro, ¡ oh poderosa Reina de los cielos, é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo, Rey inmortal de los siglos!

XXXII.

¡ Salve, María! oh Vos, *cuya gloria publican todas las criaturas*, el cielo y los astros de los cielos, el firmamento y sus lúcidas estrellas, el mar y las perlas que él encierra en su seno, las campiñas esmaltadas de flores, los verjeles con sus frutos, el rocío con sus mil esmeraldas, el dulce murmullo del riachuelo, el pajarillo que canta sobre la zarza, la abeja que

zumba en el parterre , los vivos colores de la pradera... Sobre vuestra cabeza , ¡ oh María ! brilla la corona de los reinos de la tierra , y llevais en vuestras manos el cetro del mundo celestial y de la gloria eterna. ¡ Salve !

¿ Mas qué podré decir todavía de Vos , oh María ?... ¿ Qué diré... ? Diré que sois más deslumbradora que el sol de mediodía , más dulce que la luz plateada de la luna , más bella que el astro de la mañana , más pura que el lirio que acaba de abrirse , más blanca que la nieve que brilla sobre la cumbre de las montañas , más modesta que la purpúrea rosá , más fresca que la primavera al despuntar , más preciosa que la perla , más rica que el oro , más rebuscada que el topacio , más graciosa que la ágata , más atractiva que el imán , más agradable que el marfil antiguo , más perfumada que el bálsamo , más odorífera que el cinamomo , más suave que la miel , más dulce que la vida , más florida que los jardines , más inocente que la paloma , más amante que la tortolilla , más fecunda que el Edén , más alta que el cielo , más casta que los ángeles , más brillante que los querubines ; revestida de mayor grandeza y gloria que los serafines... ¡ Hé aquí lo que yo diria...

¡ Salve , pues , oh María ! Vos cuya gloria cantan todas las criaturas. ¡ Salve ! ¡ Más dulce , más hermosa , más grande que todo lo que se puede imaginar !

¡ Ah ! Invocad al Señor en favor nuestro , ¡ oh poderosa Reina de los cielos , é interceded por nosotros con vuestro divino Hijo , Rey inmortal de los siglos !

EPÍLOGO.

¡Oh María! aun cuando yo pase mi vida entera, por larga que sea, en cantar vuestras grandezas, en describir vuestra belleza, en recordar vuestros beneficios, en enumerar vuestras misericordias, en celebrar vuestras virtudes; aun cuando publique sin cesar, que sois la más santa, la más pura, la más perfecta de todas las vírgenes; la más dulce, la más tierna de todas las madres; la más clemente y la más compasiva de todas las abogadas; la más gloriosa y la más poderosa de todas las reinas, apénas habré comenzado á balbucear un himno digno de vos.

Y con todo, ¡yo he tenido el atrevimiento de haberlo intentado... ¡Ah! ¡Me avergüenzo de no haberos ofrecido más que tibias alabanzas, cánticos tan imperfectos; me avergüenzo de no haber tenido para ofreceros más que una voz tan débil, tan lánguida y tan fria! Pero démonos priesa; cesemos de cánticos tan poco dignos de vuestras grandezas, ¡oh María! y repitamos alegremente, para dar fin, repitamos estas pocas palabras que por sí solas dicen ciento y una veces más que todas mis páginas juntas, ¿qué digo? cien-

to y mil veces más que el espíritu del hombre es capaz de concebir, que su corazón es capaz de sentir, que su voz es capaz de publicar: *¡Salve, María!... ¡llena de gracia!... ¡el Señor es contigo!... ¡bendita Vos entre todas las mujeres!... y ¡Jesus, el fruto de tu vientre, es bendito!...*

Después, al recordar, ¡ay de mí! mi debilidad, mi indigencia, lo grande de mis deudas espirituales y de mis innumerables faltas, yo me guardaré muy bien de no añadir al punto con la Iglesia y en tono de súplica:

¡Santa María!... ¡Madre de Dios!... ruega por nosotros!... ¡pobres pecadores!... ¡ahora!... ¡y en la hora de nuestra muerte!... ¡Amen!...

Amen.

MARÍA.

SEGUNDA PARTE.

GRANDEZAS Y BONDADES DE MARIA.

¿Dónde encontraré, ¡oh María! palabras
para elogiarte como mereces?

(S. AGUSTIN.)

MARIA

GRANDEZAS Y BONDADES DE MARIA

Trinidade, 1 de Junho de 1881
para o Sr. D. João de Deus
(2.ª edição)

PRÓLOGO.

¡ Oh Vos , maravilla insigne del Todopoderoso , verdadera obra maestra de la creacion...! ¡ Oh Vos , Virgen incomparable y Santísima Madre de Dios ! ¡ Vos , el más bello ornato de los cielos ; y para la tierra , la alegría , la esperanza y la vida...! ¡ Oh Vos , manantial inagotable de santidad , de caridad y de misericordia ! ¡ María ! ¿ Osaré ofreceros el homenaje de algunas débiles alabanzas , ligero grano de incienso que mi alma desea quemar en honor de vuestro nombre...? Animado por vuestra indulgencia y vuestras bondades , y á pesar de mi flaqueza y mis miserias , que no me inspiran si no motivos de desconfianza , me atrevo á venir á beber en el inmenso océano de vuestra gloria , y confiar á los pobres recursos de un lenguaje humano algunas de vuestras alabanzas , — algunas solamente ; — porque ¿ quién es capaz de comprender toda la extension de vuestras grandezas , sino Aquel solo , el Ser inmenso , incomprensible , que Vos merecisteis llevar en vuestro casto seno...?

I.

Tuyas son las riquezas , y tuya es la gloria , tuya la soberanía sobre todas las cosas.

(I, PARAL., XXIX, 42.)

Algunas hijas de Jerusalem, han acumulado grandes tesoros; pero Vos á todas habeis excedido, ¡oh María! El Supremo Dispensador no derramó sobre vuestra alma virginal algunas gotas solamente de rocíos celestiales, segun lo verificó sobre cada una de ellas. Les ha repartido con tasa sus favores; — á Vos comunicó la plenitud de sus gracias y el mismo manantial de todos los dones del cielo. Quiso que de vuestro corazon, como de otro delicioso Edén, saliesen cuatro grandes rios de bendiciones que llevasen sus aguas fecundas á nuestras pobres almas áridas y secas, para embellecerlas con el alegre verdor y con los brillantes colores de todas las virtudes.

Vos sois, ¡oh María! — nos complacemos en publicarlo, — Vos sois la poderosa Soberana de todas las cosas, la Criatura sin igual, que sola entre todas las hijas de los hombres, ha podido recibir el incomunicable título de Virgen Madre de Dios. Vos sois la que recibísteis el honor sublime y para siempre único de

dar al mundo, en el tiempo, ese Dios hecho Hombre en Vos, el cual, antes de todos los tiempos, era Dios, Hijo eterno de Dios, y que sin principio, debe nacer sobre la tierra hasta el fin de los siglos.

Pero entónces, ¡qué espantosa distancia entre vuestra sublime elevacion, Reina gloriosa, y el exceso de nuestra bajeza; entre vuestra pureza más que de ángel, y nuestras impurezas; entre vuestros resplandores, y nuestras tinieblas...! Porque, si Vos veis de léjos á vuestros piés todos los poderes del cielo, ¿qué deben pareceros nuestras voces, perdidas en el fondo de este valle, sino un vago é imperceptible murmullo?

Lo que nos consuela, ¡oh María! es que este murmullo de nuestras voces, bien lo sabemos, por más débil que sea, por más que suene lejano para Vos, —esto aun cuando gritemos con todas nuestras fuerzas, —no deja por eso de subir á vuestro trono y de llegar á vuestro corazon. Porque, en Vos, la bondad que acoge es más admirable todavía, si es posible, que la elevacion y la grandeza que contiene en el respeto y el temor.

Vos pues, ¡oh María! Vos á quien pertenece la gloria, os dignareis, estamos seguros de ello, os dignareis admitir el tributo de alabanzas, de veneracion y de amor que os debemos, y que os ofrecemos con toda nuestra alma; y no rehusareis echar algunas miradas de benevolencia sobre nuestra bajeza.

Vos, que reinais en los resplandores de los cielos, os dejareis conmover por la profundidad de nuestras tinieblas; para iluminarnos, dejareis caer sobre nos—

otros algunos rayos de esa brillante luz que os rodea.

Vos, á quien pertenecen las riquezas y todos los tesoros de la gracia, tendreis piedad de nuestra indigencia, y nos comunicareis algunos de esos dones sobrenaturales y divinos, cuyo canal sagrado é inagotable depósito sois Vos para nosotros.

Esta es la dulce esperanza que descansa en el fondo de nuestros corazones.

II.

Levanta del polvo al mendigo para colocarle sobre un trono de gloria.

(I, REG. II, 8.)

Cuando Dios, segun el Profeta, quiso revelar sus designios de misericordia, reunió los habitantes de los cielos, y les expuso el adorable designio de restauracion de los ángeles, de la redencion de los hombres y de la rehabilitacion de todas las cosas; y estando todos en el estupor de la adoracion y en el éxtasis de la alegoría, el Señor hizo salir al instante de los tesoros de la Divinidad el nombre de María, y declaró que todo este misterio se cumpliria por Ella, en Ella, con Ella; á fin de que si nada ha sido hecho sin el Hijo de Dios, nada fuese rehabilitado sin María, su divina Madre.

Del mismo modo, María, Vos sois la suprema manifestacion de la grandeza divina que no pertenece á criatura alguna; Vos sois entre las criaturas la más bella imágen de la gloria infinita del Altísimo. Eligiéndooos para Madre de su Verbo eterno, Dios ha vuelto á encerrar en cierto modo su omnipotencia dentro de unos límites que no puede ya traspasar. Lo que ha hecho en vos ese Dios, soberano Señor de todas las dominaciones, es tan grande, tan prodigioso, que no es posible, ni aun á su infinito poder, añadir más.

En efecto, elegir entre los pobres hijos de Adán una humilde vírgen, débil como todos nosotros, desconocida sobre la tierra, quizás quizás objeto del desden de los hombres; sacarla como de un abismo de abyeccion, y enriquecerla con tal abundancia de gracias que, en su seno, no temiese ser concebido en tiempo el que es verdaderamente Hijo único de Dios, de suerte que Ella llegase á ser la Madre, sí, la verdadera Madre de Dios vivo, ¿puede imaginarse cosa más grande, más estupenda, más admirable? ¿No es esto la obra maestra, el acto supremo de la omnipotencia divina? ¿No hay en eso, repito, una maravilla tan grande, tan sorprendente, tan inefable, que Dios mismo no podria ya en adelante producir nada más excelente, ni aun comparable en otra criatura? Se puede, se debe decir: más allá de esta prodigiosa operacion nada es posible. Dios, dice San Buenaventura, podria hacer un mundo mucho más vasto, cielos más extensos, angeles y arcángeles más gloriosos: ¡no ha podido hacer cosa más grande que María; nada

puede tampoco añadir á su grandeza , porque la ha hecho Madre suya...!

¡ Oh María ! Vos que en el sublime cántico de vuestra alegría, glorificais al Señor porque se habia dignado de mirar á vuestra bajeza y obrar en Vos grandes cosas ; porque se habia complacido en elevar á los humildes , en enriquecer á los pobres ; hoy os pedimos useis con nosotros de la misma misericordia de que Dios ha usado por medio de Vos con respecto á su pueblo de Israel.

¡ Dignaos, oh Madre de bondad, sí, dignaos Vos tambien de dirigir vuestras miradas sobre la indignidad de vuestros servidores ; de obrar en nosotros esas grandes cosas que sabeis hacer tan bien ; de levantar-nos un poco del estado de abyeccion en que hemos caido por el pecado ; de enriquecernos un poco con vuestros tesoros espirituales de modo que podamos gritar tambien de alguna manera al recordar vuestros beneficios : nuestra alma bendice á María , á nuestra amable Soberana ; nuestro espíritu se regocija en María , nuestra misericordiosa Reparadora ; Ella nos ha sacado del polvo , á nosotros pobres indigentes , y nos ha hecho sentar sobre un trono de gloria !

III.

El Señor la ha escogido para su
habitación.

(Ps. cxxxI, 13.)

Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque se ha dignado dirigir sus miradas sobre la humildad de su Sierva y obrar en Ella tan grandes cosas. Bendito sea el Todopoderoso por haber dado parte en sus divinas operaciones, revelando á la tierra, por esta augusta Vírgen, los misterios más recónditos de su eterno amor.

Por lo que hace á nosotros, hijos dichosos de María, regocijémonos á porfía de ver á nuestra Santa Madre, hija de Adán como nosotros, y Hermana nuestra segun la carne, tan profundamente admitida en los más íntimos secretos del Dios Santísimo, que sobre lo que se ha operado en Ella, el espíritu humano no puede representarse nada más sublime, más perfecto, no siendo la esencia misma de Dios.

Vos sois, pues, ¡oh María! el Santuario venerable á donde ha venido á reposar el alma de Jesucristo hecho hombre; Vos sois el Tabernáculo viviente en donde esta alma adorable ha podido contemplar los primeros rayos de la esencia divina.

En vuestras castas entrañas, pues, ¡oh María! se

han reunido la naturaleza, la gracia y la gloria; allí es donde se han dado el ósculo de paz.

Vos sois pues, ¡oh María! el Cielo del mismo Dios. ¡Ah! Vos sois tambien el nuestro, ¡oh Vírgen incomparable! Vos sois el Nudo misterioso que abraza la naturaleza y la gloria, Vos sois el punto de union de lo finito y de lo infinito; Vos sois el Canal místico de donde corren sobre la tierra los tesoros de los cielos. Nada, pues, os es igual, ¡oh nuestra Reina! ni aun comparable con Vos. Todo cuanto existe está encima ó debajo de Vos: encima, solo Dios; debajo todo lo que no es Dios.

En cuanto á nosotros, ¡oh María! estamos debajo, bastante debajo de Vos; estamos en el último grado, en el último rango entre vuestros servidores y vuestros súbditos, sobre todo si consideramos nuestras infidelidades y nuestra propension al mal. ¿Es necesario por esto que perdamos la esperanza de ser escuchados de Vos, oh gran Reina? ¡Oh, no! Desde lo más alto de los cielos en donde estais sentada, vereis deslizarse nuestras lágrimas, oireis nuestros gemidos; y, aunque seamos indignos de mezclarnos entre vuestros hijos, no nos desamparareis, así lo esperamos, ¡oh María, oh santuario de Dios, oh pura y santa Habitación que el Señor eligió sobre la tierra!

Así sea.

IV.

Sabed que una Virgen concebirá y parirá.

(Is. , VII , 14.)

Y parió á su Hijo primogénito.

(Luc. , II , 7.)

La Virgen que debía concebir y parir, y que efectivamente concibió y parió al verdadero Emmanuel, es María. En María formaron una adorable alianza la Divinidad y la Humanidad, aunque naturalmente separadas la una de la otra por distancia infinita; y se ha visto á Aquel que encierra todo en sí mismo, á Aquel que es el resplandor eterno del Padre, la brillantez de la luz increada, someterse sin horror á una concepcion, á un nacimiento, á las envolturas de la cuna, á los llantos de la infancia, á las más tristes necesidades de la naturaleza humana; queriendo así atravesar, por nuestro amor y para santificarlas, todas las fases de nuestras enfermedades y miserias.

Sí, ese Hijo único de Dios, que recibe un innarrable origen del seno de su Padre, consiente en descender al seno de una mujer mortal y encerrarse en tan estrecho recinto, para recibir allí lentamente el desarrollo comun á la humanidad.

Sí, el mismo que abraza todas las cosas en su in-

mensidad, quiso de buena voluntad sufrir la humillante ley de un nacimiento...

¡Aquel cuya voz hace temblar los tronos de los ángeles y arcángeles, del cual un solo signo es capaz de hacer bambolear el cielo y la tierra, y de reducir á la nada todos los elementos del universo, se le ha oído dar los vagidos de la infancia!...

¡El Ser incomprendible en sí mismo, el invisible por esencia, Aquel á quien no puede alcanzar ni la vista, ni el tacto, ni alguno de los sentidos, le hemos visto reclinado en un pesebre!...

¡Ah! Si no ha temido descender hasta la naturaleza humana, es porque queria elevar así al hombre hasta la naturaleza divina; y si el Verbo se hizo carne fué para deificar en cierto modo esta carne enferma y degradada. ¡Un Dios que quiere vivir nuestra vida para que en cambio nosotros pudiéramos vivir la suya! ¡Oh fusion misteriosa y verdaderamente inefable de la vida divina y de la vida humana!

¡Ve ahí cuántos prodigios!... Mas, ¿por qué admirable medio, por qué camino oculto, por qué poderoso instrumento deben realizarse?... ¡Por María! sí: ese medio secreto, será María; ese camino maravilloso, también María; ese dichoso y poderoso instrumento, siempre María; porque todos estos prodigios, ¿cómo pueden existir, por quién pueden dar frutos, sino es por la divina maternidad de esta gloriosa Virgen?

¡Oh María, María! ¡Oh Virgen Madre! Ante vuestras grandezas permanecemos mudos, mudos de admira-

cion y de éxtasis. Sírvaos de alabanza nuestro silencio, y desde el abismo de nuestras grandezas, dignaos, os lo pedimos encarecidamente, no olvidar del todo el abismo de nuestra nada. Rogad por nosotros. Rogad por nosotros.

Así sea.

V.

¡ María , de la cual nació Jesus !

(MATTH. , I , 16 .)

¡ María , de la cual nació Jesus !... Que á este solo pensamiento toda criatura quede absorta de admiracion, y tiemble de un santo respeto. Efectivamente, ¿ quién podia consultar sin conmoverse y turbarse la sublime elevacion de tan alta dignidad? Ved aquí que un Dios habita en una Vírgen , y parece no formar con Ella sino una sola y misma naturaleza...

Verdaderamente, por su maternidad divina, la Vírgen María se unió al Verbo divino con lazos tan poderosos y tan estrechos, que en virtud de esta union maravillosa, Ella comunica por su propia sangre la vida humana al Hijo de Dios, á Aquel que es Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, consustancial al Padre, por quien todo ha sido criado, y sin el cual nada de cuanto existe ha sido hecho.

Ahora bien , de aquí , ¡ qué serie de gloriosas y sublimes consecuencias para María !...

Así , el Hijo único de Dios es también el Hijo de María , verdaderamente el Hijo único de María...

¡ Desde entónces , María , en su cualidad de Madre de Dios , se halla como identificada , por la más insigne union , con una Persona infinita !...

Por esta union , pues , tan íntima y tan perfecta con un bien infinito , que es Dios , María participa como de una dignidad infinita , y bajo este aspecto , nada más puede recibir.

También , el primer grado , el grado más inmediato á Dios , es el ser su Madre.

Y sin embargo , es necesario conocerlo bien , Dios es infinitamente superior á María , aunque sea su Madre ; pero apresurémonos á decirlo : esta misma cualidad eleva en cierta manera á María infinitamente sobre todas las demás criaturas.

Es , pues , la dignidad suprema de Madre de Dios el más alto favor , el estado más eminente á que haya podido llegar una simple criatura. Dios mismo no podía conceder mayor favor.

También , solamente decir de la Santísima Virgen María que es Madre de Dios , excede de tal modo á toda otra gloria , á toda otra grandeza , que nada comparable puede imaginarse , despues de la incomparable grandeza de Dios.

Cuando , pues , se ha oido proclamar en el santo Evangelio que Jesus nació de la Virgen María , no nos es necesario buscar más. Con estas tres palabras —

María, de la que nació Jesus, — todo está dicho. Ni los hombres, ni los ángeles inventarán nunca una alabanza más magnífica.

Complazcámonos, pues, complazcámonos en decirlo: Dios ha honrado á la bienaventurada Vírgen con el don por excelencia, con el don supremo, con el de la maternidad divina.

A causa de todas estas maravillas que se han cumplido en Vos, ¡oh María! seais bendita y glorificada por todas las generaciones; y en toda la serie de los siglos estas admirables palabras — ¡María, de la cual Jesus nació! — resuenen en todas las bocas y vibren en todos los corazones.

Así sea.

VI.

¡ Oh grandezas ! (Rom., xi, 33.)

Si se piensa bien que María es Madre de Dios, se comprenderá fácilmente que un solo suspiro de esta santa y gloriosa Vírgen, que una sola de sus lágrimas, que uno solo de los pensamientos de su alma, que el más pequeño acto de su voluntad, que el más secreto movimiento de su corazón inmaculado, proporciona mucha más gloria á Dios, sirve mucho más eficazmente los intereses del santo nombre de Dios, favorece mucho más seguramente la revelacion de las grandezas visibles de Dios, que todo cuanto pueden hacer juntos todos los hombres, todos los coros de los ángeles, todas las criaturas; y que María sola tiene adquiridos más méritos que todos los elegidos, en el discurso de la vida más laboriosa.

Los ángeles y los elegidos de Dios han participado, es verdad, de los méritos y gloria del Salvador; pero, por santos, por puros, por perfectos que se les pueda representar, no han participado de ellos sino como servidores, como discípulos, á lo más como hermanos adoptivos. Pero María ha bebido á su gusto en el mismo manantial de todas las gracias; ha podido sumergirse en el mismo océano de la gloria, no como una

servienta, como una simple criatura ; sino como ha podido, como ha debido hacerlo la Madre, la propia Madre del mismo Autor de la gracia y de la gloria, la Madre del Hijo único de Dios.

¡ Oh profundidad de los tesoros de María ! ¡ Oh inmensidad de sus méritos ! ¡ Oh abismo de sus privilegios y favores ! ¡ Oh sublimidad de su gloria !... María. ¡ Oh Madre mia ! ¿ Quién podrá comprender, quién podrá referir el exceso de vuestra elevacion, la extension de vuestras grandezas ?... Por el Espíritu Santo Vos os unís á la vez con Dios Padre en lo más alto de los cielos, y con el Verbo divino que habeis concebido en vuestro seno, á quien habeis revestido de vuestra propia carne, á quien habeis alimentado con vuestra misma vida !... Vos sois, pues, el trono, el templo, el palacio, el lugar de descanso, y el mismo cielo de la Santísima Trinidad toda entera. A Vos, pues, siempre y de parte de toda criatura, sean dados honor, poder y gloria por los siglos de los siglos.

Así sea.

VII.

¡ Salve, Reina de los ángeles ! Interceded por nosotros delante de Dios.

(ANT. DE B.)

María, esa Virgen tan elevada, tan gloriosa, es sin embargo una hija de Adan como los demás mortales;

Ella ha vivido sobre esta tierra de destierro lo mismo que todos nosotros; ha respirado el mismo aire que nosotros respiramos; como todos nosotros, ha comido su pan regado con las mismas lágrimas, adquirido á costa de los mismos sudores que el nuestro. María es nuestra Hermana por la naturaleza; es de nuestro linaje... Pero habiendo llegado á ser Madre de Dios por la gracia, es muy justo se la honre hoy, y se la salute como á la Reina de los ángeles y Soberana de todo el universo.

Los ángeles, esos primogénitos de la ciudad de Dios, bendecirán á María por toda la eternidad, porque jamás este recuerdo desaparecerá de su alma y de su corazón: que Ella ha dado á luz á Aquel que es el único principio de su felicidad eterna, la única causa de su suprema dicha.

Nobles servidores de María, tienen fijos siempre los ojos sobre las manos virginales de su ilustre Soberana, para recibir sus órdenes, que ejecutan con la más viva alegría, con la diligencia y prontitud más perfectas. El mismo arcángel San Miguel, ese jefe glorioso, ese príncipe de la milicia celestial, anda diligente, como todos los demás ministros de la Unidad Santa, en obedecer el mandato de María, cuyos más mínimos deseos previene cuidadosamente.

¡Dichosos mensajeros, dichosos ministros de la gracia, cuya madre y dispensadora es María! Uno tras de otro descenden de su trono á nosotros, y sucesivamente nos dejan para volver á subir á su lado, yendo así y viniendo sin cesar de María á nosotros, y de

nosotros á María, para implorar con Ella de su Hijo y traernos en seguida los auxilios divinos que Ella sabe son necesarios para la grande obra de nuestra santificación y de nuestra salud.

Todavía estamos en el seno materno, cuando ya la mirada de nuestra Madre, que está en los cielos, vela sobre nosotros. A nuestra entrada en el mundo, Ella nos recibe entre sus brazos, y se constituye nuestra Guardiana y nuestra Patrona; y desde entónces hasta el dia en que la muerte cerrará nuestros ojos á la luz, sigue con inquieta solicitud todos nuestros movimientos, acompaña todos nuestros pasos, y siempre cierta del resultado de sus gestiones, obtiene de su divino Hijo que coloque en centinela al redor de nosotros sus legiones de ángeles, con órden de combatir por nosotros y con nosotros; de guardarnos en todos nuestros caminos; de enseñarnos la senda; de llevarnos en sus brazos, temiendo que nuestros piés tropiecen contra las piedras; de socorrer á nuestra debilidad en todos nuestros peligros; en fin de hacernos llegar segura y dichosamente al término deseado que colmará nuestras esperanzas.

Sí, Vos estábais allí, ; oh María! cuando mi madre me dió á luz; y bajo vuestra benigna influencia salí con felicidad de su seno. Del seno de mi madre he sido recibido entre vuestros brazos, y Vos quedásteis hecha en el momento mi Soberana; estaba todavía en la lactancia, y ya érais Vos toda mi esperanza.

Vos sois, pues, para mí, sois para todos nosotros una buena Madre, ; oh María! ; Cómo no es hemos de

amar? ;Cómo no hemos de descansar con entera tranquilidad en vuestros cuidados maternales? ;Oh María! volvemos á poner en vuestras manos nuestro espíritu, nuestro corazon, nuestro cuerpo, todo lo que somos, todo lo que tenemos. Acordaos que por vuestras oraciones habeis cooperado, y que cada dia cooperais á nuestra redencion. ;Que vuestros cuidados, que vuestros esfuerzos no sean en vano! Continudad, ;oh María! continuad guardándonos como la pupila de vuestros ojos, y protegednos á la sombra de vuestro amparo; para siempre, ;para siempre!

Así sea.

VIII.

Hijo de María, no tendria nada que temer de las incursiones y de los asaltos del demonio del mediodía.

(Ps. xc, 6)

Al mismo tiempo que María ejerce su dulce imperio sobre los ángeles fieles, hace temblar en virtud de su poder á los ángeles rebeldes y orgullosos, que Ella ha vencido. Su sola mirada, un signo de su noble frente aterra á este pueblo tenebroso, que devora con espantosa envidia el pensamiento solo del privilegio de la maternidad divina. Sí, Satanás vencido soportaría, puede ser, sin afligirse sus horribles castigos, si no supiera

que la Virgen inmaculada , sentada sobre un trono sublime , reina como una poderosa Soberana en la feliz region de la luz y de la gloria , y tiene en su mano el cetro formidable bajo el cual se ve forzado á inclinar su altiva frente.

Por lo que á nosotros hace , ¿qué podremos temer , rodeados por todas partes del poder y eficaz proteccion de María?... ¡ Oh María , Madre de Dios , Reina de los ángeles , terror de los demonios , Abogada para nosotros tan elocuente y tan buena ! ¡ Oh ! Cuando nuestras fuerzas comiencen á desfallecer , cuando nuestra alma agotada y marchita , vacile bajo su propia impotencia ; cuando Satanás agitado de una feroz alegría sobre las ruinas de nuestra frágil virtud , se prepare á lanzar su infernal grito de victoria... entónces , — semejante á los pajarillos , todos trémulos de terror cuando el gavilan con las alas extendidas , las garras amenazadoras y el ojo sanguinolento , se cierne encima de ellos en el aire , preparado para caer de golpe sobre esta débil presa para devorarla , — nos refugiaremos llenos de confianza á vuestros piés , ¡ oh cariñosa Madre ! esconderemos nuestras cabezas amenazadas entre los pliegues de vuestro manto virginal , y entonaremos con la Iglesia el cántico de triunfo que hace estremecer á las legiones infernales : ¡ Virgen poderosa , rogad por nosotros !

Así sea.

IX.

En vuestras manos está la fuerza y el poder; en vuestras manos está la grandeza y el imperio sobre todas las cosas.

(1. PARAL. XXIX, 11.)

En efecto ¿qué poder es comparable al de María, angusta Reina de la tierra y de los cielos, con la cual el Hijo de Dios mismo ha querido compartir el imperio del mundo?

En los infiernos, ya lo hemos dicho, el poder de María hace temblar á los demonios hasta el fondo de los abismos.

Sobre nuestra tierra, por todas partes se invoca á María, por todas partes se la suplica, por todas partes se la erigen altares. Al venerable nombre de María se descubre y se inclina la cabeza del mismo Pontífice, del mismo modo que la majestad de los más gloriosos príncipes: á los piés de María, las vírgenes han depositado humildemente el homenaje de su inocencia; los mártires, sus palmas y coronas; los profetas, la autoridad de la palabra; los apóstoles, sus poderes divinos.

En el cielo, los ángeles y todos los órdenes de ejércitos bienaventurados, reconocen, veneran, abrazan

con amor el dulce imperio de María, su yugo suave y ligero, su soberanía llena de dulzura y suavidad. Todos se levantan con ardor para salir al encuentro de María y se colocan felizmente en su seguimiento para hacerle la corte.

¡Qué digo yo, el mismo Dios paga en cierto modo un tributo de honor á María: — el Padre la reconoce y la ama como á la Madre del Hijo de entrambos; el Hijo la rodea con la más tierna piedad filial, y la honra con el más profundo respeto, como á su madre muy amada; el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, se difunde con toda la abundancia de sus dones en María, á quien mira con amor como el purísimo santuario en donde Él ha acabado aquella obra inaudita, que ha llenado de admiracion á toda la naturaleza; cuando por una operacion divina, ha unido en este corazon virginal al Verbo de Dios una alma humana, y esta alma de Dios Hombre á una carne mortal!...

¡Oh María, terror del infierno, rogad por nosotros, y libradnos de los asaltos de nuestros tenebrosos enemigos!

¡Oh María, Patrona y Soberana de los pobres hermanos, rogad por nosotros y salvadnos de todos los peligros que nos rodean sobre la tierra!

¡Oh María, Reina de los santos, de los ángeles, y de todas las potestades celestiales, rogad por nosotros y tendednos la mano, para ayudarnos á ir á incorporarnos con Vos y con todos nuestros bienaventurados hermanos en la celestial Sion!

¡ Oh María , la más bella , la más pura y la más santa criatura de Dios Padre , rogad por nosotros á ese Padre todopoderoso que tenemos en los cielos , y que os ha hecho nuestra hermana !

¡ Oh María , Madre de Dios Hijo , rogad por nosotros á ese divino Jesus que ha querido constituirnos tambien nuestra Madre , y hacerse Él mismo nuestro Hermano en vuestro seno y sobre la cruz !

¡ Oh María , Esposa inmaculada del Espíritu Santo , rogad á este Espíritu Santo venga á nosotros y nos cubra además con su sombra divina , para hacernos dar frutos de salud para la vida eterna !

Así sea.

X.

Nuestra salvacion está en tus manos.

(GEN. XLVII, 25.)

Si las más altas potestades de la corte celestial ven á María colocada sobre ellas á una distancia tan grande, ¿no es una temeridad que yo, miserable gusanillo de la tierra, dirija mis miradas hasta María? ¿Y cómo tengo atrevimiento, por medio de impotentes palabras, de ensayarme en balbucear las alabanzas de Aquella que las mismas voces angelicales se consideran incapaces de celebrar dignamente?

¡ Oh Vírgen , Madre de Dios ! si fuerais solamente admirable sin ser á la vez compasiva ; si fuerais poderosa sin ser misericordiosa ; nada tendríamos que intentar , lo sé , nada que esperar , nosotros débiles mortales .

Pero , tanto como vuestra majestad suprema espanta á nuestra bajeza , otro tanto somos alentados por vuestra clemencia ; tanto como vuestras grandezas nos mandan estar respetuosamente alejados de Vos , otro tanto vuestra fácil bondad nos invita á que nos acerquemos ; y si nuestra vista no puede sostener el resplandor de vuestras virtudes , tiene para descansar la sombra de vuestras misericordias . En una palabra , estais todavía más cerca de nosotros por vuestra maternal tendencia á socorrernos , que léjos por la sublimidad de vuestros méritos .

Por esto , mientras que el cielo se entrega á la admiracion , ¡ oh María ! porque habeis dado á luz á un Dios . . . ¿ Cómo podrá ménos la naturaleza de verse poseida de admiracion y estupor ? . . . ¡ Habeis dado á luz á un Dios ! . . . pero , ¡ oh dicha ! no es un Dios lanzando el rayo y haciendo retumbar su trueno ; ¡ ah ! aquí no deja oír si no los lastimosos vagidos del tierno niño . — No nos habeis dado pues un Dios airado y vengativo , sino un Reconciliador y un Padre ; no al autor de la destruccion y de la muerte , sino el Autor de la salud y de la vida . Sí , Vírgen Santísima , habeis dado á luz un Dios , pero es un Dios que debe darnos una segunda vida . Vos le habeis dado á luz siendo vírgen ; pero esto no es para que nuestra alma se desaliente á

vista de sus impurezas; si no al contrario para volverle la esperanza de verse prontamente purificada. Vos sois pues, verdaderamente la Madre de Dios ¡oh María! sí, mas sois llamada tambien la Madre de misericordia, y lo sois efectivamente, ¡oh Vos! que habeis merecido llegar á ser la Madre de Dios; — porque ser Madre de Dios y Madre de misericordia, es una sola y misma cosa.

Empero, ¡oh María! si habeis sido colmada de todos los dones celestiales, ¿no es para que resalten sobre nuestra indigencia algunos reflejos de vuestras riquezas? Si sois admitida tan cerca de Dios, ¿no es para que seais allí nuestra Abogada? ¿Y para qué sois tan poderosa cerca de Él, sino para que el hombre culpable no deba más que á vuestra intervencion y á vuestras oraciones ver alejarse, en fin, esa formidable ira del cielo, que ha merecido demasiado?

Tengamos la dicha de experimentar esta dulce intervencion; interceded por nosotros para con nuestro Soberano Juez. Nuestra suerte está en vuestras manos; ¿pero á quién se le puede confiar mejor? Defended pues, nuestra causa, ¡oh poderosa Abogada! y nos libraremos de la sentencia de muerte que nos amenaza.

Así sea.

XI.

Si Ella no me hubiese socorrido,
seguramente seria ya el sepulcro mi
morada.

(Ps. xciii, 17.)

En efecto, ¿de cuántos males nos libramos cada día, y aun á cada instante por la proteccion de María! María, como una madre tierna y solícita, está siempre, está enteramente ocupada en velar sobre nosotros, sus amados hijos, para alejar de nuestros corazones y de nuestros cuerpos los peligros interiores y exteriores de que está por todas partes sembrado el escabroso camino de la vida.

Mas ya que todo cuanto teneis de poder, ¡oh María! no lo teneis sino para socorrer á vuestros hijos, pues que cuanto más grande y poderosa sois, tanto más buena y misericordiosa os manifestais; nuestra confianza aumenta en proporcion de vuestras grandezas, de vuestro poder y de vuestras bondades.

Tambien, lo sabemos, ¡Oh María! las miserias de los mortales tienen en una continúa inquietud á vuestro corazon compasivo. Lo sabemos: jamás nuestras súplicas os encuentran insensible; siempre nuestros suspiros os enternecen y conmueven; y nuestras lágrimas tienen para Vos una fuerza á la cual no po-

deis resistir. De aquí resulta que en todos tiempos y de todas partes un tropel de desgraciados hacen llegar sin cesar á vuestros oídos gemidos cuya causa, están seguros, van á ver cesar bien pronto.

Sí, en su aflicción, todas las edades, todos los rangos, todas las condiciones imploran el socorro de María. Niños y viejos, jóvenes, hombres maduros, grandes, pequeños, todos igualmente vienen á llamar á la puerta del corazón de María.

Después de Dios, que da la muerte y restituye la vida, que lleva hasta las puertas del sepulcro y retira de allí cuando le agrada, ¿á qué otra si no á María invoca el imprudente navegante cuando los vientos, mugiendo al través de los mástiles, las jarcias y las velas, derriban, hacen pedazos, llevan tras sí velas, mástiles y jarcias? Cuando las olas furiosas han arrancado el timón, y la tempestad, cada vez más amenazadora, rompe los costados del navío, ¿hacia quién se vuelven sus miradas pavorosas, si no hacia María? Y cuando todo presenta á sus ojos la imagen de una muerte inevitable, ¿hacia quién eleva sus manos suplicantes, si no hacia María? Y cuando, del todo desnudo, asido á una astilla de su bajel, que ya no existe, se ve arrastrado de ola en ola en un mar sin costas, ¿á quién si no á Vos dirige sus últimos suspiros, oh María!

El desgraciado viajero, al cual rodea una gavilla de bandoleros inhumanos, ¿á quién llama en su socorro si no á María?

¡María! ¡María! exclama el moribundo al cual ator-

menta la violencia de un mal que el arte no puede curar.

¡ María ! ¡ María ! exclama el triste prisionero que gime bajo duras y pesadas cadenas.

¡ María ! ¡ María ! exclama la pobre mujer bajo los agudos dolores de un parto difícil y peligroso.

¡ María ! ¡ María ! exclamaremos nosotros tambien; todos nosotros, en todo tiempo, á todas horas; pues que siempre tenemos necesidad de vuestra proteccion y de vuestro auxilio. Gritaremos ¡ María ! y siempre, ¡ oh Virgen Santa ! vendreis en nuestra ayuda, y nos traereis el fervor, la consolacion y la paz.

Así sea.

XII.

Vuestro nombre es como un bálsamo
derramado.

(CANT. I, 2.)

¡ María !... Cuando ese dulce y augusto nombre viene á colocarse sobre mis labios, y de aquí penetra en mi pensamiento; cuando se destila en mi alma y la ilumina con sus rayos; cuando inflama mi corazon con sus vivificantes llamas, al punto enmudecen mis pasiones, desaparece mi languidez, se disipa mi tris-

teza, se iluminan mis tinieblas, se calman mis temores y se desvanecen mis tentaciones.

Es porque pronunciando este nombre tan lleno de suavidad, me represento una Mujer dulce y humilde de corazón, ¡ah, cuán dulce!... ¡ah, cuán humilde!... Una Mujer, verdadero milagro de mansedumbre y bondad, inconmensurable Océano de paz, de clemencia y de misericordia; una Mujer cuyo corazón es por sí solo bastante capaz para servir de asilo á todo el que gime, á todo el que sufre, á todo el que llora, á todo el que es pequeño, á todo el que es débil, á todo el que es desgraciado, desamparado, oprimido; á todo el que padece necesidad sobre la tierra; y es porque al mismo tiempo me acuerdo con placer de que esta Mujer es la Madre de Dios, sí, la Madre de Dios, Todopoderosa sobre el corazón de su divino Hijo, dispensadora de todos los tesoros del cielo; que puede obtener, si le place, los socorros más poderosos, las gracias más eficaces, para ayudarme á adelantar cada día más y más en la práctica de las virtudes, cuyo modelo más perfecto me ofrece Ella misma.

¡María! Ella es, pues, á la vez el Ramo de olivo que me anuncia la reconciliación y la paz, y el Candelero que me da la luz y el calor, y la mano bienhechora que me distribuye el calor y la vida; y cuando el nombre de María viene á herir suavemente mi oído, me parece que de ese mismo nombre manan una multitud de bienes que corren y se insinúan en todas las potencias de mi alma.

¡Oh! este dulce nombre, este nombre santo y po-

deroso, lo colocaré en mi espíritu y en mi corazón, le esconderé en mi seno, le tendré siempre presente á mis ojos, le pondré en mi boca y sobre mis labios, le colgaré como una señal en mis manos, le grabaré en mi brazo, le imprimiré en mi frente; él es quien animará todas mis facultades, quien presidirá todas mis acciones para bendecirlas y santificarlas. Lo llevaré en todas partes conmigo sobre la tierra. ¡María! será el último sonido que balbucearán mis labios moribundos. ¡María! ¡María!... el primer grito, después del nombre de Jesús, que daré al entrar en los atrios celestiales.

XIII.

Cantad himnos á su nombre, porque es sumamente suave.

(Ps. cxxxiv, 3.)

¡Oh nombre de María, mi dicha, mi alegría, verdadero tesoro de dulzura! Nombre de María, después del incomunicable nombre de Jesús, nombre querido y venerado; Vos sereis mi astro, mi estrella, mi estandarte, mi regla en todos mis pasos, en todas mis empresas, en todas mis acciones; Vos sereis mi reposo y mi más firme esperanza en la vida y en la muerte.

Cuantas cosas haga, las haré bajo vuestros auspi-

cios ; si me hallo despierto , ese nombre celestial estará escrito ante mis ojos ; si duermo , el amable nombre de María santificará mi sueño y vendrá á pintarse en mis ensueños ; si ando , se delineará en mis pasos , marcará mi camino , me servirá como una columna de nubes durante el dia , y como una columna de fuego durante la noche ; si estoy sentado , le tendré á uno y otro lado para regocijarme con su presencia y reanimarme con su dulzura ; si estudio , me servirá de luz y de inspiracion ; si escribo , el nombre de María , ese dulce nombre de Madre , despues de haber venido á colocarse por sí mismo bajo mi mano , que siempre se apresurará para trazarle con amor , guiará mi pluma y mis pensamientos ; si rezo , despues del nombre de Jesús , invocaré en seguida el nombre de María ; si , agoviado bajo el peso del calor y del dia trabajo para ganar con el sudor de mi frente el pan diario para los míos y para mí , este nombre delicioso será mi solaz en mis fatigas , y como una dulce sombra bajo los rayos abrasadores del sol ; si soy atormentado por el hambre , el nombre de María , convertido en un pan alimenticio para mi corazon , suspenderá por un encanto maravilloso las necesidades de mi cuerpo ; si tengo sed , el nombre de María , destilando en mi alma como deliciosa miel , refrescará agradablemente mi sediento paladar ; si estoy enfermo , el nombre de María será para mí el remedio más eficaz ; y cuando muera , quiero morir pronunciando el nombre bendito , el nombre para mí tan lleno de esperanza , de la más tierna de las madres , de María ; quiero cerrar los ojos en nombre de

María ; quiero que en nombre de María se tributen á mi cuerpo inanimado los últimos deberes ; quiero que este nombre santo y venerado se le deposite en mi tumba , al lado de mis miembros helados por la muerte , como garante de mi gloriosa resurreccion ; quiero , en fin , que el nombre de María permanezca como una salvaguardia y como un signo de esperanza , sobre la fria piedra que cubrirá mi polvo , esperando que aquel polvo y aquellas cenizas se reanimen algun dia , para bendecir en la eternidad este nombre glorioso.

XIV.

Libra á nuestras almas de todas
sus angustias,

(REG. IV, 9.)

Tengamos cada dia , ¡oh María! el gusto de repetiros esta tierna súplica : — Nos acogemos bajo vuestra proteccion , ¡oh Santa Madre de Dios ! No desprecieis las oraciones que os ofrecemos en nuestras apremiantes necesidades , antes bien libradnos siempre de todos los peligros , ¡oh Vírgen gloriosa y bendita! —Y estas otras palabras , tan dulces y de tanta confianza para los desgraciados : —Acordaos , ¡oh misericordiosísima Vírgen María ! que jamás se ha oido decir que haya sido aban-

donado ninguno de los que han recurrido á vuestra proteccion, implorado vuestra asistencia, y pedido vuestras oraciones...

Estos pensamientos reaniman poderosamente nuestra confianza. Así, cuando el rayo retumba y llena de espanto al universo culpable; cuando los terremotos conmueven la tierra; cuando la ruina y el incendio amenazan ó devoran nuestras casas; en una palabra, cuando una calamidad cualquiera se deja sentir sobre los pobres mortales, ó estos se ven amenazados de una próxima catástrofe, se acuerdan al momento de que estais siempre pronta á tenderles la mano, ¡oh bondadosa Madre! Solo á Vos, cuando ya nada les inspira confianza, solo á Vos recurren todavía con esperanza. A Vos encomienda los frutos de su comercio el intranquilo negociante; á Vos encomienda su vida el viajero cuando va á arrostrar los peligros de la mar; á Vos dirige sus plegarias para sus cosechas el laborioso campesino; en Vos pone la esperanza de todo un año de trabajar duramente; á Vos ruega el soldado en el momento crítico de un peligroso combate; á Vos, tan terrible, tan fuerte como un ejército ordenado, cuando se trata de defender contra sus enemigos á vuestros devotos y á vuestros hijos.

A Vos abre su corazon para que veais toda su miseria, el culpable perseguido por el remordimiento de su conciencia; porque de nadie si no de Vos espera algun socorro.

Se os han dado mil nombres diversos, ¡oh María! segun las mil enfermedades que afligen nuestra pobre

naturaleza , y que Vos sabeis aliviar y curar tan perfectamente.

Así los huérfanos os llamamos Madre ;
 Los pupilos su Tutora ;
 Los culpables su Abogada y su Patrona ;
 Los cautivos su Libertadora ;
 Los caminantes extraviados su Luz y su Guia ;
 Los afligidos su Consuelo y su Alegría ;
 Los enfermos su Médico ;
 Los náufragos su Puerto y su Salvacion ;
 Los abandonados su Refugio ;
 Los oprimidos su Protectora y su Apoyo ;
 Las almas desoladas su Consoladora ;
 Las almas perdidas su Resurreccion y su Vida ;
 Las almas abatidas y desalentadas su Recurso y su última Esperanza ; y todos tienen la feliz experiencia de vuestro poder y vuestras bondades.

¡ Ah ! ¿ Quién no sabe á cuántas almas aparta cada día vuestra piadosa mano del abismo de la desesperacion , con el dulce remedio de una santa esperanza ? Vuestros más tiernos desvelos están consagrados á estas almas arrancadas así á la muerte , y vuestra solicitud no cesa de velar sobre ellas , hasta que las hayais vuelto á poner enteramente en el verdadero camino de la calma y de la paz.

XV.

Ella es el asilo y la defensa de los
desgraciados.

(SEC. DE LA DEDIC.)

No parece, ¡oh María! si no que todo el género humano depende únicamente de Vos; parece que en todos sus males no tiene esperanza más que en Vos. Esto es porque vive persuadido (y su fe no le engaña por cierto) que nada hay que no esteis dispuesta á concederle, si se os pide; nada que si quereis no podais alcanzarlo.

Y así como se ve muchas veces que hasta las aves volantes y salvajes, hasta los crueles leones, hasta los feroces leopardos, vienen en sus apremiantes necesidades á implorar el auxilio del hombre, en quien solo la instancia de su mal les dice que han de hallar el remedio; del mismo modo en nuestras extremas necesidades, adoctrinados por nuestras desgracias, recurrimos con confianza á Vos, ¡oh María! á Vos en quien estamos enteramente seguros de hallar un auxilio siempre pronto, siempre eficaz.

Es evidente, ¿quién podrá dudarlo? que Vos sois el asilo más seguro que se ha complacido en dejar al culpable el Rey supremo en su bondad indulgente, cual

el último recurso, en sus más peligrosas necesidades; — es evidente que Vos sois el Canal de oro que es necesario buscar, cuando se quiere beber en los manantiales de la misericordia; — es evidente que Vos sois el Tesoro inagotable de las divinas liberalidades, y que Vos sois aquella Puerta del cielo en que es necesario llamar si se quiere obtener el pan espiritual que el alma necesita.

¡ Oh María! Asilo el más seguro que ha abierto el Rey de los cielos á los pecadores, ¡ orad por nosotros, orad por los pobres pecadores!

¡ Oh María! Canal sagrado que nos traeis los tesoros de las divinas misericordias, rogad por nosotros, y conducidnos siempre con abundancia las aguas vivificantes de la gracia. ¡ Oh María! Puerta verdadera del cielo, rogad por nosotros, y sednos un dia aquella Puerta que debe de introducirnos en los eternos tabernáculos.

XVI.

Estais muy elevada sobre los astros.

(HIMNO DE LA IGLESIA.)

Como el lirio resplandece en medio de los espinos; del mismo modo que el oro es el más precioso entre los metales, y el fuego el más activo de los elementos; así

como el sol aventaja á todos los astros que brillan en el cielo, y el hombre á todas las criaturas del universo; lo mismo que los ángeles están sobre los hombres, y los serafines sobre los ángeles; así tambien María se eleva llena de grandeza y de gloria sobre los mismos serafines, sobre las virtudes de los cielos.

¿Por ventura María, pura é inmaculada, no se deja ver cual un lirio brillante por su blancura en medio de la espinosa corrupcion del género humano?

El corazon de María junto á los nuestros tan groseros y tan duros, ¿no es un preciosísimo y finísimo oro con cuyo valor podemos adquirir todos los bienes del cielo?

¿Qué cosa más fria y más terrenal que nuestras aficiones y nuestros deseos? Pero María está entre nosotros como una llama benéfica que no quiere si no abrasarnos con tal que nosotros queramos nada más que acercarnos á Ella.

Nosotros andamos entre muy densas tinieblas; pero María, cual un sol brillante, viene primeramente á iluminar nuestras almas, y despues á fecundarlas con sus resplandecientes luces.

Entre todos los seres de la creacion, el más perfecto, la verdadera obra maestra, ¿no es por ventura María, por quien la misma naturaleza, esperando entre los gemidos y los dolores el feliz acontecimiento de la Redencion, ha sido resucitada y como enagenada del gozo de verse redimida?

Para los hombres culpables de lesa majestad divina, para los hombres condenados ya á la muerte y desti-

nados á ser precipitados en los abismos eternos, ¿no es María un Angel de Paz y de santa Alegría?

Y en el cielo, ¿no es como un divino Espejo que refleja sobre los ángeles el brillo de la Suprema Majestad de su Hijo Jesus?

Finalmente, ¿no se ha preparado un trono sublime para María, la incomparable maravilla del Altísimo, muy sobre los querubines y serafines, muy sobre las gerarquías más altas de los espíritus celestiales, y hasta en las alturas más encumbradas de los cielos?

¡ Oh mis muy queridos hermanos; si conociéseis á María y cuanto pertenece á María; si pudiéseis entrever cuán grande es María y cuán amable! ¡ cuán dulce para los que la honran! ¡ cuán poderosa para los que han colocado en ella su esperanza! ¡ cuán llena de delicias para los espíritus y para los corazones que se alimentan de su amor! en una palabra: ¡ cuán buena Madre es María para sus hijos! ¡ Oh, cómo la amaríais! ¡ Gustad, pues, y ved; gustad, y bien pronto vuestras almas, santamente agitadas é inquietas no hallarán paz si no desde el momento en que hayan venido á descansar en el amor de María!



XVII.

Su memoria es dulce como la miel.

(ECCLI. XLIX, 2).

Nada hay en el universo que no nos hable de Vos, ¡oh María! Nada que no nos traiga á la memoria vuestro dulce recuerdo.

El sol y la luna que brillan sobre nuestras cabezas, pero cuya brillantez no iguala á la vuestra, nos recuerdan vuestras grandezas, ¡oh María!

El ejército de estrellas, colocado en orden de batalla sobre el firmamento, nos trae á la memoria la corona de gloria que ciñe vuestra frente, ¡oh María!

Los céfiros que con su fresco aliento acarician nuestras abrasadas mejillas, son una imágen de la suavidad de vuestra ternura, ¡oh María!

Las flores que embelesan nuestra vista por lo vivo de sus colores, los perfumes que nos aromatizan en medio de un florido jardin, nos hacen pensar en vuestras bondades y en el buen olor de vuestras virtudes, ¡oh María!

Las mieses doradas que cubren nuestros campos para llenar despues nuestros graneros, nos recuerdan la plenitud de vuestros dones, ¡oh María!

La uva bermeja que madura en la vid y de la cual se hace el vino que alegra y conforta, nos recuerda la fuerza y suavidad de vuestra proteccion, ¡oh María!

Las corrientes de aguas que se precipitan de lo alto de las rocas, nos recuerdan las saludables bebidas con que Vos satisfacéis la sed de nuestras almas, ¡oh María!

Los pajarillos que cantan en los bosques, nos traen á la memoria la armonía de los coros seráficos al celebrar vuestras alabanzas, ¡oh María!

Las suaves alboradas de la primavera, nos recuerdan los agradables rocíos de gracias que haceis llover sobre nuestras almas, ¡oh María!

Los calores fructificantes del estío, nos recuerdan la calorosa vivacidad de vuestro amor para con nosotros y la llama que encendísteis en nuestros corazones, ¡oh María!

La fertilidad del otoño, nos recuerda vuestros privilegios innumerables y la maravilla de vuestra fecundidad, ¡oh María!

El sueño de la naturaleza durante el invierno nos recuerda la languidez y triste desnudez de una alma que no os ama, ¡oh María!

La claridad de una hermosa mañana, nos recuerda la brillante pureza que resplandece sobre vuestra frente, ¡oh María!

La sombra que templá los abrasados fuegos del astro del dia, excita en nosotros el recuerdo del abrigo delicioso que nos ofrece vuestro manto protector, ¡oh María!

La calma benéfica de la tarde y la tranquilidad de

la noche, nos recuerdan la paz del corazón y la santa confianza del devoto que os ha escogido por su Reina y por su Señora, ¡oh María!

La reparadora dulzura del sueño, nos recuerda la inexplicable quietud del alma que tiene la dicha de reposar sobre vuestro seno, ¡oh María!

La alegría de un despertar feliz, nos trae á la memoria el gozo de nuestros corazones, cuando Vos os dignais visitarlos, ¡oh María!

Los consuelos de la amistad, nos recuerdan que despues de Jesus, nada hay más dulce que el amarnos, á Vos que sois el vínculo y la union de las almas puras, ¡oh María!

Los goces de la familia, nos recuerdan la felicidad sin medida y sin fin, que gustaremos con Vos en la eternidad, ¡oh María!

El padre que vive con nosotros sobre la tierra, ¿no nos recuerda que desde lo alto del cielo Vos atendeis con la más constante vigilancia á todas nuestras necesidades, oh María!

La madre que nos cuida, ¿no nos recuerda vuestra solicitud para con nosotros y todas vuestras maternales atenciones? ¿Nuestra Madre, no sois Vos? ¿No sois Vos, oh María?

El hermano que nos ama, ¿no es la figura de aquel Jesus bendito, fruto de vuestras entrañas, á quien rogais por nosotros, oh María!

La hermana con el corazón lleno de efusion y de ternura, ¿no es una dulce imágen de lo que sois Vos para nosotros, oh María!

El tierno niño que crece á nuestra vista, ¿no es una tierna planta querida que criamos para Vos, ¡oh María!

Todo, pues, si, todo cuanto hay sobre nosotros en el cielo, y todo cuanto nos rodea sobre la tierra, en los aires y bajo las aguas, nos trae á la memoria vuestro recuerdo mil veces más dulce para nuestros corazones que la leche y la miel para nuestras bocas, ¡oh María!

XVIII.

Habéis hallado gracia delante de Dios.

(Luc. 1, 30.)

¿Qué quiere decir, exclama San Bernardo, habéis hallado gracia? ¡Pues qué! ¿No se habia dicho ya á María en un principio: Dios te salve, llena eres de gracia?... ¿Qué podia, pues, faltarle por adquirir?

¡Ah! indudablemente, añade el mismo Santo, indudablemente María era del todo rica con su propia plenitud; María no carecia de nada; nada más tenia que apetecer; nada que hallar para sí. Sin embargo, María, segun aquella palabra de su Divino Hijo: — El que viniere á apagar su sed en el manantial de sus aguas divinas, todavía tendrá sed; — María todavía pide,

María solicita mayor abundancia de gracias ; pero para nosotros , para la salvacion de todos nosotros.

Hé aquí, pues, á María buscando, pidiendo todavía; pues qué, ¿ María podrá no hallar lo que busca , no obtener lo que pide? Además, María ha hallado tal abundancia de gracias, está tan llena de ellas, tan colmada que por todas partes rebosan á mares en su alrededor los tesoros celestiales.

¡ Oh alma mia! mira si puedes penetrar el designio secreto del Altísimo , el adorable consejo de la Sabiduría eterna ; pero sobre todo reconoce aquí el tierno misterio del amor de Dios. Como tenia el designio este bondadosísimo Dios de hacer caer su celestial rocío sobre la zarza de Gedeon, es decir, sobre los corazones de todos los hombres que venia á redimir, quiso desde luégo que él penetrase perfectamente todo el vellon, esto es , María en quien ha depositado todo el precio del rescate del género humano. ¡ Oh Adan ! no digas ya ahora : — La mujer que me habeis dado me ha hecho tocar un árbol que me estaba prohibido ; — más bien dí : — La Mujer que me habeis dado me ha alimentado con un fruto de bendicion.

Por lo que hace á nosotros , á todos nosotros servidores de María , consideremos bien lo que exige aquí de nosotros el Señor. Quiere que acompañemos con la más tierna devocion , con los más respetuosos homenajes á aquella sublime Criatura á quien ha comunicado la plenitud de sus dones ; quiere que reconozcamos que toda gracia , todo favor enviado de lo alto , nos llegan por la mediacion de la que ha hallado gracia de-

lante de Él; y que viene á colmarnos de delicias. En efecto: ¡qué jardín de delicias es María! Jardín verdaderamente celestial, que no solo ha venido á perfumar con su balsámico aliento el divino Austro, si no que permanece siempre tan completamente inundado de las fecundas inspiraciones de este divino viento, que de este bendito Jardín se exhalan por todas partes, se exhalan con maravillosa expansion los más suaves aromas, esto es, todos los tesoros de la gracia, cuyo receptáculo es María. Además, digámoslo á mayor gloria de nuestra Madre: sin este Sol luminoso que alumbrá al mundo, ¿qué vendría á ser la luz del día? Y sin Vos, ¡oh María! luminosa Estrella de la mar, de un mar, ¡ay de mí! tan vasto y tan lleno de escollos, ¡ah! ¿qué nos quedaria más que el horror de una negra oscuridad, más que las espantosas tinieblas de la desesperacion, más que la sombra misma de la muerte?

Veneremos, pues, con los sentimientos más vivos de nuestros corazones, con las llamas del más encendido amor, con nuestros más ardientes deseos, á aquella gloriosa Virgen María que ha hallado gracia delante de Dios. Este es un deber, lo repito, que nos impone el mismo que ha querido que todo lo alcancemos por María. Pero admiremos al mismo tiempo el medio tan afectuoso que este Dios de bondad emplea para remediar todas nuestras miserias, para desterrar nuestras alarmas, reanimar nuestra fe, asegurar nuestra esperanza, disipar nuestros temores, alentar nuestra timidez. Tú no te atrevas, pobre alma, no te atrevas á acercarte al Padre; temblando solo con oír su voz,

corrias como Adan á esconderte detrás del ramaje. Anímate: Él te ha dado en su Hijo Jesus un mediador enteramente compasivo. ¿Qué no es capaz de alcanzar de un tal Padre, tal Hijo? Él será oído sin fin en vista de los homenajes infinitos que tributa á su Padre, porque el Padre ama á su Hijo. ¿Pero es que por ventura temes dirigirte al Hijo porque, aun cuando le miras, verdad es, como á tu hermano por María, con todo no puedes contemplar en Él sin estremecerte la majestad de un Dios? Pues bien: á su lado tienes una poderosa Abogada; tienes á María; recurre á María; tambien María — dígolo con una santa seguridad — tambien María será oída en consideracion á su ternura y á su profundo respeto para con Jesus, su divino Hijo. Sí, el Hijo oirá á su Madre, y el Padre á su vez oirá á su Hijo. Y ved aquí, ved aquí verdaderamente nuestra escala, para nosotros pobres pecadores, ved aquí el objeto de nuestra más sólida confianza, el motivo más poderoso de nuestra esperanza. ¿Pues qué! ¿será posible que Jesus, el Hijo de María, desoiga las súplicas de su Madre, ó que Él mismo reciba de parte de su Padre un triste desaire? ¿Será posible que Jesus no quiera escuchar á María, ó que no sea escuchado Él mismo por su divino Padre? No, seguramente que no.

Recurramos, pues, á María en todos tiempos, en todas circunstancias; pues María siempre hallará gracia delante de Dios, y nosotros tambien siempre hallaremos gracia delante de María.

Mas del mismo modo que los dones del cielo, para llegar hasta nosotros, deben de pasar por María, así

tambien , para que nosotros seamos bien recibidos de Dios , es necesario que nosotros y cuanto tenemos le seamos ofrecidos por las manos de María ; porque , es preciso decirlo : María hasta tal punto ha hallado gracia delante de Dios , que por sus maternales oraciones , es para nosotros una omnipotente á quien Dios nada puede negar , por decirlo así.

Sean las que quieran las ofrendas que tengamos que presentar á Dios , encomendémoslas á María , á fin de que la gracia vuelva á Aquel que es su Soberano Dispensador por el mismo Canal que nos la ha traído. No es esto decir que Dios no pueda concedernos sus dones sin este Canal sagrado ; si no que ha querido que María sea para nosotros el medio dichoso de trasmision. Por otra parte , ¡ ay de mí ! nuestras manos ¿ no son demasiado impuras para elevarse á Dios directamente ? ¡ Ah ! ¡ estas manos llenas de crímenes , cargadas de iniquidades , no harian las más veces si no apartar de nosotros la vista y el corazon de Aquel que es la misma justicia y santidad , en vez de hacémoslas propicias ! ... Sí , sí ; todo lo que hayamos de ofrecer á Dios , por poca cosa que sea , tengamos gran cuidado de hacerlo llegar por las manos virginales de María , por aquellas manos siempre tan dignas de una favorable acogida. Ningun medio más seguro de no sufrir reproche. Porque las manos de María son lirios de brillante blancura ; y lo que el Divino amante de los lirios hallare entre las manos de María no podrá decir que no lo ha hallado entre los lirios , y así no podrá rehusarlo.

¡ Oh María ! Nosotros levantamos hácia Vos nuestros

corazones , nuestros ojos y nuestras manos suplicantes; doblemos nuestra rodilla delante de vuestras grandezas y de vuestra gloria , y enviemos en alas de nuestros fervorosos deseos hasta vuestro trono en lo más alto de los cielos nuestras plegarias y nuestros respetos. ¿Quién más digna que Vos , ¡oh María ! de hablar al corazón de nuestro Señor Jesucristo? ¿Quién será mejor oída que Vos , dichosa María , que teneis la dicha de reposar en medio de los interiores ardores de vuestro muy querido hijo Jesus en un eterno mediodía , y que disfrutais de su trato familiar en la plenitud de una perfecta alegría? Hablad , pues , ¡oh Soberana nuestra ! Hablad : vuestro Hijo os oye ; hablad y Él oirá todas vuestras peticiones. ¡Oh , Vos que habeis hablado al Señor de todas las gracias y que habeis sido admitida á enriqueceros allí sin medida y sin fin , ¡ah ! obtenednos , obtened á vuestros hijos , tan desnudos y tan pobres , alguna parte de estas gracias que tanto necesitan. Vos que habeis hallado gracia delante de Dios , presentadle Vos misma los dones que deseamos ofrecerle , por más que sean despreciables ; y por Vos recibiremos nosotros los favores que el cielo nos tiene destinados , y por Vos nuestras ofrendas serán recibidas del cielo , ¡oh Escala Santa de los pecadores , oh Sagrado Canal de la misericordia , oh Madre de la gracia , oh María !

XIX.

Lleguemos con confianza al trono
de la gracia.

(HÆBR., IV, 16.)

¿Quién se atreverá á negar que Vos sois buena, que Vos sois un Océano de bondad, oh María! Si los hombres llevasen la ingratitude hasta desconocer esta verdad, las mismas piedras la proclamarían.

Sí, sois buena; sí, sois un manantial inagotable de misericordia; más digo: ningun beneficio, ningun favor espiritual ó temporal nos llega acá bajo si no es por vuestra mediacion; pues que, como ya lo he dicho más de una vez, el Señor os ha hecho su Tesorera, la Dispensadora de sus dones. Así, yo no cesaré de cantar con todo mi corazon, con el poeta cristiano: ¡ Oh qué de gracias nos llegan cada dia por vuestras manos, Virgen María!

Mas, ¿quién podrá jamás medir la longitud, la anchura, la elevacion y la profundidad de la bondad, del poder y de la misericordia de María?

María es toda clemencia para los que imploran su socorro; toda misericordia para los que solicitan su proteccion. María es nuestra Madre para todos; es la Fuerza de los débiles; la Paz y la Tranquilidad de las almas inquietas y perturbadas; el Recurso de los po-

bres ; el Sostén de los creyentes ; el Valor de los combatientes ; la Victoria de las almas piadosas ; la Corona de los vencedores.

María es un Océano sin playa de gracias y de bondades ; un Abismo de gloria ; la Perla preciosa del reino de los cielos ; el Manantial verdadero , el Manantial inagotable de toda santidad ; el Palacio vivo del Rey de los ángeles ; el Altar animado del Pan de vida ; el Trono á donde se puede llegar con confianza para hallar gracia y misericordia en todas las necesidades de la vida.

María es el Ancora de salvacion en la tempestad ; el Escudo contra los principados y las potestades del infierno , contra los demonios que reinan en las tinieblas de este mundo , contra los espíritus malos que pueblan el aire en nuestro alrededor ; Escudo impenetrable contra el cual vienen á hacerse pedazos y apagarse los dardos encendidos de nuestro irreconciliable enemigo.

Elevemos , pues , nuestras almas hácia Vos , ¡ oh Reina nuestra ! Pondremos en Vos nuestra confianza con la dulce seguridad de que no seremos confundidos ; porque , ¿ quién os ha invocado jamás , oh María , sin ser oido ? ¿ Quién se ha arrepentido nunca de haber confiado en Vos ? No , jamás se ha dicho que esas entrañas de misericordia que han llevado tanto tiempo á Aquel que es la misma caridad hayan sido cerradas por Vos para los que os han llamado en su socorro , ¡ oh María ! Volveremos , pues , nuestra vista hácia la montaña de donde ha de venirnos el socorro. No es una

montaña que puedan surcar los rayos, ni conmover las tormentas; es una Montaña de donde se deslizan la paz, la dulzura y la alegría; sois Vos misma, ¡oh María! Vos, en cuya alabanza nos complaceremos en cantar con la Iglesia:

¡Oh María, Madre de gracia;
 María, Madre de misericordia;
 Protegednos contra nuestros enemigos;
 Recibidnos en vuestros brazos á la hora de la muerte!

XX.

Ella se hace todo para todos.

(1 COR. XI, 2.)

¡María se hace todo para todos! Bien lo sabemos, y más de una vez lo hemos experimentado. Hé aquí por qué en cualquier situación en que nos hallemos de cuerpo ó de alma, recurrimos al punto á María completamente seguros de que Ella se compadecerá de nuestra posición, y de que nos obtendrá el remedio particular ó las gracias especiales que nos sean necesarias, según las circunstancias.

Así es María el Timon del piloto sobre el Océano; sobre la tierra es el Salvo-conducto del caminante.

María es el Ojo del ciego, la Lengua del mudo, la Oreja del sordo, el Pié del cojo, el Brazo del paralítico, el Alimento de los que tienen hambre, la Bebida de los que tienen sed, la Leche de los niños, la Fuerza de la juventud, la Hermosura de las vírgenes, la Union de los esposos, la Paz y la Riqueza de las familias, el Báculo del anciano, el Remedio poderoso para todos los males, la dulce Mano que muelle el lecho de los enfermos para aliviar sus dolores, la última Esperanza de los moribundos, y, aun después de la muerte, la Abogada más poderosa de los fieles en el Tribunal del Juez Supremo.

María es un rocío divino para el corazón árido. Solo con que María deje caer uno de los rayos de su brillante hermosura sobre nosotros, al instante se derrama sobre nuestra vida una dulce serenidad; se disipa y acaba todo enojo; toda amargura se dulcifica y desaparece.

En otro tiempo María volvió la vida á los mortales con su divino parto, purificó el mundo, abrió las puertas del cielo. Todavía ahora, por María obtenemos nosotros, pobres desgraciados, la misericordia; pobres pecadores, el perdón; pobres moradores de la tierra, la herencia celestial; pobres mortales, una vida inmortal; pobres extranjeros, una patria eterna.

María, todo á la vez dirige, protege y enriquece á el alma en su peregrinacion hácia el cielo; la dirige preparándola y mostrándola el camino; la protege rechazando los ataques de sus enemigos, y la enriquece

haciendo bajar sobre ella, desde lo alto, la bendición y la gracia.

¿Quién tendrá un corazón bastante duro que no se ablande y se derrita de amor para con una Madre tan buena, para con la Madre de toda misericordia? Por lo que á mí hace, si algún día llego á olvidaros, ¡oh María, oh luz de mis ojos, oh alegría de mi corazón! que sea también dada al olvido mi mano diestra; y que mi lengua quede pegada al paladar si Vos no sois siempre, después de Dios, el objeto preferente de mis afecciones y de mi felicidad! Por lo que á mí hace, lo juro: no os olvidaré, jamás, jamás. Siempre será mi mayor consuelo unirme á Vos y colocar en Vos toda mi esperanza, ¡oh María!

XXI.

Ella es como un hermoso lirio en medio de los espinos.

(CANT. II, 2.)

María es para mí como una cañada cubierta de agradable sombra; como un jardín continuamente favorecido por las aguas; como un hermoso emparrado plantado por el mismo Dios en medio de Jacob; como un cedro en la cumbre del Líbano...

No hay pureza, no hay hermosura, no hay virtud que no resplandezca en la gloriosa Virgen María.

María es el más grato recuerdo para el alma; el nombre más suave de pronunciar; el cántico más armonioso para el oído; la hermosura más extraordinaria que se puede considerar; la criatura más amable que se puede contemplar; la mujer fuerte por excelencia; el corazón más digno de robar todo nuestro amor.

¡María es el recuerdo más dulce para el alma! ¿Y vosotros podéis olvidar á María?... ¡Ah! Cuidado con que María á su vez no os deje en un olvido eterno delante de su divino Hijo.

¡María es el nombre más suave de pronunciar!... ¿Y vosotros no venerareis con el más profundo respeto el santo nombre de María?... ¡Cuidado con que no seais vosotros mismos tenidos en nada por María y por Jesus su divino Hijo!

¡María es el cántico más armonioso para el oído!... ¿Y no os apresurareis vosotros á ofrecer cánticos á María? ¡Ah! Cuidado con que los ángeles de Dios jamás celebren vuestra entrada en el cielo, cerca del trono de su gloriosa Reina.

¡María es la más bella, la más encantadora de toda las criaturas!... ¿Y no os sentireis embargados de admiracion á la vista de María?... ¡Ah! ¡Temed, temed, no seais privados para siempre de disfrutar en los cielos de la incomparable hermosura de esta augusta Virgen!

¡María es la criatura más amable que se puede considerar!... ¿Y la vista de María no os moverá á vene-

rarla? ¡Ah! ¡Temed, no seais precipitados ignominiosamente para siempre en los infiernos, para ser allí objeto de un eterno desprecio entre los demonios!...

¡María es el más firme, más fuerte, y más inalterable apoyo!

¿Y no confiareis enteramente en María?... ¡Ah! ¡Temed, temed, no seais privados en vuestras necesidades, sobre todo en las angustias de la muerte, del poderoso auxilio de María!...

¡María es el corazon más digno de robar todo nuestro amor!

¿Y vosotros no amareis á María, la Madre de Nuestro Señor Jesucristo?... ¡Ah! ¡Cuidado, cuidado con que no os hagais merecedores algun dia del Maranatha, de ser anatematizados eternamente!

El que os bendiga, pues, ¡oh María, sea él mismo colmado tambien de bendiciones; empero el que ultraje vuestro santo nombre, sea maldito!...

No, ¿qué es lo que he dicho? ¡ah! que no perezca: si no que vuelva con el arrepentimiento en lo más íntimo de su corazon; que vuelva lo más pronto á Aquella á quien habia abandonado criminalmente; que se una á María y ponga en María toda su esperanza, pues solo en Ella hallará su felicidad.

¡Oh María! El olor de suavidad que se exhala de vuestras bellezas me embarga y me atrae. ¿Hay en realidad cosa alguna que merezca ser más amada que Vos? Os he conocido demasiado tarde, ¡oh María, oh Madre del Hermoso Amor, he comenzado á amaros demasiado tarde!... ¿Por qué he amado, por qué he deseado

en mi vida á otra cosa que á Vos, oh Soberana mia! Pero ahora, pero en adelante, inflamáos, deseos míos, inflamáos y precipitáos hácia el corazón de María. Corred, corred. ¡Ah! hasta aquí habeis sido demasiado lentos, demasiado frios. Apresuráos pues, apresuráos por llegar á donde vais. Buscad, buscad con mayor actividad lo que buscáis. Buscad y encontrareis á María, y entónces estareis completamente satisfechos y descansareis deliciosamente en María.

Así sea.

XXII.

¡ Qué bella sois, mi muy Amada,
qué bella sois!

(CANT. IV. 4.)

La imágen de María, ora envuelta en los ondeantes pliegues de su manto de esmaltado azul, ora revestida con su túnica, más brillante por su blancura que la nieve, ¿no os parece cual una flor fantástica que flota en medio de una luz refulgente, y de donde se exhala el más esquisito perfume?... ¡Oh, cuánto me agrada esta imágen!... Ella es para mí el tipo supremo de la hermosura, de la nobleza y de la bondad. En la pureza de sus facciones, llenas de una gracia toda celestial, resalta la sencillez natural, el amable candor de la

Hija de los hombres, y resplandece al mismo tiempo la augusta grandeza, la santidad inefable de la Madre de Dios. Sus ojos se dirigen con una dulzura infinita hácia esta tierra que tantas lágrimas le ha costado. Sus manos juntas, se aprietan contra su corazón como para contener las olas de un superabundante amor.

¡Imágen de María, qué dulce sois para mí, qué bella sois para mí!

Todas las generaciones, todas las edades se han puesto de hinojos ante la imágen de María. El lenguaje caballeresco de las Naciones la llama Nuestra Señora. El niño se sonríe al contemplar la hermosura de su Madre de los cielos. El enjambre de las vírgenes piadosas cae sobre las flores de la modestia y de la inocencia para recoger el zumo y el aroma de sus virtudes. La imágen de María calma y tranquiliza los pensamientos del jóven; arregla y purifica sus afecciones; eleva y engrandece sus esperanzas. Arrodillados delante de esta imágen, prenda sagrada de la felicidad de su casa, el sabio y piadoso padre de familias, la vigilante y cuidadosa Madre, vienen cada día á solicitar, juntamente con el pan del cuerpo y la salud, las luces, los consuelos y las gracias, pan diario de los espíritus y de los corazones. Al declinar el día de la vida, el anciano, todavía se vuelve hácia esta querida imágen que ha sido siempre su estrella durante la larga y penosa travesía de su peregrinacion; él se vuelve con amor hácia la imágen de María, y la saluda con entusiasmo, como los viajeros saludan de léjos la tierra de la patria.

Yo la saludo como él... porque para mí esta imá-
gen es bien dulce! ; Para mí es bien hermosa!

La imágen de María! ; Ella corona todos los siglos;
Ella domina todas las glorias! ; Ella aparece sobre todas
las grandes obras del genio del hombre! Siempre, ; qué
espectáculo tan digno de admiracion! sí, siempre las
más encumbradas inteligencias han venido á resguar-
darse y reposar á la sombra de su manto virginal. Jun-
to á la imágen de María es donde han ido á buscar sus
más hermosas, sus más puras, sus más suaves inspi-
raciones. Al pié de esta imágen han venido á depo-
sitar el homenaje de los frutos más gloriosos de sus
trabajos.

Mas en cuanto á mí, en cuanto á mí sobre todo,
; qué dulce sois, qué bella sois, imágen de María!

; Dulce imágen de María, estad siempre presente á
nuestros ojos; estad siempre á la vista de todos los
hombres! ; Disipad las nubes que oscurecen nuestras al-
mas; y todos los pueblos, todas las lenguas, todas las
naciones, enajenadas de vuestro amor, se pongan á
vuestras rodillas para serviros! Que de todas las
criaturas se forme un solo coro para decir y cantar sin
fin: Imágen de María, ; qué dulce sois! ; qué hermo-
sa sois!...

XXIII.

¡ Qué bella sois, mi muy Amada,
qué bella sois!

(CÁNT. IV, 4.)

Yo pregunto: ¿de dónde, pues, os viene ese poder oculto, cuyos efectos experimentamos cada día, oh imágen bendita de nuestra Madre, imágen de María!... ¡ Ah! Es porque en el recuerdo de María hay cierta seducción de gracia y de amor irresistible; es que cierto encantamiento arrebatada hácia María los corazones más nobles, las más generosas afecciones.

Para mí, ¡cuán dulce es vuestra imágen! ¡Cuán bella es vuestra imágen, oh María!

¿Quién será capaz de contar el número de los corazones á quienes ha consolado la memoria de la imágen de María, la contemplacion de sus divinos atractivos? La pobre madre, alejada de su hijo, expuesto á los peligros de un combate, ó tal vez perdido en el Océano; el huérfano que busca un amparo sobre la tierra; la jóven esposa á quien acaba de herir la muerte en sus más tiernas afecciones; el penitente que pide el perdón y la paz; todas las almas abatidas por faltas ó por desgracias, han corrido siempre presurosas, has-

ta de las naciones más remotas, hasta del otro lado de los grandes mares, á esos santuarios augustos, á esas imágenes venerables de Nuestra Señora, que prodigios innumerables han hecho célebres para siempre; ellos venian llenos de amor y de confianza á llamar á la puerta del corazon de esta omnipotente Madre de la gracia, á implorar la misericordia, la esperanza y la vida.

Sí, sí; la mano que meció el sueño del niño Dios, estaba destinada á adormecer todos los dolores, á aliviar todas las miserias.

¿Cómo, pues, no ha de ser para mí vuestra imagen, ¡oh María! la más dulce de todas las imágenes? ¿La más hermosa y la más querida de todas las imágenes? ¡Yo la amaré, oh! yo amaré mucho á la imagen de María. ¿Podrá un hijo no amar el retrato de la más amable de las Madres? Esta querida imagen no me dejará jamás. Los dardos de mis enemigos la hallarán siempre sobre mi corazon, cual un fuerte y poderoso escudo, cual una impenetrable coraza. En el lugar de mis estudios, de mi trabajo, de mis juegos, en todas partes le será reservado el sitio de honor, junto á la cruz de Jesus, su divino Hijo.

Y la vista de esa imagen, la más dulce para mí, la más hermosa para mí, ¡oh María! con representarme vuestras bondades, con traerme á la memoria vuestras grandezas, me estimulará á amaros cada dia más, y moverá á mi corazon á ofreceros cada vez mayores testimonios de mi veneracion y de mi ternura.

XXIV.

Dígnate volver á nosotros esos tus
ojos misericordiosos.

(SALVE REGINA.)

En efecto, ¿á quién podríamos dirigirnos con más confianza que á Vos ¡oh María! á Vos que nos habeis sido concedida espresamente por Dios como el apoyo más sólido, la causa de nuestra más dulce alegría, nuestra más firme esperanza?

¿A quién nos dirigiremos en nuestra indigencia, si no á María, que ha sido constituida por Dios la Tesorera y Dispensadora de su incansable bondad? A María, por medio de la cual ha querido darnos todas las cosas, después de haberse dado á Sí mismo al mundo por Ella.

¿A quién se dirigirán los culpables si no á la más clemente de las Reinas, oh María!

¿A quién los desterrados si no al refugio más seguro, á María? ¿A quién los que se ven amenazados de una rigurosa sentencia, á quién los pobres acusados si no á María, la más compasiva de todas las Protectoras, pues que es la Madre de la misericordia; y la Abogada más poderosa, pues que es la Madre del mismo Juez Supremo? Porque vuestra cualidad, ¡oh

María! de Madre del Rey , nos dá la seguridad de que nada hay que no podais , y vuestro amable título de Madre de la clemencia nos dice tambien que nada hay que no querais emprender en favor de los que os suplican.

¡ Ah María! Repitámoslo todavía una vez: si Vos, que sois la Madre de la misericordia, nos cerrais vuestro seno, ¿á quién iremos nosotros pobres desgraciados? O mejor dicho, ¿cómo no os obligaremos con toda clase de súplicas, con todos los ofrecimientos posibles á que dirijais sobre nosotros vuestros ojos , á Vos que por vuestros merecimientos aventajais en ascendiente y poder á todos los moradores de los cielos hasta el punto de que una sola palabra vuestra, la súplica más pequeña, puede siempre calmar el enojo de nuestro Juez?

Hacedle por nosotros esa súplica, ¡ oh María! y se calmará la cólera de nuestro Juez. Decidle por nosotros esa palabra y seremos absueltos.

Así sea.

XXV.

¡ Oh buena ! ¡ Oh dulce ! ¡ Oh be-
nigna Maria !

(INVOLATA.)

De seguro que no hay quien pueda menos de experimentar en el fondo de su corazon un vivo sentimiento de alegría , al pronunciar estas dulces aspiraciones á María : ¡ Oh buena ! ¡ Oh tierna ! ¡ Oh benigna María !

¡ Ah ! ¡ Qué oido no gustará de escucharlas ! ¡ Qué boca de repetir las ! ¡ Qué corazon de sentir las !

El que diga que ha hallado alguno más benéfico , más dulce , más misericordioso é indulgente , más rico y más generoso que María , será un mentiroso , y la verdad no estará con él , á menos que el ser de que nos hable no sea el mismo Dios , y nada más que Dios.

¡ Oh María ! Vos sois tan buena , y siempre tan dispuesta á dar oidos á las voces de vuestros hijos , que no desechais ninguna de nuestras súplicas.

Sois tan paciente , que jamás os cansais de los lamentos interminables de los desgraciados.

Sois tan indulgente y misericordiosa , que el horror

de nuestros vicios, nunca es capaz de impedir el que nos socorrais.

Sois tan generosa, que jamás permitís se retire de Vos el que os suplica sin que le dispenseis algunos favores.

Sois tan rica, que vuestras incesantes dádivas jamás podrán agotar el manantial de vuestros bienes; tan rica, que el mismo Dios, Dios, no sólo vuestro Hijo de pecho, si no vuestro Hijo propio y verdadero, parece haberos dado á los indigentes cual un tesoro que contiene todos los tesoros de tal modo, que nada se os puede pedir que no tengais, y que no sea seguro el conseguirlo.

Y nunca ha sucedido, ¡oh María! ¡Oh la mejor de las Madres! Sí, nunca ha sucedido que hayais burlado nuestra esperanza. ¿Quién os ha dirigido jamás en vano plegarias y ofrecimientos? ¿Quién os ha honrado jamás con un culto vano? ¿Quién se ha retirado jamás de vuestros altares, sin haber obtenido el efecto de sus súplicas?

¡Ah! Tan léjos estais de despedir duramente á los que se refugian á vuestras rodillas, que antes bien les inspirais seguridad; les convidais á desechar todo temor; les salís al encuentro; les ofreceis la mano para levantarlos. ¿Hay en la tierra, hay un solo hombre que no haya probado, y que no pueda atestiguar vuestra bondad para con él por medio de algun señalado beneficio?

Cómo, pues, podremos ménos de gustar en repetir sin fin con los labios y con el corazon: ¡Oh buena!

¡ Oh dulce ! ¡ Oh benigna María ! Interesáos en nuestro favor ahora , siempre , y sobre todo en la hora de la muerte.

Así sea.

XXVI.

Desde lo más alto de los cielos ha dirigido sus ojos hácia la tierra , para oír los gemidos de los cautivos.

(Ps. ci , 21.)

¡ Qué dicha , alma mia , el saber que tenemos en el cielo una Madre que dirige sin cesar sus miradas hácia aquí bajo para velar sobre sus hijos , cuyo oído está siempre pronto á escuchar los gemidos de los pobres cautivos ; cuyo corazon se halla de continuo conmovido y preocupado con nuestras necesidades , con nuestros trabajos , con nuestras miserias ! ¡ Ah ! ¡ qué verdad tan dulce , tan tierna ! ... María es sobre todo la Reina , la Madre , y la Protectora de los desgraciados , y de todos los que se ven abandonados.

Así , más fácil sería el contar las arenas del mar , que enumerar , ¡ oh María !

Todos los que habeis vuelto á la luz desde el fondo de los abismos ;

Todos los pecadores que habeis sacado del laberinto

de los vicios, para restablecerlos en una vida más arreglada ;

Todos los pecadores convertidos llevados por Vos á la perfeccion y á la santidad ;

Todos aquellos á quienes habeis alcanzado el don de la santa continencia ;

Todos aquellos á quienes habeis alcanzado victoria sobre sus pasiones ;

Todos aquellos á quienes habeis hecho ganar la corona inmortal de la gloria ;

Todos aquellos á quienes habeis hecho recobrar la esperanza cuando parecia haberlo perdido todo ;

Todos los muertos que por vuestra intervencion han recobrado la vida ;

Todos los enfermos á quienes habeis curado ;

Todos los que habeis libertado de grandes peligros ;

Todos los que habeis salvado de los naufragios, ó de en medio de las llamas, ó en los combates, ó del hambre, ó de la peste ;

Todos los reinos que vuestra proteccion ha asegurado ;

Todas las ciudades que vuestro amparo ha libertado ;

Todos los ejércitos cuyas oraciones habeis oido alcanzándoles la victoria ;

Todas las heregias que habeis esterminado ;

Todos los hermanos enemistados entre los cuales habeis restablecido la concordia y la paz ;

Mas ¿quién dirá todos vuestros beneficios ?...

Hé aquí por qué la piadosa gratitud de los cristianos

en todas partes ha levantado templos en honor vuestro,
¡oh María!

Hé aquí por qué en todas las ciudades, en todas las
campañas, en todas partes humea el incienso sobre
vuestros altares, ¡oh María!

Hé aquí por qué en todo el mundo, coros sagrados
entonan sin fin vuestras alabanzas, ¡oh María!

Hé aquí por qué tantos varones apostólicos exaltan
á porfía delante de los pueblos vuestra gloria, vuestra
bondad, vuestro poder, vuestras misericordias, ¡oh
María!

Hé aquí por qué en vuestros santuarios, al rededor
de vuestros altares, hay pendientes tan ricas ofrendas
en testimonio del reconocimiento, tantos magníficos
monumentos de vuestros beneficios, ¡oh María!

Porque desde los primeros instantes que comenzó á
brillar en el mundo la luz de la fe católica y á derra-
mar sobre los hombres su vivificante resplandor; so-
bre los hombres, que de tantos siglos ántes estaban de
asiento en la region de las tinieblas y sombras de la
muerte, ¿quién es el hombre, el último de los hom-
bres, en cualquier parte que haya vivido extraviado
sobre la tierra, que haya tenido fe en Cristo Reden-
tor, sin honrar al mismo tiempo á la Vírgen María, su
Santísima Madre, sin tributarle un culto piadoso y fi-
lial, sin proclamarla bienaventurada?

Séanos permitido, oh gloriosa María, unirnos con
todas las almas que os alaban, en toda hora, en todo
idioma y sobre toda la tierra, y deciros: ¡Oh compa-
siva y misericordiosa María, no os canseis de dirigir

vuestras miradas desde las alturas de los cielos hácia el triste lugar de nuestro destierro, para escuchar los gemidos de los cautivos y sacarlos cuanto ántes de en medio de los habitantes de Cedar!

Así sea.

XXVII.

Congregaciones de los pueblos
derramad delante de Ella vuestros
corazones y vuestro amor.

(Ps. LXI, 9.)

No, no hay nacion, sexo, edad, condicion ni estado, que no haya tributado brillantes honores á esa Mujer, que ántes que todos, ha publicado que Ella habia de ser bendita por todas las generaciones.

Judíos y gentiles, griegos y bárbaros, hombres y mujeres, grandes y pequeños, ricos y pobres, niños y ancianos, sabios é ignorantes, todos han honrado á María con sus homenages, la han glorificado, la han presentado súplicas y ofrendas:

El cielo y la tierra, los ángeles y los hombres, llenos de una religiosa veneracion hácia María, le han tributado siempre á porfía los más afectuosos obsequios, los honores más singulares, los testimonios de la veneracion más profunda.

Los moradores de la Jerusalem celestial se compla-

cen en mirar á María como el instrumento principal de su felicidad.

Solo de María esperan, despues de Dios, los tristes desterrados en este valle de lágrimas.

Hácia María suspiran tambien, y en efecto, ¿quién puede auxiliarlas más eficazmente que María? las almas santas de nuestros hermanos que están acabando de purificar en las llamas de expiacion las manchas de sus pecados.

Sí, María es la esperanza más segura de salvacion para los hombres que peregrinan sobre la tierra, el refrigerio más dulce para las almas que sufren en el purgatorio, la más gloriosa cooperadora del triunfo de los bienaventurados en el cielo.

¡ Oh María ! En cualquier parte á donde Vos no volvais vuestros ojos no hay más que pobreza y afliccion de espíritu. Halle, pues, yo gracia en vuestros ojos, os lo suplico rendidamente, y una sola de vuestras miradas, que tan bien saben herir los corazones, vengán felizmente á herir el mio: porque á aquel á quien Vos os digneis acoger con bondad, el Señor no lo desechará. Pero como por el contrario, el Señor no se digna interesarse por aquel á quien Vos, oh amable Virgen, habeis abandonado, dirigid vuestros ojos hácia mí, y tened piedad de mí, Vos que sabeis cuán débil, cuán pobre soy. Estén siempre fijos vuestros ojos sobre mí, para que se sepa tambien, para que se pueda decir, que yo soy feliz desde que mi Soberana se ha dignado dirigir las miradas de su majestad hácia la bajeza de su siervo.

XXVIII.

Tanta gloria va unida á vuestro nombre, que los hombres jamás cesarán de publicar vuestras alabanzas.

(JUDITH, XIII, 25.)

Es, pues, una verdad, ¡oh Virgen augusta y dulcísima Madre mia — ¡y cuánto me alegro yo con eso! — es, pues, una verdad que en toda tribu, en toda lengua, en toda nacion, en todo pueblo se os tributa continuamente honor, gloria y bendicion. Es, pues, una verdad que nunca, mientras nos reste un soplo de vida, cesará nuestra boca de cantar vuestras alabanzas; que jamás nuestro corazon dejará de amaros, de bendeciros y de veneraros. Todo el que conozca y confiese á Jesucristo, todo el que ame á este dulce Salvador que vuestro seno ha llevado, á quien habeis alimentado con vuestra leche, os proclamará bienaventurada, y se aficionará á Vos con los más puros sentimientos de su corazon. En todo el império de vuestro adorable Hijo se venerará vuestro santísimo, venerabilísimo y gloriosísimo nombre, mientras ese Hijo de Dios vivo sea tenido como el Señor Soberano de todas las cosas, como el Soberano Dominador de los hombres y de los espíritus celestiales: mientras

que sea Dios; es decir: sin fin en toda la duracion de los siglos, durante la eternidad.

¡Salve, pues, oh María, magnífico Santuario de tantas y de tan admirables virtudes!

¡Salve, oh Vos, Maravilla la mayor de todo el universo; Lámpara inestinguible; Cetro de la verdadera sabiduría, Templo indestructible, Morada de Aquel que ninguna morada es capaz de contener, Madre y Vírgen á la vez!

¡Salve, Vos que habeis contenido en vuestro casto seno al Inmenso, al Incomprensible!

¡Salve, oh Vos, por quien han podido decir los Evangelistas: Bendito el que viene en el nombre del Señor!

Vos, por quien el cielo da saltos de gozo;

Vos, por quien los ángeles y los arcángeles se entregan á la más viva alegría;

Vos, por quien son ahuyentados los demonios;

Vos, por quien el hombre caido ha recobrado el cielo;

Vos, por quien toda criatura cautivada en un principio y extraviada por la locura de los ídolos, ha vuelto al conocimiento de la verdad;

Vos, por quien han obtenido los fieles la gracia del santo bautismo;

Vos, por quien se derrama sobre las almas la uncion de una santa alegría;

Vos, por quien se ha fundado la Iglesia sobre toda la tierra;

Vos, por quien los gentiles han sido y son todavia llamados y traídos á la penitencia.

Pero, ¿qué más diré?... ¡Salve, oh Vos, María, por quien el Hijo único de Dios ha venido á iluminar con su viva luz á los que estaban sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte!

¡Oh María, la más dulce de las madres! Dignáos acoger estos homenajes que tenemos la dicha de ofrecer; y rogad siempre por nosotros.

XXIX.

Se han dicho de Vos las cosas más gloriosas.

(Ps. LXXXVI, 3,)

¡Oh, cuán cierto es, María, que Vos estais elevada sobre los mismos astros!... Porque aun cuando la memoria de los santos nos ofrece siempre grandes motivos de admiracion, sin embargo, nada hay en ellos que no esté relacionado con vuestra gloria, ¡oh María!

Abel ha llegado á ser célebre á causa de su sacrificio;—Abraham ha recibido las más magníficas alabanzas á causa de su fe;—Moisés es proclamado como un ilustre y sabio legislador;—Elías ha recibido el título de gran celador de la fe;—David es honrado cual venerable antepasado del Dios hecho hombre.—Pero nada hay comparable con María, la Madre de Dios, la que ha llevado en su seno al Dios encarnado,

á quien aquellos ilustres Patriarcas no vieron más que de léjos y en figura.

Oh hombre, cualquiera que seas, considera y estudia las obras todas de la creacion, y mira si hay sobre la tierra alguna cosa más grande que María, ni aun solamente igual á esta incomparable Vírgen, Madre de Dios. Recorre este globo en todas direcciones, sube con el espíritu á los cielos, cita ante tu pensamiento á todas las potestades de aquella mansion feliz, y ve si entre todas las criaturas visibles é invisibles hay una maravilla semejante á María.

En verdad se han dicho y se han podido decir de Vos, oh María, cosas las más gloriosas; porque al fin, ¿quién puede compararse con Vos, oh gran Reina! Todas las grandezas, todas las hermosuras, todas las glorias, todas las virtudes, todos los privilegios son vuestra herencia. Mas, por lo que á mí hace, lo que admiro sobre todo en Vos, son las bondades, las atenciones maternales, vuestra dulce inclinacion á perdonar, la acogida tan benévola que dispensais á los pequeños, á los ignorantes, á los huérfanos, á los pobres, á los desvalidos, á los pecadores; hé aquí lo que yo me complazco en admirar; hé aquí lo que me conmueve; hé aquí lo que me hace derramar lágrimas de ternura. Y esto es en lo que yo pienso principalmente cuando oigo decir, ó digo yo mismo, aquellas palabras de David: *Se han dicho de Vos las cosas más gloriosas.*

¡Seais bendita y loada para siempre, oh María!

Así sea.

XXX.

El Señor ha criado sobre la tierra
un nuevo prodigio.

(JER. XXXI, 22.)

Digámoslo, digámoslo en alta voz: después de Dios, el Sér increado, el Principio eterno de todas las cosas, María es la más alta y excelente criatura. Su hermosura, aun la natural, aventaja en mucho á la de los querubines, á la de los serafines y de todos los arcángeles.

En efecto, ¿qué puede haber, pregunto yo, más noble, más hermoso que la Madre de Dios? Y ¿qué puede haber más esplendoroso que Aquella á quien ha escogido el Explendor mismo?

No, no era bastante el decir que el Criador de los hombres, queriendo revestirse de nuestra naturaleza, se ha elegido una Madre; es necesario decir que Él se la ha formado de una manera especial, y que ha hecho esta morada tal cual sabia que más le convenia.

Sí, sola, oh María, sola entre todas las mujeres habeis merecido por el brillo de vuestra pureza, por la hermosura de vuestra integridad virginal, y por esas gracias inefables que os han hecho nacer immaculada (1)

(1) Si el piadoso autor de esta obra la hubiera escrito después de declarado el dogma de la Concepcion Inmaculada, hubiera dicho aquí *ser concebida*, en vez de *nacer*. — (N. del T.)

y llegar á ser la Madre de Dios. El Señor os ha llenado así interiormente de toda virtud y de toda santidad á fin de que naciese de una purísima Madre, un Hijo que es la misma pureza; y á fin tambien de que este Hijo, así como tiene en el cielo un Padre inmortal, tuviera en la tierra una Madre exenta de todo principio de corrupcion.

¡ Hé aquí el nuevo prodigio que ha criado el Señor sobre la tierra! ¡ Oh, que sois grande, María! ¡ Que sois gloriosa! ¡ Que sois bien digna de nuestra veneracion y de nuestro amor! ¡ Que sois bien digna de poseer todos los corazones!

Lo que me admira, lo que no acierto á explicarme, lo que es para mí casi un misterio, es que pueda haber una sola inteligencia que no os conozca, un solo corazon que ignore la felicidad que es el amaros, ¡ oh María!

Y sin embargo, ¡ es necesario decirlo! ¡ Ah, cuántos hay todavia que absortos en las preocupaciones de la tierra no tratan si no de buscar los honores de esta vida tan fugitiva; no trabajan si no para adquirir riquezas; no sueñan si no con los placeres y las diversiones de este mundo, y que olvidan, oh dolor, que olvidan y desprecian á María!

Pero que los ambiciosos griten que no quieren reconocer más Rey que la gloria y las grandezas mundanas, por las que suspiran;

Que los avaros digan que no quieren adorar á otro Dios más que el oro y la plata, cuyo vil caudal tienen escondido noche y dia;

Que los voluptuosos publiquen que no tienen otra divinidad que los vergonzosos placeres de los sentidos, en los cuales se engolfan con la más degradante infamia ;

Que los miserables esclavos de su boca se lisonjeen de no tener otro Dios que su vientre , al cual no temen sacrificar su inteligencia y su alma ;

¡ Vos sola , oh María , oh Madre mia , Vos sola sereis mi felicidad ! Vos sereis mi Reina , mi tesoro , mi alabanza y mi gloria . Mi alma , oh María , desfallece con solo acordarse de Vos . ¡ Oh , cuán grandes son , cuán numerosas las dulzuras que reservais á los que os temen , las dulzuras de que colmais á los que os aman . Yo consiento voluntariamente en que todo lo demás no me sea si no amargura , á fin de que no pueda buscar y hallar más que en Vos sola , despues de Dios , mi consolacion y mi alegría , en Vos sola , oh María , mi vida , mi dulzura , mi esperanza !

XXXI.

Vos sois bendita por el Señor, el Dios Altísimo, más que todas las mujeres.

(JUDITH, XIII, 23.)

Vos sois bendita verdaderamente entre todas las mujeres , oh , Vos á quien Dios ha escogido y consagrado

como su tabernáculo , cuando , por un milagro incom-
 prensible , habeis llevado en vuestro seno á Jesucristo
 hecho hombre , plenamente revestido de la gloria de su
 Padre , tambien Dios , y uniendo por Vos , oh María ,
 en su Divina Persona , en toda su integridad , dos na-
 turalezas enteramente distintas.

Vos sois bendita entre todas las mujeres , Vos , que
 habeis encerrado en vuestro seno virginal , como en
 un santuario puro y sin mancha , aquel Tesoro celestial
 en donde están encerrados todos los tesoros de la cien-
 cia y de la sabiduría.

Bendita sois entre todas las mujeres , Vos á quien
 llaman Bienaventurada las generaciones , á quien glo-
 rifican los Reyes , á quien veneran los Príncipes , cuya
 compasion imploran los grandes de la tierra , y cuyos
 pasos siguen y preceden las vírgenes en el camino que
 conduce al palacio del gran Rey.

Bendita sois entre todas las mujeres , Vos á quien
 descubrió el Profeta Isaías con su ojo profético y á
 quien llamó desde entónces Vírgen y Profetisa.

Vos sois verdaderamente bendita entre todas las
 mujeres ; Vos de quien habla el Profeta Ezequiel bajo
 el nombre de Oriente ; Vos aquella Puerta cerrada ,
 que no debia de franquear el paso si no á solo Dios ,
 cerrándose en seguida y para siempre.

Bendita sois entre todas las mujeres , Vos aquella
 grande y soberbia Montaña que vió Daniel , el hombre
 de deseos ; Vos , aquella Montaña cubierta de sombras
 que vió Habacuc , el Profeta admirable ; Vos aquella
 Montaña de Dios , aquella Montaña rica y fértil enco-

miada por vuestro abuelo David; la Montaña, en fin, sobre la cual se ha escogido Dios una vivienda.

Vos sois la única verdaderamente bendita entre todas las mujeres; Vos á quien Zacarías, el más escudriñador de todos los Profetas en los secretos de la divinidad, vió bajo la forma de un candelero de oro con siete mecheros, con siete centelleantes luces, esto es, plenamente enriquecida con los siete dones del Espíritu Santo.

¿Qué más diré? No solo sois bendita entre todas las mujeres, si no que sois más colmada de bendiciones, más privilegiada, más bella, más favorecida, más gloriosa que cuanto hay de más privilegiado, de más distinguido, de más hermoso, de más rico, de más glorioso en toda la creación!

XXXIIII.

El pobre y el indigente cantarán
vuestras alabanzas.

(Ps. LXXIII, 21.)

Mas, ¡oh María! puesto que sois tan grande, tan elevada y tan gloriosa, tan bella y tan amable, tan fuerte y tan poderosa, tan colmada de gracias y de bendiciones; tan clemente y tan misericordiosa, tan pura y tan inmaculada, tan santa y tan venerable; en

una palabra: tan rica en toda suerte de virtudes, de gracia, de privilegios, de gloria, de poder y de felicidad que, aun cuando todos nuestros miembros pudiesen hablar, con todo, ninguno bastaria para alabaros tan dignamente como mereceis, ¡cómo me he atrevido yo, polvo y ceniza; yo, que no estoy lleno más que de debilidad, de incapacidad, de impotencia, ¡qué digo! lleno de vicios y de maldad, cómo me he atrevido á cantar vuestras alabanzas, cuando no deberia de atreverme ni aun á levantar mis ojos hácia Vos, oh María!

¡ Ah! Yo os suplico, oh la más ilustre y la más clemente de todas las Vírgenes, no os detengais al ver la debilidad de mis cantares; ó más bien recibid como alabanzas mi impotencia misma para cantar dignamente vuestros loores. Solamente no os desdeñeis, os lo suplico, de recibir con agrado el piadoso pensamiento que me ha movido á dirigiros estas alabanzas, por más débiles que sean, con las cuales he querido exaltar vuestro santísimo y augustísimo nombre.

Y si quereis, ¡ oh tierna Madre mia! recompensar aunque no sea más que la intencion que me anima, yo no os pido si no una sola gracia: el que me hagais conocer más y más cuán grandes, cuán inmensas y casi innumerables, cuán escelentes y perfectas son vuestras virtudes; cuán brillantes y magníficos son los honores con que ha querido revestiros vuestro Hijo; cuán alto y cuán ricamente adornado está aquel sublime trono sobre el cual reinais Vos llena de gloria, y desde donde mandais á la tierra y á los cielos; en fin,

cuán inefable es la felicidad de que gozais en el seno del mismo Dios; para que regocijado con esta vision maravillosa, enseñado por esta ciencia divina, llegue de dia en dia á ser ménos incapaz de ofreceros cánticos dignos de Vos; más decidido y más fiel para seguir vuestras huellas, y para que así pueda, por último, llegar felizmente á la dicha he veros, de amaros y de bendeciros sin fin en la mansion de los escogidos, en donde ocupais el primer lugar á la diestra de vuestro Hijo, en lo más alto de los cielos.

¡Así sea! ¡Así sea!

MARÍA.

TERCERA PARTE.

MISTERIOS DEL SMO. CORAZON DE MARIA.

El corazon de María es un abismo de
maravillas

(S. JUAN DAMASCENO.)

MARIA.

TERCERA PARTE.

MISTERIOS DEL SMO. CORAZON DE MARIA.

El corazón de María es un abismo de
misterios
(E. Juan Domínguez)

PRÓLOGO.

Dulce Consoladora de los afligidos, ¡oh María! héme aquí á vuestros piés, con la frente en el polvo, con el corazon oprimido por los suspiros; á vuestros piés, ante los cuales se inclinan y se prosternan los mismos espíritus celestiales. Con los ojos inundados de lágrimas, de lágrimas amargas que nos hacen derramar las penas de este duro destierro, ó que me arranca la memoria de mis numerosas infidelidades para con vuestro divino Hijo, levanto hácia vuestra Majestad mis manos suplicantes para implorar su misericordia y su apoyo.

Socorredme, humildemente os lo pido, ¡oh Vos, María, mi libertadora, mi salud, mi único y segurísimo refugio! Estrella tutelar, disipad las tinieblas que en todas partes me envuelven, y brillad á mis ojos; volvedme á poner en el buen camino y sed mi guía en él; alentad mis esfuerzos, afirmad mis pasos vacilantes; detenedme en mis caidas; salvadme en los peligros, y no permitais que la barca de mi pobre alma,

tan combatida ya , tan fatigada por las tempestades , y despojada de sus aparejos , ya invadida por las aguas , llegue á ser , ¡ ay de mí ! la presa de las olas . Sin Vos , María , se hundirá ; sin Vos va á perecer . ¡ Ah ! ¡ Salvadla !

Sí , María , mi felicidad y mi gloria ; salvad mi alma , que tan miserable como es , quiere no obstante consagrarse á Vos sin reserva .

¡ No dejeis perecer esta alma , Santuario que se ha construido con tanto esmero el Arquitecto supremo y soberanamente sabio , vuestro Hijo Jesus ! Esta alma que Él ha adornado y enriquecido con tantas gracias , Él , inagotable manantial de toda hermosura ; esta alma que se ha rescatado con todo el precio de su sangre , Él , dulce é inocente Cordero , víctima infinitamente agradable á Dios .

¡ Que por Vos , oh María , no vea este divino Arquitecto perecer su obra ! ¡ Que este Artífice sin rival no sea privado de su obra maestra ! ¡ Que este divino Redentor no pierda lo que tan caro le ha costado !

¡ Ah María ! ¡ Prestad , os lo ruego , oídos benignos á nuestras plegarias ! ¡ Muévase vuestro corazón al amor que os profesamos y á la confianza ilimitada que tenemos en Vos ! ¡ Dejaos ablandar por las lágrimas de vuestros hijos , y tenga algún valor á vuestros ojos el culto filial que os tributamos ! Por último , ¡ oh dulce Madre de los cristianos , Vos que no teméis la violencia que os hacen las oraciones de los pobres mortales , dejaos impresionar de nuestras porfiadas sollicitaciones !

Llenos de confianza en vuestra bondad bien conocida , asegurados por vuestra misericordia sin límites, apoyados en vuestra omnipotente intercesion, os suplicamos que no desdeñeis del todo estas súplicas que nuestros corazones se atreven á dirigiros.

I.

¡Oh María! ¡Por cuanto puede ser grato á vuestro immaculado corazon y al sagrado corazon de vuestro Hijo; por cuanto puede mover estos tan compasivos corazanes á sernos propicios y favorables, os suplicamos, os rogamos que nos escucheis, que nos oigais, oh Vírgen Madre de Dios!

Por vuestra Concepcion que preservó de toda mancha Aquel mismo á quien debíais de concebir, y á quien por esto mismo habeis concebido en el estado de la más perfecta pureza, pedimos y rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos atendernos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por vuestro dichoso nacimiento, que cual estrella resplandeciente de la mañana, trajo á los hombres abatidos la segura esperanza de la aparicion del eterno Sol, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. Dignaos oirnos, y sednos propicia, ¡oh Vírgen, Madre de Dios, María!

II.

Por el nombre que habeis recibido , nombre mil veces más hermoso , mil veces más admirable que los nombres de los ángeles y de todos los espíritus celestiales , nombre de una dulzura tan grande , de tanta suavidad , que esta sola palabra , ¡ María ! es miel para la boca , una armonía para el oído , un regocijo para el corazón ; nombre de tan gran virtud , de tan maravilloso poder que basta decir ¡ María ! para que el cielo se sonría , la tierra se entregue á la alegría y los ángeles salten de gozo. Por este bendito nombre pedimos y rogamos á vuestro compasivo corazón. ¡ Dignaos oírnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , María !

Por los sentimientos de profundo respeto y de santo amor de que estuvo siempre lleno vuestro corazón para con vuestros venerables padres , Joaquin , el justo , Anna , el modelo de la santidad , padres afortunadísimos á quienes el Señor os concedió por Hija , á Vos , María , cuyo nombre por sí solo es tan digno de nuestros respetos y de nuestros homenajes , á Vos de la cual ha nacido la flor de la vida , Jesucristo. Por aquellos sentimientos de piedad filial , pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazón. ¡ Dignaos oírnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

¡ Por vuestra infancia que se pasó en las ocupacio-

nes más agradables á Dios , en la piedad , la sencillez, la modestia , la docilidad , el recogimiento , el desprecio de las vanidades , el amor al trabajo , en una palabra , en la práctica de todas las virtudes de aquella inocente edad llevadas al sumo grado de perfeccion. Por aquella amable infancia pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos escucharnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

III.

Por aquellas ardientes aspiraciones que salieron primero de vuestro corazon , y más adelante de vuestra boca desde los primeros pasos de vuestra infancia : yo no he pedido más que una gracia al Señor ; yo la pediré todavía siempre , y es el habitar en su santa casa... Yo me levantaré , pues , y buscaré á Aquel á quien mi corazon ama ; mientras dure el dia le buscaré sobre la montaña de la mirra , le buscaré sobre la colina del incienso. Decidme Vos mismo , ¡ ah ! decidme dónde reposais Vos el querido de mi alma ! ¡ Quién me diera el encontraros y por último el poseeros ! Yo me uniré á vuestros pasos y Vos me guiareis. ¡ Atraedme solamente , atraedme , y yo os seguiré á la fragancia de vuestros perfumes ! Por estas aspiraciones y otras mil además , pedimos , rogamos á vuestro compasivo cora-

zon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por aquellas dulces respuestas de vuestro Amado, respuestas que os penetraron hasta las entrañas de una santa alegría: « ¡Levántate, levántate, Hija mia muy Amada, Paloma mia!... ¡Date prisa, date prisa, mi Inmaculada, Hermosa mia!... ¡Déjame ver tu cara, haz que oiga yo tu voz! ¡Qué dulce es tu voz! ¡Qué hermosa es tu cara!... ¡Cuán bella eres, mi Querida, cuán bella eres! Tu mirar es el mirar de una paloma, tus labios como el panal que destila la miel, y la fragancia de tus vestidos se parece al olor del más fino incienso. Escucha, Hija mia, y da oídos á mis palabras: olvida á tu pueblo y la casa de tu padre, y el Rey se prenderá de tu hermosura; y soy yo mismo ese Rey y el Señor tu Dios... Abandona, pues, á tu padre y á tu madre; yo sabré bien pagarte con generosidad este sacrificio. Ven solamente; acógete bajo mis alas, y yo te concederé las más magníficas recompensas, yo el Señor tu Dios...» ¡Por estas amables respuestas de vuestro muy Amado, y por otras mil todavía más dulces, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazón. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por la satisfaccion de vuestra alma, por el gozo y las delicias que experimentó vuestro corazón cuando por fin visteis satisfechos vuestros deseos, y conducida al templo por vuestros venerables padres, pudisteis exclamar, ofreciéndoo al Señor, al pié de sus altares, en una esclavitud y un sacrificio que conmovió á los

cielos : « ¡ Ah ! ¡ Este es el lugar de mi reposo ! ¡ Este es el lugar que yo he escogido ; solo aquí quiero habitar ! ¡ Oh dicha ! ¡ Yo voy á servir en presencia del Señor , en su Santa Casa !... ¿ Cómo podré ménos de regocijarme y de entregarme á la alegría en el Señor mi Dios ? ¿ Cómo podrá mi alma no rebosar de alegría en aquel Dios de bondad que me ha revestido con las vestiduras de la salud , que me ha ataviado como á una esposa con los más brillantes arreos ?... ¡ He hallado , pues , á Aquel á quien ama mi corazón ! ¡ Le he hallado ! ¡ Le he poseído ! ¡ No le abandonaré jamás !... ¡ Sí , yo soy de mi muy Querido , y mi muy Querido es mio , Él , que se complace de estar entre los lirios !... ¡ Mi espíritu se ha dilatado , mi alma se ha derretido desde que mi Amado me ha hecho oír su voz ! ¡ Mi corazón se ha desmayado , mi cuerpo ha desfallecido al encanto de sus dulces palabras !... ¡ Oh Dios de mi corazón ! ¡ Oh Dios , mi suerte ! ¡ Mi suerte por toda la eternidad !... » ¡ Por estas delicias de vuestro corazón , y por tantas otras emociones como experimentó entónces , pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazón !

IV.

Por vuestras innumerables virtudes , por aquellas brillantes virtudes que en todas circunstancias , en

todos tiempos, en todos lugares os hicieron sobre la tierra la admiracion de los hombres, y aun más todavía de los moradores de los cielos, y hasta del mismo Señor; porque... siempre se os vió atenta á escuchar la palabra de Dios y á practicarla; no teniendo más felicidad ni más tesoro que el cumplimiento de los preceptos del Altísimo; huíais hasta de la simple apariencia del mal; os dirigíais con ardor á todo lo que es bien; buscábais la paz y os esforzábais por conservarla; siempre humilde de corazon; verdadero asiento de prudencia y de sabiduría; siempre activa y siempre aplicada al trabajo; llena de gravedad en las palabras, de reserva y de modestia en la conversacion; una puerta de circunspeccion puesta á vuestra boca, no dejó salir jamás de ella ni una sola palabra reprehensible; jamás contristásteis á nadie, ni aun con una sola mirada; estuvísteis llena siempre de benevolencia y amenidad para todos; se os vió siempre levantaros, por respeto, en presencia de todos los ancianos, y venerar en todo á vuestros santos padres; nunca en desacuerdo con vuestros prójimos; sin envidia respecto de vuestras compañeras; llena de cuidados y atenciones para con todos; enemiga de la jactancia y del orgullo; haciendo de la virtud vuestras delicias; tomando por consejo, no las luces de los hombres y de la razon, si no las reglas de la fe y de las divinas inspiraciones; sin desden para los humildes y los pequeños; sin arrogancia ni altivez para con los débiles; llena de un dulce trato para con los pobres y los abandonados; nunca una mirada de indignacion, nunca una palabra amarga; nunca una accion

reprensible; nunca un gesto brusco ó poco mesurado; nunca un tono demasiado vivo y demasiado alto; nunca un paso demasiado precipitado; nunca un porte inconsiderado; vuestro cuerpo, en una palabra, era la imágen fiel de vuestro corazon, y á su vez vuestro corazon era el santuario de toda prudencia y de toda santidad. ¡Ah María! Por todas estas virtudes cuyo buen olor esparcido por toda la tierra, embalsamará hasta el fin de los siglos los espíritus y los corazones, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oírnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por vuestra santísima union con el más justo de los hombres, el bienaventurado Joseph, el único digno de ser vuestro esposo y el guardian fiel de vuestra virginidad; y por el respeto, los homenages, el culto que os tributó este casto esposo, y la ternura y los cuidados con que os trató, cuando supo por el Ángel que vuestras incomparables virtudes os habian merecido ser elevada al más alto grado de honor que es capaz de imaginar el espíritu del hombre, el honor de ser la Madre del Hijo de Dios, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oírnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

V.

Por los sentimientos enteramente de fuego que agitaban vuestra alma, cuando, previniendo por vuestros deseos el momento en que debía de realizarse en vuestro venerable seno la fusión misteriosa del *Verbo* de una alma y de un cuerpo, tres sustancias esencialmente diversas, que debía de unir un vínculo inefable en una misma personalidad divina, y en que, desfallecida y deshecha de amor, exhalábais hácia el cielo vuestras súplicas, vuestros deseos, vuestra alma entera, lanzando, todavía con más fuerza que el Profeta Isaías en otro tiempo, hasta el trono inaccesible del Dios Santísimo, aquellos gritos tan dignos de ser oídos: «Cielos, dejad caer sobre nosotros vuestro rocío; nubes del cielo, haced bajar al Justo; tierra, abre tu seno y da nacimiento al Salvador!» Por estos santos ardores, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazón. ¡Dignaos oírnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por las súplicas ardientes, santos gemidos, afectuosos suspiros, con los cuales, ¡oh virginal Paloma! llamábais á vuestro Amado, y por los movimientos impetuosos y abrasados de vuestro corazón, todo encendido de amor, movimientos más rápidos que el vuelo del águila que se cierne sobre las nubes, que la carrera

de la gacela trepando sobre las montañas, que la caída de la piedra precipitada desde lo alto hacia la tierra, que la vivacidad de la llama que se agita en los aires, que la violencia del viento que empuja las nubes y la velocidad del rayo que las surca al mismo tiempo de Oriente á Occidente; emociones inefables que Vos tuvisteis la dicha de experimentar, cuando el Verbo de Dios os eligió entre todas para ser su Madre, y cuando tomando carne en vuestro casto seno hizo bajar allí con Él á todo el cielo. Por estos movimientos enteramente celestiales de vuestro corazón, rogamos, pedimos á ese compasivo corazón. ¡Dignaos oírnos, y sednos propicia, oh vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por aquella salutacion insigne y verdaderamente angelical del bienaventurado Arcángel Gabriel, al venir á anunciaros la realizacion de aquel inefable misterio, cuando diputado por el cielo os dirigió aquellas palabras divinas, que en aquel momento os turbaron, pero cuya memoria os llena en el dia de una santa alegría: «Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mujeres: hé aquí que concebirás en tu seno y darás á luz un Hijo, y le llamarás Jesús...» Momento afortunado en que la tierra comenzó á revivir, en que el cielo se estremeció de una santa alegría: pero momento terrible que hizo rugir de espanto hasta en sus profundidades á los abismos del infierno. Por esta angelical salutacion, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazón. ¡Dignaos oírnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, María!

VI.

Por las santas é inefables vibraciones que agitaron vuestro corazon cuando resonó en vuestros oidos por la primera vez el dulcísimo nombre de Jesus, de aquel Jesus á quien entónces concebíais en vuestro seno y que debíais bien pronto dar á luz y llamarle vuestro Hijo; de aquel Jesus, cuyas grandezas os habia anunciado el Ángel; que debia ser llamado el Hijo del Altísimo, Hijo de Dios; á quien el Señor debia de dar el trono de David su padre, para que reinara sin fin sobre la casa de Jacob. Por todas esas santas emociones que escitó en vuestro corazon el dulcísimo nombre de Jesus, pedimos y rogamos á ese compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por esta adorabilísima operacion, por las deliciosas impresiones de vuestro corazon, cuando el Espíritu Santo, este divino agente, vino á realizar en el santuario de vuestro seno la obra del triple misterio que se os habia anunciado, formando en el momento de vuestra sangre virginal el cuerpo infinitamente puro de Jesus vuestro Hijo; infundiendo en seguida en los órganos mortales, es verdad, pero perfectamente intactos, una alma bienaventurada que crió de la nada; asociando por último á esta alma humana, á este cuer-

po material la misma naturaleza divina ; consorcio admirable por el cual fueron unidas indisolublemente en una misma y sola persona , y sin confundirse , aunque esencialmente diferentes , y quedaron perfectamente distintas , aunque indivisiblemente unidas al limo de la tierra , la sustancia de la vida , la misma esencia de la divinidad. Por todas estas maravillas rogamos , pedimos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

VII.

Por las inefables emociones de vuestra alma y los éxtasis arrobadores que vinieron á inundar vuestro immaculado corazon , cuando por la primera vez sentisteis dar saltos de gozo en vuestro seno virginal á Jesus , vuestro Hijo único , á este mismo Hijo que Dios Padre lleva tambien en su seno divino desde la eternidad , pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

Por el profundo recogimiento y piadoso silencio en que se encerró vuestra alma , sumergida ya en un océano de felicidad , y como agobiada bajo el peso de un inconmensurable amor , cuando se reconcentró en sí misma para contemplar allí sola y adorar el misterio

incomprensible por el cual Vos habíais llegado á ser bastante grande para encerrar dentro de Vos al Autor y Señor soberano de todas las cosas, rogamos y pedimos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por aquel reposo verdaderamente delicioso; por aquel deleitable sueño que gustó vuestro corazon dulcemente inclinado sobre el corazon de vuestro muy Amado, cuando durante nueve meses tuvieron vuestras castas entrañas la dicha de servir de primera cuna al Hijo del mismo Dios, y vuestro corazon, á su vez, pudo reposar sobre el corazon del Verbo hecho carne; pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por la sagrada union de vuestra alma con la de Jesus que llevábais en vuestro seno, union maravillosa que de vuestra mútua caridad formaba un solo foco de amor. Por esta santa union, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

VIII.

Por aquel santo apresuramiento con que fuísteis á visitar á vuestra prima Isabel, Vos, oh Vírgen Madre de Dios; por el divino Niño que llevábais en vuestro

seno ; vuestra prima fuera ya de la edad de llegar á ser madre , y sin embargo , entónces mismo en cinta como Vos ; Vos , cargada con el precioso cuerpo del Redentor ; vuestra prima á punto de dar á luz al Precursor , al heraldo de este divino Redentor ; visita admirable , en la cual , á vuestra entrada en aquella santa casa , á vuestras primeras palabras , Juan da saltos en el seno de su madre , en la cual Isabel , llena del Espíritu Santo , grita enagenada : « Vos sois bienaventurada entre todas las mujeres , y bendito es el fruto de tu vientre ; » añadiendo : « ¿ De dónde á mí tanta dicha , que la Madre de mi Dios venga á visitarme ? » En la cual ella os felicitó con estas otras palabras : « Vos sois bienaventurada , Vos que habeis creído ; porque las cosas que se os han dicho por el Señor se cumplirán en Vos » . Visita incomparable en la cual Vos misma , por último , dirigísteis á Dios estas alabanzas tan magníficas : « Mi alma glorifica al Señor... porque ha mirado la humildad de su sierva... porque ha hecho en mí grandes cosas... » Por esta santa visita , pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazón . ¡ Dignaos oírnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

Por los gozos enteramente celestiales de vuestro corazón , cuando Vírgen jóven , y Vírgen inocente é inmaculada , llevábais en vuestro seno , alimentábais con vuestra propia sustancia á aquel Fruto verdaderamente divino , la esperanza de todo el universo ; gustando así de las dulzuras de la maternidad en la dulce carga de vuestras entrañas , sin experimentar por esto los enojos

y los disgustos que la acompañan en las otras madres, pedimos, rogamos á este compasivo corazon ; Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

IX.

Por vuestra dichosa espectacion, cuando calculábais con una piadosa ansiedad el término fijado para vuestro parto, y cuando segura de vuestra perfecta virginidad, os prometíais el dulce nombre de Madre, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ; Dignaos escucharnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por vuestro sagrado parto, al cual no acompañó dolor alguno, y que estuvo exento de las consecuencias de aquel terrible anatema que se fulminó contra el nacimiento de todos nosotros ; porque no se dijo para Vos, Eva fiel y sin mancha : « Yo multiplicaré tus trabajos, y con dolor parirás tus hijos ». Pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ; Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por los santos trasportes de vuestra alma, cuando visteis aparecer en medio de un ejército de ángeles á aquel dulce y pequeñito Niño que salia apaciblemente del tabernáculo de vuestro cuerpo, trayéndoos á Vos, María, el título y nombre de Madre, á nosotros la es-

peranza de renacer á una nueva vida , pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

X.

Por el mérito sublime de vuestra pobreza , ¡ oh María , cuando en el momento de dar á luz en un rigoroso invierno á vuestro divino Hijo , nuestra luz y nuestra vida , os hallásteis en la cruel necesidad de darle á luz , no en vuestra casa , sino fuera de ella ; no en un palacio , á Él que era el Rey de los cielos y de la tierra , sino en un pobre establo ; y cuando en vez de ricas telas de púrpura no tuvísteis para envolverle sino miserables pañales ; y cuando le recostásteis , no sobre mullida cuna , sino en un pesebre frio y desnudo. Por el mérito de esta prodigiosa pobreza , pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

Por los santos deleites de vuestra alma cuando visteis la multitud de ejércitos celestiales que elevaban á Dios , y consolaban á los hombres con estos cánticos de una inefable armonía : « Gloria á Dios en lo más alto de los cielos , y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad ; » y cuando visteis llegarse á la cuna de vuestro querido Hijo , primero á los pastores , trayendo á su Salvador recién nacido , con los homenajes

de sus sencillos corazones, los frutos de sus campos, la leche y vellones de sus ovejas; y después de ellos á los Magos, aquellos hijos del Oriente, santos é ilustres personajes, á quien condujo la antigua estrella de Jacob hasta el pobre establo en donde reconocieron sin vacilar en vuestro Hijo á su Señor y su Dios, se prosternaron delante de Él para adorarle, y le ofrecieron aquellos ricos y misteriosos dones que habian traído para Él desde Saba sobre los dromedarios de Madian y de Epha... Por estos santos deleites de vuestra alma, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por aquella legítima afeccion de Madre que Vos experimentásteis, más viva mil veces que todas las otras madres, con respecto á Jesus, vuestro querido Hijo; y por las demostraciones de ternura é inefable amor con que os correspondió á su vez este divino Jesus, á Vos, ¡ oh Vírgen! su más querida Madre, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XI.

Por el sentimiento de felicidad, verdaderamente delicioso, que rebosaba en vuestro maternal corazon, y

que escitaba todas sus fibras cada vez que unís vuestros labios sobre los ojos tan hermosos y tan dulces de vuestro Hijo, aquellos ojos que eran espejo fiel de los vuestros; cada vez que contemplando la augusta presencia de este querido Hijo, y comparando su frente con vuestra frente, sus facciones con las vuestras, su boca con la vuestra, sus manos con vuestras manos, echábais de ver en todo la más perfecta semejanza. Por esta felicidad inesplicable, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por vuestros cuidados de Madre primeriza, al rededor de la cuna de vuestro muy querido Jesus, cuidados llenos de solicitud y de amor que no dejásteis de prodigar á este adorable Niño, sea cuando calentábais junto á vuestro seno sus miembros entumecidos por el frio; sea cuando cubriéndole amorosamente con vuestros brazos le apretábais contra vuestro corazon; sea cuando colgábais con un santo orgullo á Aquel mismo que con su dedo dirige el inmenso carro del mundo; sea finalmente cuando cubriendo con piadosos besos su semblante lloroso enjugábais con dicha de vuestros propios labios, secábais con vuestra misma boca las lágrimas divinas que corrian de sus ojos. Por todos estos tiernos cuidados, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por el delicioso suco de leche maternal que corria dulcemente del manantial de vuestro seno virginal, para alimentar á Aquel que da á todos el ser y la vida,

pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XII.

Por los sentimientos de ternura y de gratitud que os animaron respecto de vuestro casto esposo Joseph, por sus cuidados siempre diligentes y su perseverante atencion á tomar parte en vuestros trabajos, á dulcificar vuestras penas y vuestras fatigas; sobre todo cuando, en cumplimiento de una órden del cielo, le fué preciso levantarse con premura á media noche, tomar al Niño y á la Madre, sustraerse prontamente del furor impío de Herodes, trasladar al Egipto, á través de espantosos desiertos y por caminos impracticables, á ese pequeño Niño, toda nuestra esperanza, y depositar finalmente en lugar seguro ese precioso tesoro, á fin de que la muerte no hiriese ántes de tiempo á Aquel por quien sólo habíamos de salvarnos todos, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por la dulce satisfaccion de vuestro corazon al ver la fervorosa piedad, admirable y verdaderamente digna de los favores del cielo, con la cual en el Templo y en todas las demás partes, ese religioso Esposo mez-

claba sus oraciones , sus adoraciones y todos los demás homenajes de su santa alma con vuestras adoraciones, con vuestras súplicas y con las de vuestro divino Hijo, pedimos , suplicamos á vuestro compasivo corazon. ; Dignaos oirnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María.

Por vuestra humildad tan agradable á Dios , humildad profunda que os hizo no sustraer vuestro divino Hijo de la dolorosa ley de la Circuncision , y no sustraeros Vos misma de las rígidas ceremonias de la Purificacion; como si en ese Niño divino se hubiese hallado cosa alguna impura que quitar , Él cuya pureza debia de ser más que suficiente para lavar todas las impurezas del universo ; como si Vos misma hubiéseis tenido necesidad de alguna expiacion , Vos cuya maternidad ha sido más pura y más intacta que toda la pureza de las demás vírgenes. Por esta humildad sin igual , pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazon. ; Dignaos oirnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

XIII.

Por las tiernas caricias, los graciosos movimientos de alegría de vuestro querido Niño , y las dulces sonrisas que os devolvía cuando veníais Vos misma á sonreirle en su cuna , pedimos , rogamos á vuestro com-

pasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por los sentimientos de afecto que Él os manifestaba ya; sentimientos, es verdad, mudos todavía sobre sus labios, pero que Él se esforzaba para hacéroslo comprender con su expresion llena de ternura y de amor; por los mil besos maternales que dísteis á este Hijo adorable; por todos los pasos que anduvísteis llevando la carga, bien ligera y bien dulce, de esa Prenda infinitamente preciosa, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon, ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por las piadosas impresiones de felicidad de vuestra alma cuando este Niño bendito, ensayándose á balbucear nuestra lengua, os llamaba con su más dulce voz: ¡Madre mia! ¡Madre mia!... Pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por todas las demostraciones de ternura que recíprocamente os hicísteis Vos y ese divino Hijo; por todas las amables conversaciones de familia que con Él tuvísteis; por todos los coloquios más íntimos con que Él se dignó honraros. ¡Oh Dios, qué conversaciones tan celestiales! ¡Qué caricias tan angélicas! Pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XIV.

Por las crueles inquietudes que agitaron vuestro corazón maternal cuando buscábais por todas partes, y creíais perdido á vuestro divino Hijo, á quien ya habíais visto crecer, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazón. ¡Dignaos oírnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

— Por los cuidados tiernos y respetuosos que dispensábais á este Hijo único cuando comenzó á subir los escalones de la adolescencia mortal, y por los votos tan ardientes y tan puros que por Él hacíais, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazón. ¡Dignaos oírnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por el frío, por el calor, por la sed, por el hambre, por las vigiliass, por las privaciones de todo género; en una palabra: por todas las miserias de la vida humana que tuvo que sufrir, y por las cuales quiso, Vos lo sabeis, Vos fuísteis testigo de ello, pasar hasta la última, para santificarlas todas, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazón. ¡Dignaos oírnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por las santas labores de vuestras manos; por la piadosa industria de que os fué preciso hacer uso, Madre pobre, para atender á las necesidades de vues-

tro divino Hijo, que habia querido hacerse pobre por nosotros, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XV.

Por aquella alegría interior que en Caná de Galilea se insinuó secretamente en vuestro corazon maternal, cuando por una indicacion vuestra, y jamás alguna indicacion vuestra ha sido desairada, ese Hombre-Dios que Vos, pobre y mortal, habíais dado al mundo, manifestó por la primera vez y de la manera más maravillosa que era verdaderamente el Hijo del Todopoderoso; por esta alegría, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por tantos otros y tan prodigiosos milagros como obró este Hijo adorable sobre los corazones, los espíritus y los cuerpos de los hombres, ó sobre los elementos de la tierra, de la mar y de los cielos, ¡qué digo! Hasta sobre la misma muerte, hasta sobre los infiernos; milagros tan brillantes y tan numerosos, que á la vista del que los habia obrado, una mujer, cierto dia, gritó de en medio de una inmensa muchedumbre: ¡Oh! ¡Bienaventurado el seno que os ha llevado! ¡Oh! ¡Bienaventurados los pechos que os han dado

de mamar ! Por todos estos milagros y por aquel grito de admiracion que debió hacer rebosar de gozo á vuestro compasivo corazon , le pedimos y rogamos ! ¡ Dignaos oirnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

XVI.

Por los asíduos y tiernos cuidados que prodigásteis á vuestro santo esposo Joseph en la hora de su bienaventurada muerte , y por los dulces gozos y los numerosos é inefables consuelos que él recibió cuando en aquel momento supremo vió de pié , á la cabecera de su cama mortuoria , á un lado al divino Jesus , su Hijo adorable ; al otro á Vos misma , ¡ oh María ! su venerada Esposa , ambos á dos empeñados á cual más en colmarle de toda suerte de bendiciones , y en darle pruebas sin número del más ardiente amor , pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazon . ¡ Dignaos oirnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

Por los deberes fúnebres que cumplísteis piadosamente con su santo cuerpo , después de su dulce y preciosa muerte , mientras que su bienaventurada alma entraba en posesion de la celestial herencia y de aquella supereminente gloria y enteramente personal y singular , que con tanta justicia merecian sus sublimes

prerogativas y las brillantes virtudes con que se habia enriquecido en vuestra santa sociedad y en la de vuestro adorable Hijo, pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos atendernos , y sednos propicia, oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

XVII.

Por todos los dolores de vuestro Hijo , dolores que vuestro amor maternal os hizo tan generosamente compartir con Él , á fin de que si debíamos ser salvados por el Hijo , no pueda decirse que lo somos sin la Madre , pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

Por las lágrimas que derramásteis con Jesus cuando le visteis derramarlas muchas veces , tan amargamente , por nuestras malicias é infidelidades , pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

Por los tormentos que vuestro corazon experimentó durante las angustias á que quiso ofrecerse voluntariamente Jesus , vuestro divino Hijo , cuando en el Huerto de las Olivas cayó en agonía por nosotros y un sudor sangriento le inundó desde la cabeza hasta los

piés, pedimos, rogamos á vuestro compasivo corazón.
¡Dignaos oírnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre
de Dios, oh María!

XVIII.

Por vuestra pena cruel y por la dolorosa confusion
de vuestro Hijo, cuando este Cordero sin mancula,
aprehendido brutalmente y con algazara por sayones
sacrílegos, como si fuese un detestable parricida, fué
conducido de tribunal en tribunal, en medio de los
injuriosos clamores del populacho; y por la profunda
ignominia de que fué cubierto, cuando á la odiosa
deposicion de falsos testimonios creyó deber responder
con el silencio, pedimos, rogamos á vuestro compa-
sivo corazón. ¡Dignaos oírnos, y sednos propicia, oh
Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por los dolores interiores que os hicieron experimen-
tar todos esos odiosos insultos, todas esas horribles
vociferaciones de una muchedumbre ciega é insensata:
«No, no, á ese, sino á Barrabás!... ¡Salve, Rey de
los judíos!... ¡Profetiza ahora!... ¡Y bien! ¿Qué es-
peras?... ¡Sálvate á tí mismo! ¡Desciende, pues, de
la Cruz!» Y todas aquellas furiosas maldiciones lanza-
das contra Él: «Es digno de la muerte!... Sea cruci-
ficado!... ¡Muera! ¡Muera!... ¡Sea crucificado!...
¡Su sangre recaiga sobre nosotros!...» Rogamos, su-

plicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por aquellos golpes, por aquellas bofetadas con que le hirieron sangrientas manos, y por las salivas impías con que se cubrió el santo rostro de ese tierno Hijo, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XIX.

Por vuestra profunda desolacion, cuando infames ligaduras ataron á la columna á Aquel que venia á romper las ligaduras de todos los crímenes de la tierra; cuando todos sus miembros fueron cruelmente destrozados por los azotes de sus verdugos y cuando Vos visteis manar á mares de todo su cuerpo su divina sangre, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por la angustia que padecisteis cuando manos sacrílegas vistieron por burla á vuestro divino Hijo una túnica de púrpura; cuando le pusieron entre las manos aquella caña cruel con que acababan de herir su adorable cabeza, y una corona de escarnio, cuyas espinas aceradas penetraron hasta el fondo de vuestro co-

razon, traspasando por todas partes la sagrada cabeza de vuestro Hijo, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por los sufrimientos á que os abandonásteis cuando oísteis pronunciar la más inicua de todas las sentencias, la sentencia de muerte contra el más inocente de todos los hombres, y cuando entrásteis en esa via dolorosa que debia venir á parar al Calvario, en donde Vos misma íbais á ser testigo, Madre desventurada, del infame suplicio de vuestro Hijo único, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por el misterio de dolor que tuvo lugar en vuestra alma cuando guiada por los rastros de sangre con que vuestro Hijo regaba el camino del Calvario, encontrásteis á ese Hijo divino, abatido bajo el peso de su Cruz, maltratado y brutalmente arrastrado por un tropel de soldados furiosos, y perseguido por los clamores de un pueblo ingrato, sobre el cual sus manos no habian esparcido sino beneficios. Por el absintio y la hiel con que fué embriagado vuestro corazon maternal, cuando vuestras miradas, en aquella cruel circunstancia, vinieron á encontrarse con las de Jesus, vuestro adorable Hijo, sin que os fuese permitido estrecharle entre vuestros brazos, que en vano extendíais hácia Él, bañarle con vuestras lágrimas, hacer llegar hasta Él este grito de Madre: ¡Hijo mio!... ¡Hijo mio!... Méenos todavía, ¡ay! arrancarle de las manos

de aquellos verdugos impíos, que se encarnizaban sobre esta inocente y silenciosa víctima!... ¡Ah Maria! Por aquellos dolores cuya amargura no es posible al espíritu humano comprender, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos escucharnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XX.

Por los intolerables dolores que Vos misma experimentásteis cuando se tiró de Él, cuando se extendieron con violencia los sacratísimos miembros de vuestro amadísimo Jesus, y se taladraron cruelmente con clavos sus manos creadoras y sus inocentes piés, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por el horrible quebranto de vuestro corazon maternal, herida espantosa cuya profundidad Vos sola podreis decirnos, cuando vísteis elevarse de la tierra esa Cruz fatal, y con ella á Jesus colgado entre el cielo y la tierra, en medio de dos criminales, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por aquella palabra que os conmovió hasta el fon-

do de vuestras entrañas, y con la cual se estremecieron todos vuestros huesos: *¡Eloï, Eloï, lamma sabacthani!*... es decir: «¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Por qué me habeis desamparado?» y por los doloridos lamentos, cuando habiendo visto alejarse tímidamente á sus amigos, y mantenerse apartados, y cuando permaneciendo Vos de pié junto á la Cruz de Jesus, Vos, ¡su Madre!... prorrumpísteis medio muerta en estos tristes lamentos: «¡Lloro sobre Vos, oh Hijo mio! ¡Lloro sobre Vos, oh el más bello, el más amable de todos los Hijos!... ¡Hijo mio, mi amado Hijo, quién pudiera ofrecer mi vida por la vuestra!...» Por ese llanto verdaderamente desgarrador, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazón. ¡Dignaos oírnos, y sednos propicia, oh Virgen, Madre de Dios, oh María!

XXI.

Por aquellas palabras más penetrantes que una espada de dos filos, y con la punta doblemente acerada, palabras que penetraron hasta el fondo de vuestro corazón, hasta lo más recóndito y más íntimo de vuestra alma: «¡Mujer... hé ahí tu Hijo!...» Palabras desoladoras por las cuales Juan debía reemplazar para con Vos á Jesus! ¡El siervo en lugar del Señor, gran Dios! ¡El discípulo en lugar del Maestro! ¡El hijo del Zebe-

deo en lugar del Hijo del Eterno! ¡ Un hombre, un pobre mortal en lugar del verdadero Dios! ¡ Ah! Por esta conmutacion punzante, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por la espada de dolor que os predijo en otro tiempo aquel venerable anciano con acento profético, cuando intimó á vuestro corazon de jóven Madre aquella terrible prediccion: «¡ Oh, cuántas heridas debe recibir vuestro corazon, Vírgen Santa! ¡ Para cuántos dolores no estais reservada!... ¡ Un dia... ese Niño que teneis en vuestros brazos, oh demasiado desventurada Madre, algun dia ese Niño vendrá cual tierno Cordero á teñir con su sangre ese sagrado altar!...» Espada cruel, cuyos rudos golpes experimentaron vuestras maternales entrañas cuando á aquel grito de Jesus: «¡ Sed tengo!...» impíos verdugos arrimaron á su boca una esponja empapada en hiel y vinagre; por esta profunda herida, pedimos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XXII.

Por vuestro quebranto y profunda desolacion, inmensa como el mar; herida horrorosa bajo la cual, ¡ oh Vírgen, oh Hija del pueblo de Dios! fuiste hor-

riblemente pulverizada; por vuestro dolor sobre todo dolor; por la perturbacion violenta de vuestras entrañas; por el trastorno de vuestro corazon dentro de Vos misma, cuando atormentada por las angustias, sumergida en horribles tinieblas, oísteis aquel gran grito de Jesus: «Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu;» y aquel otro grito, el último de todos, el grito supremo: «¡ TODO ESTÁ CUMPLIDO!... » y cuando entreabriendo los ojos vísteis... ¡ah! ¡ vísteis aquella sagrada cabeza inclinada por la muerte!... lo que os arrancó aquellas tristes palabras que en vuestra pesadumbre dirigíais á todos los circunstantes: «Oh vosotros, cuantos pasais por el camino, paraos y considerad si hay un dolor comparable á mi dolor!...» Por estos inesplicables dolores, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Virgen, Madre de Dios, oh María!

XXIII.

Por aquel manantial adorabilísimo que salió á vuestra vista del costado sagrado de Jesus muerto en la Cruz; manantial profundamente misterioso de donde corrieron aquella agua destinada á purificarnos, y aquella sangre que debia volver á nuestro espíritu el vigor y la vida, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos escucharnos y sednos propicia, oh Virgen, Madre de Dios, oh María!

Por el ardiente deseo que teníais de la redención del género humano ; deseo sin límites , que , á pesar de los indecibles dolores que experimentábais por los padecimientos de vuestro Hijo , os dejó sin embargo el sublime valor , la incomparable generosidad de ofrecer en holocausto á Dios Padre , y á vuestro Hijo único , y á Vos misma , toda entera con Él , á fin de realizar con el precio de este inmenso sacrificio la obra de nuestra salud , pedimos , rogamos á vuestro compasivo corazón . ; Dignaos oírnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

Por el mérito de vuestra fe , fe tan fuerte , tan inquebrantable , que mientras todos los discípulos , aturridos de estupor , permanecían en la perplejidad y la duda por la muerte de su Maestro , Vos sola , meditando secretamente dentro de Vos misma sobre el misterio de nuestra Redención , no cesásteis un solo instante de conservar una firme esperanza , ¡ qué digo ! la seguridad de la Resurrección de Jesús vuestro Hijo . Por el mérito de esta admirable fe , rogamos , suplicamos á vuestro compasivo corazón . ; Dignaos escucharnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

XXIV.

Por el regocijo de vuestro corazón , que ninguna voz humana podría explicar , cuando vuestro amadísi-

mo Jesus, triunfante de la muerte, lleno de vida, y en adelante inmortal, se ofreció á vuestra vista por primera vez, todo resplandeciente de luz, cargado de ópimos despojos y rodeado de trofeos eternos, rogamus, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vígen, Madre de Dios, oh María!

Por la alegría de vuestro espíritu, cuando vísteis difundirse con brillantez por todo el universo el nombre santísimo de vuestro Hijo único, y cuando tuvisteis el inmenso consuelo de saber que ese divino Hijo, que Vos sola habíais podido concebir en vuestro seno, segun la carne, cuando quiso hacerse hombre, estaba ya concebido místicamente, segun el espíritu, por tantos millares de inteligencias y corazones, rogamus, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos escucharnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por los ardientes suspiros, por los santos deseos, por las súplicas infinitamente puras que dirigíais al cielo, cuando Jesus vuestro Hijo subió á él; por las bienaventuradas lágrimas que derramásteis tan abundantemente sobre la tierra en donde quedábais todavía desterrada, cada vez que recordábais las relaciones consoladoras que habíais tenido con Él; ó cuando encontrándoos con sus amigos y discípulos os ocupábais del admirable designio de la Redencion de los hombres, y os referíais mutuamente, ora las palabras, ora las acciones tan misteriosas del bendito Salvador. Por aquellos suspiros, aquellas lágrimas y aquellos dulces

recuerdos, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Virgen, Madre de Dios, oh María!

Por el santo éxtasis con que fué arrobada vuestra alma en el dia memorable de Pentecostés, cuando presidiendo en el Cenáculo la asamblea de los Apóstoles y discípulos, sumergidos como Vos en la oracion, y suspirando por la venida del Paráclito, tuvisteis nuevamente la dicha de ser visitada por este mismo Espíritu Santo, que ya habia obrado en Vos cosas tan maravillosas, haciéndoos el instrumento del más profundo de todos los misterios, y que en esta ocasion descendió sobre vuestra cabeza en una lengua de fuego, y sobre vuestro corazon en un foco de luz y de amor, á fin de que llegáseis á ser á la vez el oráculo, la guia y el apoyo de la Iglesia naciente; por este éxtasis, conocido solamente en el cielo, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Virgen, Madre de Dios, oh María!

XXV.

Por vuestras piadosas peregrinaciones, ya acompañadas de un dulce rogocijo, ya mezcladas de una santa tristeza, cuando íbais á ver de nuevo, con una religiosa asiduidad, los santos lugares ilustrados por alguna accion de vuestro Hijo, rogamos, suplicamos á vues-

tro compasivo corazón. ¡ Dignaos oírnos , y sednos propicia , oh Virgen , Madre de Dios , oh María !

Por los secretos coloquios que teníais con Vos misma , cuando sola , errando en el campo , os decíais : « Aquí es , en este pesebre , en donde mi Niño divino me hizo oír sus primeros vagidos... Aquí es , en el Templo , en donde tuve la dicha de volver á hallarle en medio de los doctores de la Ley ; allá , en aquella sala , en donde convirtió el agua en vino y restituyó la alegría á los convidados ; ha sido bautizado en esta ribera del Jordan ; en este desierto es en donde ha cumplido su largo ayuno ; en esta soledad donde con tan poco pan satisfizo á la inmensa muchedumbre que le seguia ; en este sitio fué en donde refirió las pátéticas parábolas de la oveja descarriada y del pródigo arrepentido ; hé aquí la montaña en donde se sentó para revelar las ocho bienaventuranzas y dar tantas otras santas doctrinas ; frecuentemente se le ha visto pasear debajo de este pórtico ; aquí es en donde Leví le admitió á su mesa ; aquí , en donde visitó á Marta y María ; allá , en donde llamó , para que le siguiesen , á Pedro y á Andrés su hermano ; este suelo ha sido frecuentemente regado con sus lágrimas . ¡ Terrible era su mirada cuando echó fuera del recinto del templo á los vendedores ! ¡ Cómo se le vió palidecer , luégo temblar en Sí mismo , y después llorar , cuando devolvió á sus hermanos , lleno de vida , á Lázaro su amigo ! Aquí mismo se hallaba cuando volvió la vista al ciego ; al lado de este pozo , fatigado del camino , se paró para descansar ; á mí sola , en este lugar , dijo tales pala-

bras, confió esta pena; en este cenáculo es en donde dió la mayor prueba de su amor, amor escesivo para con los hombres, cuando por una maravilla inaudita, por un prodigio mil veces admirable, capaz de asombrar el cielo y la tierra, trasformó el pan en su cuerpo adorable y el vino en su preciosa sangre, comunicándose así Él mismo, todo entero, cuerpo, alma, divinidad, á nosotros desde luégo, y á todos los hombres, hasta la consumacion de los siglos, para servir de alimento á nuestras almas; por aquí se le condujo cargado de crueles ligaduras; allí es donde fué ¡ay! suspendido del árbol de la Cruz; precisamente en este paraje es donde se me apareció; este es el lugar en donde nos dió su último adios, en el momento de subir al lado de su Padre; allí es, en aquella casa, en donde hizo descender sobre nosotros el Espíritu Santo, Espíritu del Padre y suyo». Por todos estos caros y dichosos recuerdos que os representaban á vuestro Hijo con más vivacidad tal vez que cuando teníais la dicha de verle en su cuerpo mortal, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazón. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XXVI.

Por los frecuentes mensajes de los ángeles cerca de Vos, y vuestros familiares coloquios con ellos, cuando, según la piadosa creencia de los Santos, descendian

desde el cielo para traer los favores de vuestro Hijo, y se volvian á subir allí para llevar al Hijo los votos y suspiros de su Madre, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

— Por vuestro santo despego de la vida mortal, y vuestros vehementes deseos de estar libre de los lazos de acá abajo, para ir á gozar con vuestro Hijo en la eternidad, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos oirnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XXVII.

Por las vivas aspiraciones de vuestra alma y los suspiros inflamados de vuestro corazon, cuando suplicábais en estos términos ser admitida al punto á la presencia de Dios, en la mansion de la vida eterna: « Durante toda la noche de estos dias mortales, mi alma ha suspirado por Vos, Señor; mi alma os ha suplicado, pues, Vos lo sabeis, no he hallado mi reposo y mi dicha acá abajo. ¡Solo Vos, oh Dios mio, solo Vos sois mi gloria y mi felicidad! Mis ojos han sido arrasados de lágrimas, y mis llantos no han cesado; y no descansaré, Señor, hasta que no me hayais, en fin, mirado desde el alto cielo, y no hayais visto mi tristeza y mis displicencias. ¡Oh Dios mio! ¡Querido Hijo mio!



¡ Muévaos mi angustia ! ¡ Abrid los cielos ! ¡ Echad sobre Mí una de vuestras miradas ! ¡ Dignaos visitar á vuestra desterrada Madre ! ¡ Ay ! ¡ Mis ojos se han cansado á fuerza de mirar á lo alto ! ¡ Cuántos tormentos sufro , Señor ! Sí , se ha apurado la luz de mis ojos , esperando el efecto de vuestras promesas ; mis quejas miradas os dicen incesantemente : ¡ Oh Dios mio , cuándo pues , me consolareis en fin ? Yo espero , Señor , espero mi dichosa trasformacion ! ¡ Oh ! ¡ Cuánto más ventajosa me es la muerte que la vida ! ¡ Quién me diera alas de paloma para volar y marcharme á descansar en el seno de mi muy Querido ! Mi alma suspira con ardor por Vos , Señor ; todo mi ser , mi cuerpo mismo aspira á perderse en Vos... ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! ¡ Oh ! ¡ Qué largo es mi destierro ! ¡ Cuánto tiempo permanece mi alma cautiva ! ¡ Sacad , Señor , sacad sin tardar más á esta pobre alma de la dura prision en donde gime , para que vaya á glorificar vuestro nombre en los cielos ! ¡ Ved , hasta los mismos justos esperan que me llameis hácia Vos ! ¡ Aparezca yo en vuestra presencia , Señor , y la vista de vuestra gloria colme , en fin , todos mis deseos ! » Por todas estas aspiraciones , y tantas otras , rogamos , suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos escucharnos , y sednos propicia , oh Vírgen , Madre de Dios , oh María !

XXVIII.

Por la bienaventurada muerte que os libró por último de todas las miserias de esta vida, muerte infinitamente santa, que no dejó separada un solo instante vuestra alma de vuestro Hijo único; muerte privilegiada en la que este divino Hijo ni aun permitió que vuestro cuerpo virginal conociese la corrupcion del sepulcro, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazón. ¡ Dignaos oírnos, y sednos propicia, oh Virgen, Madre de Dios, oh María!

Por las gozosas aclamaciones de los apóstoles y discípulos, á la vista de vuestra admirable resurreccion, y de vuestra gloriosa Asuncion á los cielos: « Sube desde el Líbano, Esposa del Señor, sube al cielo y vé á recibir allí tu corona! ¡ Eres la gloria de Jerusalem, eres la alegría de Israel, eres el honor de nuestro pueblo! Bendito sea el Señor que debe hoy glorificar tu nombre de tal modo que en adelante todas las bocas no cesarán de celebrar tus alabanzas. ¡ Revístete, revístete de esa vestidura de gloria eterna que Dios debe darte en este dia! Porque el Señor te va á adornar hoy con el manto de la Santidad; va á colocar sobre tu cabeza la corona de la gloria eterna. Tú misma serás una Corona de gloria en las manos del Señor; tú serás una Diadema real en las manos de tu Dios; por-

que en Tí ha colocado el Señor todas sus complacencias. ¡Príncipes que estais al cuidado de la celestial Sion, abrid vuestras puertas; abríos, puertas eternas! La Reina del cielo se adelanta; va á entrar para llenar de admiracion con su presencia á toda la asamblea de los santos, y para recoger de los elegidos las justas alabanzas que merece; abrid pues vuestras puertas, Príncipes de la milicia celestial; ¡puertas eternas, abríos: la Reina de los cielos va á entrar! ¡Sus incomparables virtudes la preceden; la gloria del Señor se prepara á recibirla, y el Señor va á llenar su alma de todos los resplandores de los cielos! ¡Cuán bella estará! ¡Cuán magnífica será su entrada en el reino del Eterno!» Por estas alegres aclamaciones y aun otras mil, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazón. ¡Dignaos escucharnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XXIX.

Por los gozosos aplausos de toda la santa region de bienaventurados, cuando la milicia celestial, en batallones ordenados, y al son de himnos y cánticos, salió á recibiros á los límites del desierto de este miserable mundo; y cuando estando envuelta por una nube de luz, Vos que ya teniais el sol por vestido, la luna por peana, y por corona doce brillantes estrellas, ella os

acompañó hasta el trono de vuestro Hijo, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos escucharnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

Por el sublime honor que recibísteis en aquel solemne momento, honor tal que llenó de admiracion aun á los mismos habitantes de los cielos, ¡porque vieron al Rey, al Rey inmortal, vuestro Hijo, levantarse Él mismo para salir á vuestro encuentro! ¡Viéronle inclinarse ante Vos! Después, estando sentado en su trono, hizo colocar para Vos, su Madre, un segundo trono, junto al suyo, y os hizo sentar á su derecha, á fin de que se supiera que habíais encontrado gracia y favor delante de Él, más que todas las otras mujeres. Después, finalmente, poniendo sobre vuestra cabeza la diadema real, os proclamó Reina y os dió imperio y poder sobre todas las cosas; por estos incomparables honores, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos escucharnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XXX.

Por vuestra gloria muy sublime, por vuestra inefable felicidad, dignamente celebrada por estos cánticos del poeta cristiano:

«Ella habia revestido de su carne y de su sangre al

Verbo divino; el Verbo, á su vez, la reviste de su propia luz.

» El Verbo, que estaba oculto bajo el velo de la carne en María, se descubre ahora claramente á sus ojos, y la sacia con toda la plenitud de su divinidad.

» María habia alimentado con su leche virginal á el Hijo de Dios, y el Hijo de Dios se hace al presente el inmortal alimento de María.

» Tanto como María gustó sobre la tierra de vivir oculta en su pobre morada, otro tanto brilla ahora en las gloriosas mansiones de la nueva Jerusalem.

» La felicidad del Hijo de María es reemplazar en el cielo, por una luz centelleante, la profunda oscuridad con que su Madre amó tanto encubrirse sobre la tierra.

» Ella no se atribuia acá abajo sino el humilde nombre de sierva; y hé aquí que ahora reina llena de gloria sobre toda la corte celestial.

» El amor para con su Hijo la hizo sufrir mil muertes crueles sobre la tierra; pero hoy, nada de temor, nada de dolores: Ella vive triunfante con su Hijo y por su Hijo.

» María reside en los cielos, muy sobre todas las celestiales inteligencias; María no ve sobre Sí más que al Dios que tiene en su mano el rayo.»

Por esta admirable gloria, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡ Dignaos escucharnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XXXI.

Por los piadosos sentimientos de vuestro espíritu y los santos estremecimientos de vuestra alma, cuando, desde lo alto del trono en donde estábais sentada á la diestra de vuestro Hijo, le ofrecísteis este magnífico tributo de accion de gracias: « Querido Hijo mio, Vos me habíais desde luégo dado en herencia numerosísimas y amarguísimas tribulaciones; pero una sola de vuestras miradas ha bastado para consolarme. No hace sino un momento que las naciones vecinas de Sion veian todavía correr mis lágrimas, que oian mis gemidos: que vean al presente, que consideren de qué dicha el Señor mi Dios ha sabido colmarme! Porque el Padre de mi Hijo divino me ha dicho: Ven, Hija mia, ven á recibir la herencia reservada á mis Elegidos. Héme aquí, pues, ahora elevada como un cedro sobre el Líbano, como un ciprés sobre la montaña de Sion, y mi habitacion está para siempre asegurada en la Santa Ciudad! Las hijas de Jerusalem han visto Mi gloria, me han proclamado bienaventurada, me han colmado de alabanzas, porque el Señor ha obrado en mí grandes cosas. El Señor me ha revestido de una incomparable belleza; y hé aquí que todos los ojos reconocen en Mí la más brillante de todos sus criaturas. Señor, sobre la tierra, Vos me habeis conducido de la mano en

vuestros santos caminos; hoy me recibís en la mansion de vuestra gloria. Habeis cambiado mis dias de luto en dias de regocijo; habeis hecho pedazos el cilicio en que estaba envuelta, y me habeis revestido de alegría. Me habeis adornado con el manto de la justicia, como se adorna una esposa con su corona, como se atavía una esposa con sus ricos diamantes. Ahora, Señor, sólo me resta descansar en la ciudad santa, en la celestial Jerusalem, en donde Vos acabais de establecer la silla de mi poder. Hé aquí que ya profundas raices me fijan en medio de los dichosos habitantes á quienes al Señor plugo glorificar; mi herencia está en el cielo, y mi morada, en adelante eterna, en la asamblea de los Santos. ¿Cómo, pues, Señor, cómo dejaré de cantar por siempre y en los siglos de los siglos vuestras infinitas misericordias?» Por estos vivos y tiernos testimonios de vuestro reconocimiento, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo corazon. ¡Dignaos escucharnos, y sednos propicia, oh Vírgen, Madre de Dios, oh María!

XXXII.

En fin, ¡oh María! por vuestra bondad tan conocida para con los hombres, bondad incansable, que nada entibia, que nada es capaz de debilitar, y por nuestras miserias tan profundas y numerosas, miserias que

siempre sabeis aliviar y curar tan bien, como tenemos gusto de publicarlo, nosotros que tantas veces lo hemos experimentado felizmente.

¡ Oh María! Por la inesplicable dulzura de vuestro corazón, que os lleva sin cesar á tomar parte en nuestras necesidades, en nuestras enfermedades, en nuestras aflicciones, y por estas necesidades tan urgentes, estas enfermedades tan graves, estas aflicciones tan desesperantes que nos privan de toda fuerza, todo vigor, toda energía, y que dejan en nuestras almas un vacío, una debilidad, un desaliento casi mortales.

¡ María! Por el delicioso descanso y las alegrías inefables que gustais en el cielo, en donde reinais en la gloria, los resplandores y la más perfecta felicidad, sin conocer las miserias de este mundo más que para condoleros en favor de los desgraciados y bendecirnos á nosotros, pobres caminantes sobre esta tierra de destierro, y por los rudos trabajos, las penosas privaciones, las amargas lágrimas y los agudos dolores, que son, ¡ ay de mí! acá abajo, nuestro pan cotidiano, nuestra bebida y nuestra vida.

¡ María! ¡ María! Por vuestra misericordia sin igual, misericordia tan grande, tan maravillosa, que nada puede agotar: ni nuestra indiferencia, ni nuestras ingraticudes, ni nuestras criminales rebeliones, ni las más horribles manchas de nuestras almas; de suerte que el título que parece preferís á todos los demás es el de Madre de Misericordia y Refugio de pecadores; y por nuestras iniquidades y crímenes sin fin, que tantas veces han alarmado á vuestra maternal solicitud, en-

tristecido y desconsolado vuestra alma, traspasado
vuestro corazon y renovado vuestros dolores y vuestras
angustias.

¡ Ah ! Por tanta bondad, dulzura, mansedumbre de
vuestra parte, y tantas miserias y malicias de la nues-
tra, rogamos, suplicamos á vuestro compasivo cora-
zon. ¡ Dignaos escucharnos, y sednos propicia, oh Vir-
gen, Madre de Dios, oh María !

EPÍLOGO.

I.

Hoy, desde el fondo de este valle de lágrimas en donde desdichados hijos de Eva vivimos desterrados, gritamos á Vos, oh gloriosa Reina del cielo, os enviamos nuestros suspiros, nuestros gemidos y nuestras lágrimas. ¡ Ah! ¡ Dignaos volver hácia nosotros vuestras miradas llenas de misericordia, oh Vos, nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza!

Desde lo alto del cielo, en donde Vos reinais en la gloria, dejad caer sobre la tierra algunos rayos de vuestra luz. La tierra no puede olvidar que en Vos ha dado al cielo su más rico tesoro: ¿ el cielo no nos dará en cambio los más preciosos dones?

En medio del enagenamiento perpétuo que os causan la vista y posesion de Dios, no os desdeñeis de acordaros que acá abajo teneis una familia que os está unida por los vínculos de la sangre; porque Vos habeis sido nuestra Hermana; Vos, que habeis llegado á ser Madre del gran Dios que lanza el rayo.

Reina del mundo, ¡ oh Virgen María, Protectora de todos aquellos que os invocan, Refugio seguro de po-

bres pecadores, presentad nuestras oraciones y nuestros votos á vuestro Hijo. Lo sabemos: una Madre cual Vos jamás puede sufrir un desaire.

Y pues que gustais tambien de ser llamada nuestra Madre, mostrad, oh Vírgen santa, mostrad que sois verdaderamente para nosotros una Madre de misericordia. ¡Vuestras dulces oraciones están siempre tan seguras de calmar la ira de Dios á quien nuestros crímenes han irritado!

Tomad, pues, cerca de vuestro Hijo la defensa de un desdichado pecador. Apartad, apartad su cólera, que mis iniquidades han provocado. Reconciliad un corazón, que se declara culpable, con ese Supremo Juez al cual Vos habeis alimentado con vuestra leche, á fin de que alumbrado con su divina luz, sepa yo en adelante discernir con seguridad lo que puede arrastrarme al mal de lo que debe conducirme al bien; y que fortificado por su gracia, procure yo constantemente hacer cuanto conozca le agrada, y que al contrario aborrezca soberanamente y evite con diligencia cuanto pueda ofenderle.

Oh María! Mi poderosa Abogada, alcanzadme, os suplico, alcanzadme de vuestro divino Hijo este singular favor, que yo deteste de todo corazón, con todo el poder de mi alma, mis ingratitudes y mis infidelidades pasadas, y que en adelante, á imitacion vuestra,

no tribute admiracion y amor más que á Jesus, á Jesus solamente. Alcanzadme que trabaje en imprimir tan vivamente dentro de mí mismo su semejanza divina , que llegue á serme dulce el tomar la cruz y marchar en su seguimiento, llevándola con amor y perseverancia hasta el último de mis dias. Alcanzadme, en fin , un cambio de ideas , de sentimientos y de conducta tal , que hecho todo espiritual, no encuentre en lo sucesivo más que amargura y dolor en todo lo que lisonjeaba otras veces tan agradablemente en mí al hombre animal y carnal ; y viceversa , que encuentre felicidad en lo que otras veces me parecia un exceso de males , de suerte que ni el camino estrecho que nos ha enseñado vuestro Hijo, ni el atractivo de los placeres de la tierra, ni los huracanes de la desgracia, puedan nunca jamás abatirme ni hacerme volver á mis pasos.

Y pues que atravieso un océano lleno de escollos, en un esquife ¡ ay! tan frágil y tan débil, esquife en donde no desdeñó embarcarse un dia vuestro Hijo Jesus , os pido , oh santísima Virgen María , amable Estrella de los mares , os pido que después de haber obtenido de ese divino Hijo que mande á los vientos y á las irritadas olas que se calmen , Vos misma no ceseis de brillar á nuestra vista , hasta que tengamos la dicha de abordar, en fin , al puerto de la Jerusalem celestial, para allí gozar eternamente con Vos , oh Madre nuestra , de la feliz sociedad de vuestro Hijo.

¡ Amen ! ¡ Amen !

no tributo admiracion y amor mas que á Jesus, á Jesus
 solamente. Alcanzadme que trabaje en imprimir tan vi-
 vamente dentro de mí mismo su semejanza divina, que
 llegue á serme dulce el tomar la cruz y marchar en su
 seguimiento, llevándola con amor y perseverancia hasta
 el último de mis dias. Alcanzadme, en fin, un cambio
 de ideas, de sentimientos y de conducta tal, que hecho
 todo espiritual, no encuentre en lo sucesivo más que
 amargura y dolor en todo lo que desoye las otras ve-
 ces tan agradablemente en mí al hombre animal y car-
 nal; y viceversa, que encuentre felicidad en lo que
 otras veces me parecia un exceso de males, de angus-
 tas que ni el camino estrecho que nos ha enseñado vues-
 tro Hijo, ni el atractivo de las placeres de la tierra,
 ni los huracanes de la desgracia, puedan nunca jamás
 abatirme ni hacerme volver á mis pasos.

Y pues que atravieso un océano lleno de escollos,
 en un espante ¡ay! tan frágil y tan débil, espúrite en
 donde no desdén embarcarse un día vuestro hijo Je-
 sus, os pido, oh santísima Virgen María, amable Es-
 trella de los mares, os pido que después de haber ob-
 tenido de ese divino Hijo que manda á los vientos y á
 las irritadas olas que se calmen, Vos misma no ceséis
 de brillar á nuestra vista; hasta que tengamos la dicha
 de abordar, en fin, al puerto de la Jerusalén celestial,
 para allí gozar eternamente con Vos, oh Madre que
 es de la feliz sociedad de vuestro hijo.

¡Amen! ¡Amen!

MARÍA.

CUARTA PARTE.

VIRTUDES PRACTICAS DE LA VIDA DE MARIA.

Ama verdaderamente á Maria aquel
que procura imitarla.

(S. GERÓNIMO).

MARIA.

CUARTA PARTE.

VIRTUDES PRACTICAS DE LA VIDA DE MARIA.

Uma verdadeira Maria que
que procura imitar.
(S. Gerónimo).

PRÓLOGO.

Que no se me hable más, dice entre otros uno de vuestros más ilustres servidores, que no se me hable más de vuestra misericordia, oh bienaventurada Virgen María, si se halla alguno que habiéndoos invocado, no os haya encontrado accesible á sus súplicas.

Además, yo sé que el ser vuestro devoto, el llamaros, ¡oh María! es tener á su disposicion aquellas armas poderosas que Dios jamás deja de poner en la mano de aquellos á quienes quiere salvar. Yo sé que os basta pedir una sola vez en favor de alguno, para que este dichoso cliente jamás oiga pronunciar contra sí la eterna maldicion.

Yo sé que si todavía me resta un poco de esperanza, algunas últimas gracias que recibir, algún vislumbre de salvacion, no puedo hallarlo más que en Vos, no puedo recibirlo si no por vos.

Yo sé que es un medio seguro para no ver mis ruegos despreciados y desatendidos, el hacerlos llegar á Jesus por Vos; porque en Vos se hallan todos los tesoros de las misericordias del Señor, y porque Dios

no ha querido concedernos ningun favor que no pase por vuestras manos. Lo mismo que el rey Salomon á Bethsabé, os ha concedido el Rey del cielo ; oh grande y gloriosa Reina! todo lo que deseais, todo lo que le pedís.

Yo sé que después del nombre incomparable de Jesus, vuestro muy querido Hijo, el cielo y la tierra no conocen otro nombre que sea para las almas piadosas el principio de un socorro más poderoso y más seguro, el manantial de más abundantes consuelos, si no vuestro bendito nombre ; oh María!

Yo sé que es feliz aquel que se entrega á Vos sin reserva, porque vuestra benevolencia y vuestro apoyo servirán á su alma de un dulce y benéfico rocío ; ellos la refrescarán y le harán producir copiosos frutos de salud y de vida.

Yo sé que Vos sois á la vez la Escala, la Llave y la Puerta del cielo, el glorioso instrumento de rehabilitacion del mundo, la Restauradora de los siglos, la verdadera Mediadora entre Dios y los hombres ; que Vos sola, sin el socorro de ningun otro, podeis más que lo que pueden, todos juntos, los ángeles y los arcángeles, los Patriarcas y los Profetas, los mártires y los confesores, las vírgenes y todos los habitantes de los cielos.

Yo sé que cuando Vos guardais silencio, y no creéis

deber hablar por nosotros, es inútil que otros quieran hablar en favor nuestro, es inútil que otros ensayen en prestarnos algún apoyo; así como por el contrario, si Vos os dignais pedir, si os dignais venir á ayudarnos, es en vano que otros prueben á herirnos, en vano que busquen cómo hacernos daño. Tambien el desgraciado que se aleje de Vos, ¡oh María! y que os obligue á abandonarle, es necesario que perezca, debe perecer!... ¡Al contrario, el hombre que se acerca á Vos, y tiene la dicha de atraer sobre sí vuestra mirada, no puede perecer, es imposible que perezca!

Lo que yo sé, es que todos nosotros, errantes sobre esta tierra de peregrinacion, os hemos enviado delante á Vos, la Madre del Supremo Juez, y al mismo tiempo la Madre de misericordia; nosotros os hemos diputado cerca de Él para ser allí nuestra Abogada, y tratar eficazmente con Él por vuestras apremiantes oraciones el grave negocio de nuestra salvacion.

III.

Yo sé, por último, que Vos sois aquella brillante y notable Estrella que está constantemente levantada sobre el vasto y peligroso mar de este mundo; Estrella de salvacion, que debo no perder de vista si quiero no perecer en la tempestad; Estrella tutelar en la cual debo tener siempre fijos los ojos, cuando mi navecilla es agitada por los vientos de las tentaciones, cuando ella se ve entre los escollos de la tribulacion y de las

pruebas; poderosa Estrella, que yo debo invocar cuando me atormentan y me turban las agitaciones de la concupiscencia, y cuando las olas de las pasiones chocan furiosas sobre mi frágil barquilla y amenazan romperla y sumérgirla; Estrella benéfica, á quien yo debo recurrir con mis gritos cuando las olas del orgullo me levantan y arrastran, y cuando los peligrosos ataques de la carne vienen á hostigar mi alma; Estrella protectora, hácia la cual debo dirigir mis pensamientos, mis miradas, mis suspiros; á quien debo importunar con mis clamores en todos mis peligros, en todas mis angustias, en todas mis incertidumbres, en todas mis tribulaciones, en todas mis necesidades. Porque, ¡oh María! si mi espíritu y mi corazón permanecen ocupados de Vos, ¿podré yo desfallecer y sucumbir? Si os invoco, ¿podré no ser oído? Si os sigo, ¿podré estraviarme? Si vuestro brazo me sostiene, ¿podré caer? Si Vos me protegeis, ¿podré no llegar con seguridad al término? En una palabra, si espero en Vos, ¿será posible que me vea confundido? ¡Jamás! ¡Jamás!

Hé aquí, ¡oh María! las consoladoras verdades que he recogido de vuestros piadosos y fieles servidores.

IV.
 A imitación de todos estos ilustres testigos de vuestras bondades, animado yo mismo de la más viva confianza, me atrevo, aunque el último y más indigno de

todos , á levantar hácia vos los ojos de mi indigencia ; oh Vírgen llena de clemencia y de misericordia! Hácia Vos , mi esperanza desde el seno de mi madre ! Me atrevo á dirigiros los suspiros y deseos de mi corazon.

Prosternado , pues , delante de Vos , os suplico , ¡oh Vírgen mil veces Bienaventurada , que sentada en el banquete del Señor , os hartais allí de la gloria de vuestro Hijo ! yo os suplico dejeis caer algunas migajas para éste otro pobre hijo que os alarga la mano. Yo estoy allí , al pié de esa mesa divina , solicitando una sola de vuestras miradas. Yo tengo hambre , y pido un poco de ese alimento celestial que da , sostiene y aumenta la vida. ¡Oh María ! yo me uno con Vos , y aunque me sea necesario permanecer ahí siempre postrado á vuestros piés , no os dejaré antes de que me hayais bendecido.

Dignaos reconocer , ¡oh Madre mia ! dignaos reconocer en mí á vuestro hijo , y tened á bien acordaros que Jesus ha querido llamarme su hermano. ¡Ah ! escondedme en el seno de vuestra piedad maternal ; estended sobre mí vuestras manos llenas de misericordia y siempre cargadas de las más copiosas bendiciones. Decid que Vos sois nuestra hermana , y el Señor seguramente nos tratará con bondad. Si quereis solamente abrir la boca en favor nuestro , miles de gracias correrán sobre nosotros. ¿Será posible que el Señor oiga , sin acogerlas , los súplicas de su Madre en favor nuestro , de una Madre como Vos , ¡oh María ! que habeis enjugado con tanta dulzura y amor las lágrimas de su infancia ?...

Mas... hé aquí que una de vuestras palabras me viene á la memoria en este momento: «Haced, habeis dicho Vos cierto dia, lo que mi Hijo os dice». Yo me acuerdo, así como tambien de estas otras palabras, salidas igualmente de vuestros labios: «Hijo mio, no tienen vino,» el amable Jesus se da prisa de rendirse á vuestros deseos. Y bien, Virgen Santa, oh María; yo vengo tambien á suplicaros hoy que digais por mí á ese divino Jesus: «Ved, Hijo mio, este pobre hijo no tiene vino; esto es: no tiene la fuerza necesaria para levantarse; no tiene el fuego de la caridad; no tiene el amor á la virtud; no tiene el celo de la perfeccion; en una palabra, no le queda más que agua, quiero decir, una frialdad mortal, una tibieza nauseabunda, una debilidad que le incapacita para todo bien». Decidle esto, os pido, Madre mia, para que por Vos quiera Jesus dar tambien esta órden á alguno de sus ministros celestiales: «Llenad este vaso», y así vea yo convertirse en un vino generoso el agua helada y debilitante de mi alma. Por fin, yo deseo, ¡oh Madre mia! que Vos me alcanceis la gracia de conocer bien lo que me hace falta y que me inspireis Vos misma lo que debo decir y pedir.

Y puesto que es una verdad que el pedir sin Vos es querer volar sin alas, presentad Vos misma mis oraciones á ese divino Mediador, que ha querido hacerse vuestro Hijo.

VI.

Por lo que á mí hace, yo formo la firme resolución de no omitir nada para hacerme digno de vuestra benevolencia y de la misericordia de vuestro Hijo Jesus. Y si, gracias á vuestra poderosa intervencion, este divino Jesus se digna conceder á mis súplicas las virtudes que yo quiero solicitar de Él por la mediacion de vuestro maternal corazon; yo quiero, sí, yo quiero realizarlas en todo el conjunto de mi conducta y perseverar así hasta el último de mis dias.

Porque yo aspiro con ardor, ¡oh tierna Madre mía! á asemejarme á Vos lo más posible; aspiro á agradar lo más posible al corazon de vuestro Hijo Jesus, mi divino ejemplar; aspiro á procurar por todas las facultades de mi alma y de mi cuerpo la mayor gloria de Dios; aspiro por último á corresponder de la manera más fiel á las misteriosas operaciones del Espíritu Santo en mi corazon; lleno de confianza de que por esto yo tomo el camino más corto, el más fácil y el más seguro para llegar al término feliz de la eterna salvacion.

Pues ved aquí cuáles son mis súplicas, mis ardientes suspiros y los vivísimos deseos de mi corazon. ¡Ojalá podais Vos comprenderlos y os intereseis por ellos, oh **María!**

I.

CARIDAD PARA CON DIOS.

Yo os pido, pues, y os suplico por los méritos de vuestra eminentísima caridad, que el verdadero *Fuego del amor de Dios* arda para siempre más y más en mi corazón, ¡oh Vos, Madre augusta de Aquel que es la caridad por esencia! Vos que habeis sido embriagada con aquella caridad perfecta por el mismo Esposo divino; Vos, la Madre del Amor Hermoso; Vos cuyo corazón era en cada una de sus fibras una llama de aquel amor que es el alimento de los cielos.

II.

FÉ.

Os pido me obtengais del Autor de nuestra fe que establezca sólidamente en mi espíritu la *Fe* más entera y más viva, oh Vos, María, que habeis sido llamada feliz porque habeis creído, ¡qué digo! Vos que habeis sido más feliz todavía por haber aceptado humilde-

mente la fe en Jesucristo vuestro Hijo , que por haberle concebido á Él mismo corporalmente en vuestro seno ; Vos , cuya fe ha roto las ataduras bajo las cuales nos habia puesto la incredulidad de Eva ; Vos por último que habeis borrado por vuestra creencia verdaderamente divina la falta que habia cometido Eva por su imprudente credulidad.

III.

ESPERANZA.

Os suplico pidais para mi alma á vuestro divino Hijo una *Esperanza* firme , oh Vos , María , Madre de la santa esperanza ; Vos , después de Dios , nuestra más poderosa esperanza ; Vos la verdadera Áncora del género humano. Mucho mejor todavía y con mucha más firmeza que Abraham , Vos habeis esperado contra toda esperanza. Vos sois quien , por vuestros ejemplos , y sobre todo por vuestro valimiento para con Jesus , habeis confirmado en la esperanza de la virtud de lo alto á los Apóstoles y á los heraldos del Evangelio ; habeis sostenido á los mártires y á los confesores por la esperanza de la victoria eterna ; habeis alimentado á los Pontífices y á los Doctores con la esperanza de la luz celestial ; Vos , por último , que habeis inflamado el valor de las vírgenes con la esperanza de una palma gloriosa , y sobre todo de la felicidad de ser admitida un dia á seguir al Cordero divino.

IV.

CARIDAD PARA CON EL PRÓJIMO.

Enseñadme la *Caridad fraterna*, ¡oh María! Vos que levantándoos un día, dejábais á toda prisa vuestra vivienda y atravesábais el país de las montañas hasta la ciudad de Judá. Llegada á Hebron, se os vió entrar en casa de Zacarías y saludar afectuosamente á Isabel, con quien quisísteis permanecer tres meses. Allí gustásteis de conversar piadosamente con ella acerca del reino de Dios y de las cosas maravillosas que habia realizado el cielo en ambas; y os manifestásteis siempre presurosa por prestarle los cuidados más atentos y más tiernos, siempre dedicada á buscar en todas las cosas los medios de servirla y complacerla.

V.

DULZURA.

Inspiradme el *Espíritu de dulzura y el amor de la paz*, ¡oh Virgen llena de dulzura y de clemencia! ¡Oh Reina de la Paz, Tesoro inagotable de mansedumbre! ¡Oh Corazon mil veces más dulce que toda la dulzura de David! Mientras vivíais en medio de nosotros, sobre la tierra, ¡oh María! jamás se os vió

contristar á nadie ni aun con una mirada; jamás se oyó de vuestros labios ni aun una palabra amarga; jamás una alma atribulada recibió de Vos una respuesta capaz de mortificarla. Aun ahora acogeis con igual dulzura al grande y al pequeño, al rico y al pobre, á todo el que se acoge al trono de vuestra mansedumbre. Á todos concedéis igual proteccion; á todos nos colmais igualmente de vuestros copiosos beneficios. Con vuestros poderosos consuelos dais la esperanza y el valor á los pobres y á los afligidos que os invocan; con vuestros beneficios y saludables bendiciones calmáis los sufrimientos de los enfermos en el lecho de su dolor; recibís con amor en vuestros brazos á los pecadores que vienen á refugiarse en ellos. La clemencia está retratada en vuestra frente, ¡oh María! la mansedumbre en vuestros ojos, la dulzura en vuestros labios, la bondad en vuestras manos, la concordia y la paz en todos vuestros pasos; y para decirlo todo de una vez, Vos sois quien ha convertido en una dulzura infinita la justa, pero temible indignacion del Señor.

VI.

PACIENCIA.

Alcanzadme la *Paciencia*, ¡oh Reina de los mártires! Vos, que en todo el curso de vuestra vida habeis tenido tanto que sufrir de parte de vuestros enemigos

y de los de vuestro Hijo, y que todo lo habeis sufrido sin amargura, sin quejas, sin turbacion, y hasta sin conservar la memoria de vuestras injurias; Vos, ¡oh María! que, sin abrir la boca, sin dejar escapar el más débil grito de indignacion, habeis acompañado hasta el sitio de su sacrificio á Aquel divino Cordero, vuestro Hijo, que se mantuvo silencioso delante de los que le llenaron de ultrajes, y que fué conducido á la muerte sin que se le oyese una queja.

VII.

MISERICORDIA.

Alcanzadme *Entrañas de Misericordia*, ¡oh Vos, María! la Madre, y al mismo tiempo el modelo acabado de la misericordia. ¡Oh Vos, Océano inconmensurable de misericordia y de bondad! De pié junto á la Cruz de vuestro divino Hijo dijísteis con Él de todo vuestro corazon: «Perdónales, ¡oh Dios mio! perdona á esos ingratos y crueles judíos: no saben lo que hacen». Digna Madre de Jesus, cuyas misericordias son infinitas, del mismo modo que Él, Vos no hubiérais acabado de romper la caña cascada, Vos no hubiérais acabado de apagar la mecha todavía humeante. Y ahora, cuando teneis el consuelo de haber tocado el corazon de algun pródigo y habeis comenzado á ponerle en el camino que conduce á la casa de su padre, Vos

le animais sin cesar con estas palabras de una inefable bondad : « Héme aquí , Hijo mio , héme aquí , no temas nada ; ven á Mí , ven , estás con pena ; un peso burdo te oprime el corazon ; ven , Yo te descargaré , Yo te esconderé bajo de mis alas. Ven , hijo mio ; y cuando tus pecados hubieran puesto tu alma roja como la grana , Yo le obtendré , por mis súplicas de Madre , que se vuelva blanca como la nieve ; y cuando fuese brillante como el bermellon , tomará otra vez como antes toda la blancura de la nieve ; ven , pues , Yo te introduciré cerca de tu Padre ; Yo alcanzaré de Él tu perdón , y Él te acogerá con bondad ; Él te revestirá de nuevo con tus vestidos de inocencia , y volverá á poner en tu dedo el anillo de su paternal cariño ; Él hará matar un ternero cebado y celebrar tu regreso con la armonía de los coros celestiales. ¡ Ven, ven ! »

VIII.

JUSTICIA.

Pedid para mí un grande *Amor á la Justicia* , una severa equidad en todos mis caminos , ¡ oh Vos , María , á quien todos nos complacemos en llamar Espejo de la Justicia ! Vos , cuya justicia ha precedido siempre á la paz ; cuya boca ha sido siempre el eco de la justicia ; cuyas acciones todas han sido ejecutadas segun la justicia y la verdad ; cuyas manos , en todas sus obras ,

no han buscado jamás sino la justicia y la rectitud; cuya justicia ha regulado todos sus pasos; cuyos oídos han estado siempre abiertos á los ecos de la suprema justicia; cuyos caminos todos, en una palabra, han sido rectos; cuyas determinaciones todas han sido inspiradas por la justicia más perfecta.

IX.

VIRGINIDAD.

Solicitud para mí el favor inestimable de la *Virginitad*, ¡oh Vos, María, Vírgen por escelencia y el Caudillo de las Vírgenes! Vos que, á la vista del Ángel Gabriel revestido de figura humana cuando vino á deciros: « Yo os saludo, llena de gracia, el Señor es contigo, » os hallásteis tan sobrecogida de espanto, tan turbada, que no os fué posible responder á aquel mensajero divino.

X.

CASTIDAD.

Obtenga yo por vuestras oraciones la amable virtud de la *Castidad*, ¡oh María! Vos que no hubiérais

titubeado un solo instante en preferir la conservacion de vuestra castidad á la visita de un enviado del cielo; digo más: á la misma maternidad divina; Vos, ¡oh María! Tallo incomparable, en el cual no ha parecido jamás el nudo de la mancha original, ni la corteza de la más pequeña falta actual.

XI.

PUREZA.

Alcanzadme un vivo y constante amor á la *Pureza*, ¡oh Madre purísima, oh María, completamente exenta de toda mancha! Templo del pudor, Santuario de la pureza, Mansion santa que ha escogido Jesus, amante divino de las almas puras.

XII.

MODESTIA.

Tengan vuestras fervorosas oraciones la dicha de alcanzarme la *Modestia del cuerpo y el candor del alma*, ¡oh Madre de todo punto irrepreensible, oh oveja sin mancilla, Lirio immaculado, Rosa siempre embellecida con el rubor de la honestidad! La amable

modestia que ha brillado siempre en vuestra persona, ¡oh María! es conocida en toda la tierra; la vanidad, la jactancia, la vanagloria siempre han huido léjos de Vos. La imágen de vuestra alma se pintaba en la decencia y perfecta modestia de vuestro porte exterior; sólo el miraros convidaba á la virtud, y vuestra gravedad, vuestra sencillez y vuestra modestia inspiraban á todos respeto y veneracion!

XIII.

VIGILANCIA.

Alcanzadme una *Vigilancia* constante sobre mi espíritu y sobre mi cuerpo, y la guarda más severa de todos mis sentidos, ¡oh Vos, María, en donde no ha podido introducirse la serpiente maldita!

XIV.

FIDELIDAD.

Pedid para mí una constante *Fidelidad* para seguir la voz de Dios, y para cumplir con todos mis deberes y con todos mis cargos, ¡oh María! Vos que habeis llenado siempre todas vuestras obligaciones y empleos

con el mayor cuidado, con santas intenciones, con fervor y puntualidad; Vos que sabeis apreciar tan bien las ocupaciones más simples y ordinarias, los trabajos más humildes y más viles, que nada era perdido para la vida eterna; Vos, cuyos momentos estaban cada dia tan bien empleados, que el instante más corto era siempre para Vos un medio de adquirir un nuevo grado de gloria; Vos, que en todas las circunstancias evitásteis con un cuidado escrupuloso hasta la más ligera apariencia de mal, que teníais la santa costumbre de hacer todas las cosas á mayor gloria de Dios y edificacion de los prójimos; Vos reuniendo así cada dia, por vuestras acciones, oro, plata, piedras preciosas verdaderamente dignas de ser ofrecidas á Aquel que reina en lo más alto de los cielos, y no leña, heno, paja, destinados á las llamas eternas.

XV.

FUERZA DE ALMA.

Obtenedme por vuestro crédito, cuya intervencion es siempre irresistible, Virgen generosa y potente, aquella *Fuerza de alma* y aquella inalterable *Constancia* que me hagan llevar siempre á un feliz término todas las buenas obras comenzadas, y que en el momento de la accion, esforzando mi valor, no me permitan jamás cansarme ó retroceder, ni por la importancia de la obra; ni por lo grave de la obligacion, ni

á vista de lo grande ó de lo penoso del trabajo , ni por la dificultad de los tiempos ó de las circunstancias , ni á presencia de serios embarazos , ni aun de amenazadores peligros.

XVI.

CELO.

Pedid para mí un *Celo* ardiente, un ánimo varonil y todas las armas espirituales que necesito , ¡ oh Vos, María, Torre de David, Alcázar inespugnable! para que yo me muestre siempre fuerte y valeroso en los combates , y resista con vigor á todos los ataques de los enemigos interiores y exteriores de mi alma. Cualquiera que sea la terquedad de todos estos enemigos, cualquiera que sea la dureza de su frente , yo sé que el Señor por su gracia , me dará una frente más dura todavía que la de ellos , un brazo más fuerte que los suyos. Yo sé que aun cuando todo el universo se armase contra mí , no debería temblar en su presencia , ni gritar lleno de turbacion : « ¿ cómo podré salir de semejante riesgo? » Porque á mi diestra permanecerá siempre como un guerrero invencible el que ha vencido al mundo , y á mi izquierda estoy siempre seguro de hallaros , ¡ oh mi Omnipotente Madre! prestándome vuestro apoyo para que no sea conmovido.

XVII.

SENCILLEZ.

¡Oh María, Madre llena de amabilidad, Madre del Amor Hermoso! Pedid que siempre una *Sencillez* amable é ingenua reine enteramente en mi ánimo, que ella se trasluzca en mis palabras, en mis acciones, en mi porte, en mis gestos y en mi conducta. En cuanto á Vos, habeis manifestado en todas ocasiones un candor admirable; siempre habeis hablado sin artificio y con el corazon en los labios. Dios, que ama el corazon recto, Dios os ha amado mucho á causa de vuestra dichosa sencillez. Sobre la tierra, nada más que con veros, nada más que con oiros, se siente uno movido á la dulzura y á la paz.

XVIII.

PRUDENCIA.

Enseñadme la *Prudencia*, una prudencia de serpiente que me acompañe en todos los casos, ¡oh Virgen María! que sois el más perfecto modelo de la prudencia. Sepa yo, dócil á vuestras lecciones, en todo

tiempo distinguir con cuidado lo justo de lo injusto ; lo verdadero de lo falso ; la luz de las tinieblas ; lo que viene del cielo de lo que es de la tierra ; lo que es útil y lo que no lo es ; lo cierto de lo incierto ; lo seguro de lo peligroso ; lo venenoso y emponzoñado de lo sano y saludable ; un alma amiga de un corazón airado ; un corazón sencillo ; recto ; de uno árido, doble y fingido ; el cordero del lobo ; una cara bella de una hermosa alma ; el espíritu de la carne ; el buen camino del sendero torcido y engañoso ; la vida de la muerte. Penetradme bien de esa verdad, que por otra parte la experiencia nos demuestra á cada instante que lo que se ha hecho justo y recto por la prudencia, llega á ser muchas veces sin la prudencia tortuoso y culpable ; que lo que la prudencia hace bueno y estimable, se cambia muchas veces y llega á ser reprehensible sin ella ; que la prudencia hace útil y fructuoso lo que sin ella queda vano y estéril ; que lo que no daña al hombre prudente, es muchas veces dañoso y perjudicial al hombre imprudente ; que lo que es favorable y ventajoso al primero, tiene frecuentemente consecuencias enfadosas para el segundo. Dignaos también enseñarme el tiempo de hablar y lo que debo decir ; el tiempo de callar y lo que debo pasar en silencio ; el tiempo de obrar y lo que debo hacer ; el tiempo de descansar y lo que es preciso dejar de hacer ; por último, lo que se debe buscar y lo que se debe huir.

XIX.

VERDAD.

Dirigid todas las facultades de mi espíritu á la indagacion, al amor á la guarda y á la defensa de la *Verdad*, ¡oh Vos María, santuario augusto de Aquel que es la misma Verdad! Vos, que habeis amado siempre, que habeis tenido siempre en los labios esta luminosa verdad que el Señor quiere hallar siempre en todos nosotros; Vos, á quien la verdad celestial ha acompañado siempre cual un escudo impenetrable á los dardos del error y de la mentira; porque jamás os habeis hallado en contradiccion con sus palabras. Conozca yo tambien, conducido por Vos, que sois la Madre de Aquel que es la verdadera Luz y la Verdad eterna, aquella Verdad divina que debe libertarme y salvarme; no ame yo aquí abajo sino la verdad y la paz, y practicando como Vos las obras de la verdad con un espíritu de amor, crezca cada dia y con rapidéz en perfeccion hasta que llegue cerca de Jesus, vuestro adorable y muy amado Hijo, que no ha sido concebido en Vos y no ha venido al mundo sino por dar testimonio de la verdad.

XX.

CIENCIA DE DIOS.

Enseñadme la santa *Ciencia de Dios*, ¡oh Vos, María, Madre del Señor Dios de toda la ciencia! No aquella ciencia que infla, sino la ciencia que, dirigida por el Espíritu y la Caridad, ilumina verdaderamente la inteligencia y vivifica poderosamente el corazón; de suerte que siempre desee con ardor, busque con discernimiento, conozca con certeza y cumpla con perfección todo lo que pueda agradaros, todo lo que pueda ser grato á Jesus vuestro divino Hijo.

XXI.

PIEDAD.

Arrojad sobre mi corazón la semilla de una *Piedad sólida y verdadera*, ¡oh Vos, María, Vaso admirable lleno de los perfumes de la más pura devoción, Modelo y Madre de las almas piadosas! Sea mi piedad á la vez fervorosa y sábiamente arreglada, real y atestiguada por las obras; en fin, tal como aquella piedad recomendada por San Pablo á su querido Timotheo,

que es útil para todo, única á cuya práctica se ha prometido la felicidad para la vida presente y para la futura. Entónces no será para mí la piedad un tráfico; no tendré solamente sus apariencias sin tener la realidad, sino que me ejercitaré cada dia en establecerla más y más en mi corazon; la manifestaré por toda suerte de obras buenas; y así, ella llegará á serme una verdadera ganancia, ganancia tanto más preciosa y saludable, cuanto que no habrá sido viciada con buscarme en nada á mí mismo.

XXII.

DON DE ORACION.

Pedid para mí el *Don de Oracion*, ¡oh Vos, María! á quien vuestro divino Hijo habia enseñado á orar, á orar continuamente; Vos que guardábais con tanto cuidado, en vuestra memoria y en vuestro corazon, cuanto oíais decir de aquel adorable Hijo, sobre todo, las palabras que salian de su sagrada boca; Vos que tantas veces habeis conversado con Vos misma sobre las acciones y los discursos de aquel querido Hijo; que habeis tenido la dicha de mantener con Él, con el espíritu y con el corazon, tantas delicias y tantas conversaciones.

XXIII.

RECOGIMIENTO.

Obtenedme la santa actitud de piadoso *Recogimiento*, de un prudente silencio, ¡oh Vos, María! cuyas palabras no refiere el testo de los Evangelios en toda su estension sino en cuatro ocasiones; Vos que os habeis conservado siempre alejada de todo ruido, de todo movimiento tumultuoso, porque el Señor no habita en el tumulto, sino que permanecíais continuamente encerrada en la soledad de vuestro corazon, para oír allí á vuestro muy Querido, porque sólo allí deja Él oír su voz; Vos ¡oh María! que jamás tuvisteis empeño en tomar la palabra, y que no conversábais sino con la mayor reserva y la mayor modestia; Vos que escuchábais á los otros en el silencio, que apénas hablabais, y esto aun cuando se trataba de Vos, y que jamás dábaís una respuesta sin meditarla ántes bien.

XIV.

HUMILDAD.

Obtenedme una *Humildad profunda*, ¡oh Vos, María! que no os atribuíaís más que el humilde título de Sierva del Señor, al mismo tiempo que se os pro-

clamaba la Reina del mundo. Aprenda yo de Vos á humillarme en todos los casos , y á no elevarme jamás, ántes bien permanecer siempre en el temor y desconfianza de mí mismo. Que para no ser excluido del reino de los cielos aprenda yo de Vos , ¡ oh Señora cumplidísima ! á hacerme pequeño como un niño ; de Vos, que á pesar de vuestras virtudes y sublimes prodigios que os han hecho las más excelente de todas las criaturas, no habeis querido distingueros de las otras mujeres ; que no habeis temido ni aun poneros al igual de los más humildes y de los más olvidados. Aprenda yo tambien la humildad de aquel divino Jesus , vuestro único Hijo , de aquel Jesus tan humilde de corazon que, aunque igual en naturaleza á Dios su Padre , quiso no obstante anonadarse hasta tomar forma de esclavo, hasta no parecer hombre en su Pasion , sino un gusano de la tierra y un objeto de oprobio y abyeccion delante del pueblo. No elija yo jamás sino la última plaza ; no me mire sino como el último de todos, y en todo me toque á mí lo que haya de más despreciable ; en una palabra, sea yo ignorado y tenido por nada. Haced , ¡ oh Reina de los humildes y la más humilde de todas las mujeres ! haced que yo siempre me acuerde de que he sido concebido en la iniquidad ; de que mi madre me dió á luz en el pecado, y de que miserias sin cuento ¡ ay de mí ! me rodean á causa de este principio viciado ; una espantosa indigencia, una deplorable debilidad, una profunda ignorancia, espesas tinieblas, inclinacion hácia el mal , pereza é impotencia para el bien , inconstancia en las resoluciones , in-

gratitud y dureza de corazón, una voluntad rebelde, unos sentidos siempre al servicio de las pasiones, y además de todo esto, ¡mi nada, mi nada!

XXV.

SABIDURIA.

Descubridme el *Camino de la Sabiduría*, quiero decir, aquel camino que conduce con seguridad directa y definitivamente á Vos, ¡oh María! y por Vos á vuestro Hijo; camino santo en el cual yo no tropiezo ni en medio de la prosperidad ni en medio del infortunio; que la una no me engria de orgullo, que el otro no me desanime nunca; que en la prosperidad me vea lleno de reconocimiento, que en la adversidad yo me esfuerce con una paciencia á toda prueba; que no me regocije ni me desconsuele, venga lo que viniere, sino de lo que puede aproximarme ó alejarme de Vos y de Jesus; que yo no quiera agradar, que no tema descontentar á nadie sino á Vos ¡oh María! á Vos y á Jesus.

XXVI.

OBEDIENCIA.

Dignaos obtenerme una exacta y silenciosa *Obediencia*, y en todos los casos una entera conformidad

de mi voluntad con la de Dios , ¡oh Vos , María! que á la voz del Angel enviado por el cielo para anunciaros que el más profundo de todos los misterios iba á realizarse en Vos , respondísteis aquel admirable *Fiat* que os ha hecho la causa de la salvacion para todo el género humano.

XXVII.

MODERACION.

Obtenedme el estar siempre animado de una grande *Moderacion* y de una prudente *Sobriedad* , hasta en las cosas permitidas , ¡oh Vos , María , que fuísteis obligada á comprar con el precio del trabajo de vuestras manos y con el sudor de vuestro rostro el pan diario y el de vuestro Hijo ! Que á ejemplo de aquel divino Jesus me ocupe sin cesar en mortificar mi cuerpo para no verme seducido por la sediciosa serpiente de la sensualidad. Que el demonio de la ociosidad , hallándome siempre ocupado en algun trabajo , no pueda hacerme caer en sus funestos lazos ; y que aun en el tiempo en que me es necesario conceder algun esparcimiento á mi espíritu y á mis miembros fatigados , no se me vea nunca traspasar los límites de la conveniencia y de la necesidad.

XXVIII.

DESPRECIO DEL MUNDO.

Obtenedme un verdadero *Desprecio del mundo*, Vos, ¡oh María! que proclamada feliz y bendita entre todas las mujeres, y por la boca de un ángel, permanecísteis sin embargo desconocida al mundo durante vuestra peregrinacion sobre la tierra. Que yo tambien permanezca ignorado en el mundo; que nunca pierda yo de vista que nosotros no somos más que peregrinos en presencia de Dios, y pobres caminantes á imitacion de nuestros padres; que no tenemos aquí abajo ni lugar de reposo, ni mansion permanente; que Jesus, vuestro Hijo, ha condenado solemnemente este mundo como un foco siempre activo de malas obras y como incapaz de recibir el espíritu de verdad. Tambien, Madre mia, haced que yo no me conforme con el espíritu de este mundo, pues vuestro divino Hijo se entregó á la muerte para la expiacion de nuestros pecados y para arrancarnos á los peligros de este perverso mundo, y ha declarado por enemigo suyo á cualquiera que se hiciera amigo de los hijos de este siglo. ¡Oh María! Yo os suplico que me inspireis un ódio profundo, irreconciliable para con este mundo y lo que le pertenezca, para con este mundo que el espíritu maligno tiene bajo su infernal imperio. ¡Ah!

Salga yo, salga yo lo más pronto de esta peligrosa Babilonia, para no ser infestado con sus crímenes ni participar de sus castigos.

XXIX.

POBREZA.

Obtenedme santas disposiciones para el *Espíritu de pobreza*, ¡oh Vos, María! que careciendo de todo no tuvisteis en vuestra desnudez más que algunos miserables pañales en que envolver á vuestro Hijo, cuando le disteis á luz; Vos, ¡oh María! que no tuvisteis que ofrecer para abrigo de este Niño divino sino un establo, para cuna un pesebre, porque allí no habia lugar para Vos en las hosterías. Si pues, ¡oh augusta Madre mía! si Dios me establece algun dia en la abundancia, si me colma de riquezas, no permitais que yo aficioné á ellas mi corazón; y si llego á poseer los bienes de este mundo, que no llegue á ser á mi vez esclavo de ellos; que use liberalmente de estas peligrosas riquezas para hacerme amigos en el cielo, derramándolas en el seno de los pobres. Si el Señor, por el contrario, no quiere darme de estos bienes de la tierra y del tiempo, haced que léjos de entristecerme por eso, me regocije más bien; porque «bienaventurados son los pobres»; que á ejemplo del grande San Pablo, me contente con tener comida y vestido, acordándome por

otra parte que nada he traído conmigo al venir al mundo, y que á mi última hora nada debo de sacar de él.

XXX.

PENITENCIA.

Inclinad mi *Voluntad* á abrazar generosamente las prácticas de la *Penitencia*, ¡oh Vos, María! cuya alma perfectamente santa, perfectamente inocente, se vió siete veces traspasada por nosotros con una espada de dolor. Que animado de aquel espíritu, vuelva yo sinceramente á Dios, y haga desaparecer de su presencia la fealdad de los culpables pensamientos de mi alma; que deje de obrar el mal, y expíe mis pasadas iniquidades con los ayunos, los gemidos y las lágrimas; que haga pedazos este corazón infiel, y no solamente mis vestidos; en una palabra, que haga dignos frutos de penitencia.

XXXI.

ABNEGACION.

Obtenga yo por vuestra poderosa intercesion una total y verdadera *Abnegacion de mí mismo*, ¡oh Vir-

gen María! modelo perfecto de abnegacion , que , olvidándoos de Vos misma, habeis consagrado vuestros pensamientos , vuestras afecciones , todas vuestras obras , vuestra vida entera á la gloria de Dios Padre , á Jesus Hijo suyo y vuestro , al Espíritu Santo , vuestro celestial Esposo , á todos los hombres de todos tiempos hasta la consumacion de los siglos.

XXXII.

PERSEVERANCIA.

Por último , ¡oh María! oh Vos , la más segura esperanza de mi salvacion , alcanzadme la *Perseverancia final*; la perseverancia en recibir las inspiraciones de vuestra santidad , en marchar en la perfeccion de vuestros caminos , en revestirme verdaderamente de vuestras virtudes , en recoger con cuidado vuestras ricas bendiciones , á fin de que , cuando estén para terminar mis dias , y se acerque el tiempo de mi muerte , pueda decir con San Pablo : «He combatido bien ; he terminado mi carrera ; he sido fiel á mi Rey ; no me queda que esperar más que la corona de justicia que me está reservada , y que el Señor , como Justo Juez , debe de darme el gran dia de las recompensas » .

EPÍLOGO.

Así , auxiliado con vuestro socorro , ¡ oh Madre llena de bondad ! así , alentado con vuestros ejemplos ; así , dirigido por vuestras hábiles manos , haré tan felizmente la peligrosa travesía de este océano de la vida , que llegaré sano y salvo á la patria del eterno resplandor , en donde habitais Vos llena de gloria cerca de vuestro Hijo en los siglos de los siglos.

¡ Así sea ! ¡ Así sea !

**A LA MAYOR HONRA Y GLORIA DE DIOS Y DE LA VÍRGEN
MARÍA SU MADRE.**

INDICE.

	PÁGS.
Aprobacion del Sr. Censor Eclesiástico.	V
PREFACIO.	VII

PRIMERA PARTE.

FIGURAS Y SÍMBOLOS DE MARÍA.

PROLOGO.	3
I. MARIA Virgen por escelencia.—Predestinada desde la eternidad.—Alegria de los ángeles aun antes de de su nacimiento.	5
II. Objeto de veneracion de ambos Testamentos.—Esperada por los Patriarcas y anunciada por los Profetas.—Diseñada por la Sinagoga y poseida por la Iglesia.	6
III. Celebrada á competencia por los Profetas y los Doctores.—Superior á todas las alabanzas.	7
IV. Figurada por el Paraiso terrenal, por el Arca de Noé.	8
V. Figurada por la Paloma.—Por el Arco iris.	9
VI. Figurada por la Zarza ardiente é incombustible.—Por la Vara de Araon.—Por el Vellocino de Gedeon.	10
VII. Figurada por la casa de David.—Por el Templo de Salomon.—Por la puerta oriental del Santuario.	11
VIII. Figurada por el Arca de la Alianza.—Por el Arca del Testamento.—Por el Tabernáculo del Testimonio.	13
IX. Figurada ppr la Ciudad de Sion.—Por la Torre de David.—Por el Trono de Salomon.	14
X. Figurada por la Ciudad de Jerusalem.—Por la Iglesia.—Por el Castillo de Bethania.	16
XI. Figurada por la carroza del Esposo celestial.—Por el lecho del Hijo de Dios.	17

XII. Ovejuela inmaculada. — Estrella de la mañana. . .	18
XIII. Reparadora de la prevaricacion. — Nueva Eva. . .	19
XIV. Virgen incomparable. — Mujer profética. . .	20
XV. Figurada por Sara. — Por Rebeca. . .	21
XVI. Figurada por Raquel. — Por María, hermana de Moisés.	22
XVII. Figurada por Débora. — Por Jabel.	24
XVIII. Figurada por Ana, madre de Samuel.	25
XIX. Figurada por Ruth. — Por Sara, hija de Raquel.	27
XX. Figurada por Judith. — Por Esther.	29
XXI. Gloriosa Reina sentada á la derecha del Rey de los reyes. — Madre del verdadero Salomon.	31
XXII. Mujer incomparable. — Coronada de estrellas.	32
XXIII. Criatura más que angélica. — Esposa querida.	34
XXIV. Verdadera Salamites. — Vástago de los Reyes.	35
XXV. Tierra nueva. — Montaña de Dios.	36
XXVI. Montaña feliz. — Navecita de mar. — Pequeña planta de la raiz de Jessé.	39
XXVII. Fuente sellada. — Jardin cerrado.	39
XXVIII. Corona de humo odorífero. — Madre del Lirio de los Valles.	40
XXIX. Rosa de Jericó. — Depósito de perfumes.	41
XXX. Olivo campestre. — Viña de Engaddi.	42
XXXI. Cedro plantado en la más alta cima de Israel. — Miel de la roca.	44
XXXII. María, cuya gloria cantan todas las criaturas.	45
EPÍLOGO.	47

SEGUNDA PARTE.

GRANDEZAS Y BONDADES DE MARÍA.

PRÓLOGO.	52
I. Todo pertenece á María: la riqueza, la gloria y el poder, y está llena de bondad y dulzura para con nosotros.	52
II. Dios la hizo salir del polvo para convertirla en la	

- obra maestra de su omnipotencia, y Ella dirige sus miradas hácia nosotros. 54
- III. Dios la ha escogido para su Morada, y de Ella dimanar todos los tesoros del cielo. 57
- IV. María es la Madre de Emmanuel, el Instrumento de los prodigios divinos. 59
- V. María de quien ha nacido Jesus. 61
- VI. María ahinco de grandeza. 64
- VII. María, Reina de los Angeles, nos confía á su cuidado, y Ella misma vela per nosotros desde el seno materno. 65
- VIII. María, terror del infierno, es para nosotros un seguro Refugio contra los espíritus malignos. 68
- IX. María es Soberana venerada en la tierra y en el cielo, y el mismo Dios la rinde en cierto modo homenaje. 70
- X. Nuestra salvacion está felizmente en manos de María, Madre de Dios, Madre de Misericordia. 72
- XI. María, Sosten de todas las debilidades, Refugio de todos los sufrimientos. 75
- XII. El nombre de María es un bálsamo dulce y perfumado, una prenda de paz y bienestar. 77
- XIII. El dulce nombre de María debe ser celebrado y presidir á todas nuestras acciones. 79
- XIV. María es nuestra Patrona y nuestra Salvaguardia: todos los desgraciados la invocan bajo diversos nombres. 81
- XV. María, Canal sagrado de las Misericordias divinas y Puerta del cielo. 84
- XVI. María, elevada sobre los astros. 85
- XVII. En la naturaleza todo nos recuerda el dulce nombre de María. 88
- XVIII. María, Escala de los pecadores y Soberana mediadora. 91
- XIX. María, sentada sobre el trono de la gracia,

- donde todos debemos llegar con confianza. 97
- XX. María se hace todo para todos. 99
- XXI. María es un hermoso Lirio entre espinos: benditos son los corazones que la aman. 101
- XXII. La imágen de María, tipo supremo de belleza, de nobleza y de bondad. 104
- XXIII. La imágen de María destinada á calmar todos los dolores, á aliviar todas las miserias. 107
- XXIV. María dispensadora de los tesoros del cielo, y al mismo tiempo nuestra Abogada y la Misericordiosa Madre de nuestro Juez. 109
- XXV. María, Madre benignísima. 111
- XXVI. María, Madre de los cautivos, Consoladora de los afligidos. 113
- XXVII. Todas las naciones rinden culto á María, todos los pueblos esperan en Ella. 116
- XXVIII. Por medio de María llegan á nosotros todos los consuelos, todas las gracias. 118
- XXIX. De María se han dicho las cosas más gloriosas. 120
- XXX. María es el nuevo prodigio de que habla Jeremías; Ella sola constituye nuestra felicidad. 122
- XXXI. María, bendita entre todas las mujeres. 124
- XXXII. María, tan grande y tan poderosa, acoge, sin embargo, las alabanzas del hombre pobre y miserable. 126

TERCERA PARTE.

MISTERIOS DEL SANTÍSIMO CORAZON DE MARÍA.

- PRÓLOGO. 131
- I. María, invocada por su bienaventurada Concepción y su nacimiento. 133
- II. María, invocada por su bienaventurado nombre, su respeto filial y su dulce infancia. 134
- III. María, invocada por las santas aspiraciones de su corazón y por sus celestes coloquios con su muy

- Amado 135
- IV. María invocada por sus innumerables virtudes,
por su santa union con José. 137
- V. María invocada por los santos ardores, por los
movimientos de su bendito corazon y la angélica
salutacion de Gabriel. 140
- VI. María invocada por las deliciosas emociones que
escitó en ella el dulce nombre de Jesus y por el
misterio de la Concepcion divina. 142
- VII. María invocada por los primeros movimientos de
Jesus en su seno, y por la inefable union de su co-
razon con su divino Hijo. 143
- VIII. María invocada por el recuerdo de la Visitacion
y por los goces de su inmaculada maternidad. 144
- IX. María invocada por la piadosa espectacion de su
divino alumbramiento, y por el alumbramiento
mismo. 146
- X. María invocada por el mérito de su pobreza, por
la felicidad de que inundaron su alma las adoracio-
nes de los pastores y de los Magos, y por su inmen-
sa afeccion de Madre. 147
- XI. María invocada por las delicias de su maternidad,
por los tiernos cuidados que prodigaba á Jesus, y
por la leche con que le ha alimentado. 148
- XII. María invocada por su tierno reconocimiento
hácia su casto y piadoso esposo, y por su profunda
humildad. 150
- XIII. María invocada por las dulces caricias y el
amor de su Hijo en la cuna. 151
- XIV. María invocada por sus inquietudes maternas
cuando creyó haber perdido á su Hijo, por los cui-
dados que le prodigó y por todas las miserias de la
vida de Jesus 153
- XV. María invocada por la alegría que inundó su alma
cuando su Hijo querido manifestó su poder en Ca-

- náa de Galilea y de otras mil maneras. 154
- XVI. María invocada por los cuidados que prodigó á su santo esposo moribundo, y por los piadosos deberes que cumplió con su santo cuerpo. 155
- XVII. María invocada por todos los dolores y lágrimas de Jesus, por sus tormentos y por su sudor de sangre en el huerto de las Olivas. 156
- XVIII. María invocada por los oprobios, los insultos y los golpes que sufrió Jesus en su Pasion. 157
- XIX. María invocada por las crueles angustias que oprimieron su corazon cuando vió á su Hijo atado á la columna, coronado de espinas, condenado á muerte y cayendo bajo el peso de la Cruz. 158
- XX. María invocada por los sufrimientos de su alma cuando vió á su divino Hijo clavado en la Cruz y oyó llamar á su Padre que le desamparaba. 160
- XXI. María invocada por su tristeza de Madre cuando su divino Hijo dejó en su lugar al discípulo amado y cuando recordó la profecía del venerable anciano. 161
- XXII. María invocada por la angustia de su corazon cuando **TODO FUÉ CUMPLIDO**. 162
- XIII. María invocada por la sangre que brotó del costado de su Hijo, por su deseo ardiente de la redencion del género humano, y por su fé constante. 163
- XXIV. María invocada por la alegría que la inspiraron la resurreccion de su Hijo y sus victorias sobre el Universo, y por el éxtasis que la produjo la segunda visita del Espiritu Santo el dia de Pentecostés. 164
- XXV. María invocada por sus piadosas peregrinaciones á los lugares santificados por el Señor, y por los preciosos recuerdos que en ellos encontraba. 166
- XXVI. María invocada por las visitas de los ángeles y por su disgusto de la vida mortal. 168
- XXVII. María invocada por las piadosas aspiraciones

de su alma hácia su Hijo en la mansion de la gloria.	169
XXVIII. María invocada por su santa muerte, y por las aclamaciones de los apóstoles y los discípulos en el momento de su Asuncion.	171
XXIX. María invocada por las aclamaciones de los bienaventurados y por los incomparables honores que recibió á su entrada en el cielo.	172
XXX. María invocada por su gloria tres veces sublime.	173
XXXI. María invocada por las muestras de reconocimiento que prodigó á su divino Hijo.	175
XXXII. María invocada por su bondad hácia nosotros, por su dulzura, su mansedumbre y su gloria y por todas nuestras necesidades.	176
EPÍLOGO.	179

CUARTA PARTE.

VIRTUDES PRÁCTICAS DE LA VIDA DE MARÍA.

PRÓLOGO.	185
I. Súplica para obtener por la intercesion de María la Caridad para con Dios.	192
II. Para obtener la Fe.	192
III. Para obtener la Esperanza.	193
IV. Para obtener la Caridad para con el prójimo.	194
V. Para obtener el espíritu de dulzura y el amor de la Paz.	194
VI. Para obtener la virtud de la Paciencia.	195
VII. Para obtener sentimientos de Misericordia.	196
VIII. Para obtener el amor á la Justicia.	197
IX. Para obtener la Virginidad.	198
X. Para obtener la Castidad.	198
XI. Para obtener la Pureza.	199
XII. Para obtener la Modestia y el Candor.	199
XIII. Para obtener la vigilancia.	200
XIV. Para obtener la Fidelidad.	200
XV. Para obtener la Fuerza de alma.	201

XVI. Para obtener el Celo.	202
XVII. Para obtener la virtud de la Sencillez.	203
XVIII. Para obtener la Prudencia	203
XIX. Para obtener el amor á la Verdad.	205
XX. Para obtener la Ciencia de Dios.	206
XXI. Para obtener la verdadera Piedad.	206
XXII. Para obtener el don de la Oracion.	207
XXIII. Para obtener el Recogimiento.	208
XXIV. Para obtener la Humildad.	208
XXV. Para obtener la dicha de encontrar el camino de la Sabiduría.	210
XXVI. Para obtener la virtud de la Obediencia.	210
XXVII. Para obtener la Sobriedad y la Moderacion.	211
XXVIII. Para obtener el desprecio del mundo.	212
XXIX. Para obtener el Espíritu de pobreza.	213
XXX. Para obtener el Espíritu de penitencia.	214
XXXI. Para obtener el Espíritu de abnegacion de sí mismo.	214
XXXII. Para obtener la perseverancia final.	215
EPÍLOGO.	216

ARCHIVO
MARIANO

Biblioteca

VOLUMEN N^o . . . 2696

MCD 2019

